



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A Ibuerne, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Azensio (D. Pedro), Campaamor, Camus, Canalejas, Cabeto, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Chesté (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Azensio (D. Gonzalo), Cañamaque, Dacarrete, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillén, Estrada, Echevaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Ferrín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suárez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gómez Marín, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzbusch, Irujo, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, López Guíjarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mané y Flaquer, Merodio, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Oñazaga, Palacio, Pasaron y Lustray, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poej, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Monzó, Rodríguez (G.), Ros y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Santomé, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultra-
 mar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sen-
 cillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Noviembre de 1880.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales li-
 brerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en li-
 branzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este
 medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redacción y Administración, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Aniversario de Mentana, por D. Emilio Castelar.—España y sus colonias, por
 don Manuel Becerra.—La Bolsa: el alza, la baja y la liquidación, por D. J.
 M. Alonso de Beraza.—D. Diego Saavedra Fajardo, por D. Fernando Corradi.
 —Influencia moral de la Francia, por D. Eusebio Asquerino.—De la novela
 contemporánea en España, por D. Antonio M. Duimovich.—Notas y apuntes
 de un viaje por el Pirineo y la Turena, por D. Antonio María Fabié.—Las
 Compañías de ferro-carril ante la opinión pública, por D. P. Calvo y Martín.—
 Prólogo a una novela, por D. Francisco Cañamaque.—La esclavitud de los
 negros, por D. Justo Zaragoza.—Retuerta, relato vulgar-trascendental, (con-
 clusion), por D. Manuel Fernández y González.—Crónica, por D. Miguel Mo-
 ya.—Anuncios.

ANIVERSARIO DE MENTANA.

El Sr. Castelar, invitado por la comisión que debe presidir en Milan las fiestas consagradas á celebrar la erección de un monumento á las víctimas de Mentana, ha declinado tan singular honra dirigiendo á sus amigos la siguiente notabilísima carta:

«MADRID 30 DE OCTUBRE DE 1880.

Amigos míos: Mucho me honra el comité y me satisface el recuerdo, llegados en palabras de elogio, las cuales obliganme tanto más, cuanto que las creo nacidas de vuestro afecto, y no granjeadas por mis merecimientos. Holgárame de visitar la gran ciudad que tanto admiro, de ver á correligionarios que tanto quiero, y de contribuir en lo posible al esplendor de esa conmemoración que celebra el sacrificio consumado por unos pocos en aras de la libertad y del derecho de todos. Holgárame aún más, sabiendo que debía encontrar ahí al héroe de la libertad italiana, cuya vida tiene ya todos los esmaltes de la poesía y cuya historia todos los arbores de la leyenda, por haber cumplido en quince años los ideales que los primeros hijos de Italia se transmitieron unos á otros durante quince siglos, como herencia de esperanzas frustradas, las cuales provocaron larga serie de cruentos y malogrados martirios. Su presencia, vuestro convite, la reunión de tantos amigos ilustres, me tentáran ciertamente á ir, de no retenerme deberes de la vida pública y de la vida privada, trabajos innumerables, compromisos con mi partido como demócrata y con mi público como escritor, causas mil, cuyos pormenores de ningún modo caben en los límites de una carta, pero cuya

virtud comprendereis con sólo deteneros á reflexionar sobre lo vivo y cariñoso de vuestra invitación y lo triste para mí de la forzosa é inevitable ausencia.

La obra de la libertad y de la unidad de Italia es la obra capital de nuestro siglo. Vuestra resurrección trajo consigo la resurrección también de Hungría; y resonando luego en el lejano Oriente, convirtió regiones que parecían ergástulas de miserables siervos en nacionalidades de hombres libres. Italia, independiente en el centro de Europa, impide la reacción, porque conserva el fuego de la vida y el calor de la libertad en todo el continente, como que es su corazón. Cuantos vimos en nuestra primera juventud Milan y Venecia en sus calabozos; Parma, Toscana y Módena, escupidas por los déspotas y afrentadas con guarniciones extranjeras; el Piemonte sitiado por graves amenazas; las dos Sicilias bajo el absolutismo y la Ciudad Eterna bajo la teocracia, no podemos creer en la edad madura, no á nuestros propios ojos, y nos parece la feliz realidad de hoy, por la cual hemos suspirado tanto, ilusión del deseo y engaño de la esperanza. Así creemos que os toca en este período á cuantos habeis combatido con heroísmo por tan magna obra, conservarla con porfías de sensatez y de prudencia, bien propias de una raza cuyo génio brilla igualmente por sus divinas inspiraciones en el arte y por su consumada habilidad en la política.

Conmemorais la ruina del poder temporal de los Papas, y todos los ánimos liberales se asociarán de cerca ó de lejos, con sus votos expresos ó tácitos á esa conmemoración. La clave de las reacciones se rompió el día en que la ciudad de los legisladores y de los tribunos pudo elevarse á corona de la nueva Italia emancipada y libre. Borróse para siempre, con tal motivo, aquel antiguo pacto de Carlo Magno, sobre el cual pusieron sus cimientos en el trascurso de once siglos, así el mundo feudal como la monarquía absolutista. La máxima de la separación de lo temporal y de lo espiritual pasó, en semejante coyuntura, de verdad cristiana contenida en el Evangelio, á verdad social realizada por las instituciones y por las leyes. En ese día triunfó realmente la libertad religiosa, porque desasida la Iglesia de su gobierno temporal, exenta de fuerza coercitiva, sin su cetro de hierro, sin su imperio de barro, pudo elevarse como un gran poder moral sobre el espíritu de los fieles y recluírse en los inmensos espacios propios de su jurisdicción y de su autoridad, en los cielos de la conciencia. No olvideis, pues, al conmemorar una rota precursora de espléndida victoria, la oportuna y trascenden-

tal advertencia que os dan todos los sucesos de aquel tiempo; no olvideis que, si llegásteis á emancipar por completo el Estado de la Iglesia, fué á condición de emancipar también la Iglesia del Estado: que nada cuadra ménos á quienes han luchado tan noblemente, que convertirse de perseguidos en perseguidores. Afortunadamente Italia sabe vencer y no abusar de su victoria; y la fiesta que celebráis como fiesta de libertad, tiende á reconciliar todos los ánimos en el seno de la patria independiente y á consagrar los derechos de la conciencia como homenaje debido á la inmortal humanidad.

Es vuestro de todo corazón,

EMILIO CASTELAR.»

ESPAÑA Y SUS COLONIAS

ARTÍCULO IX.

Al reincorporar España á sus dominios el Paragúay, como ya hemos indicado, los pobres indios tuvieron que sufrir bastante con el nuevo cambio; y á pesar de que los jesuitas hicieron intervenir en los grados inferiores de la administración de justicia á los indios, estos no habían aprendido poco ni mucho á gobernarse. Acostumbrados solo á obedecer, cuando faltó la rígida y vigilante disciplina de los padres, se hallaron como una colección de niños á quienes se deja abandonados en medio de un desierto. Para mayor dificultad tenían el inconveniente de no entender á los españoles, ni estos á ellos, pues la Compañía no les había enseñado del castellano más que las palabras estrictamente necesarias que, mezcladas con su dialecto, fueran las suficientes para entender las órdenes que recibían. Este ejemplo no solo le siguieron los padres en otros puntos, sino que todas las comunidades religiosas lo continuaron tan al pie de la letra en Filipinas, que hoy mismo, después de más de tres siglos de dominación, la inmensa mayoría de los indios no sabe castellano. Si los monges han tomado bien la lección, no así España, que, á diferencia de lo que sucede en Holanda donde se ha constituido una carrera de empleados de las colonias, en la cual se estudia, además de principios de ciencia y de administración, los diferentes dialectos, religiones, historia y costumbres de los pueblos que forman aquellas, los empleados españoles en Filipinas no conocen bien ni mal ninguno de los dialectos que allí se hablan, y no faltáramos á la verdad si añadiésemos que, en muchos casos, tampoco tienen un perfecto conocimiento del

español. Ya comprenderán nuestros lectores que si los jesuitas no enseñaban á los indios la lengua española, ellos, en cambio, conocían perfectamente la de estos. Claro está el interés que pudieran tener en ser los intérpretes forzosos, porque, en casos semejantes, el que posee la lengua del país es el dueño de éste.

Siguió al Paraguay, desde la época citada, que pudiéramos llamar de reconquista, la suerte de las demás colonias españolas, hasta que á principios de este siglo, y cuando sonó la hora de la independencia, el doctor Francia se puso al frente de una sublevación contra los españoles. Salió triunfante en su empresa, constituyendo el país en república, de la cual fué elegido presidente con todas las atribuciones del poder ejecutivo y legislativo; de suerte, que con esta forma de Gobierno, era más absoluto que ningún rey de Europa, y ocupó, tranquilamente, varios años aquel alto puesto. Aquí se vé, pues, que la educación dada por los discípulos de Loyola produjo sus efectos.

Ya hemos hablado de la enseñanza técnica, civil y militar, recibida por los indios, y, seguramente, nuestros lectores creerán que la parte principal de la instrucción impuesta por los jesuitas á aquellos desgraciados, sería la religiosa; pero, no es así, y toda ella se redujo á una idea más ó ménos vaga de la unidad de Dios, de algunos escasos principios de moral, los puramente indispensables para que los indios no pensaran en sacudir su yugo, y en prácticas exteriores más ó ménos groseras, milagros, amuletos, talismanes y absurdas supersticiones. La justicia exige dejar sentado que, en esto, los reverendos han sido consecuentes, pues hicieron, ni más ni ménos, lo mismo que antes y después han hecho y hacen en Europa, como veremos á su debido tiempo. En confirmación de lo dicho respecto á que el otro clero secular ó regular no se inmiscuyera en los asuntos interiores de aquel país, ni investigara sus procedimientos, recordaremos los dos casos siguientes. Visitando Cárdenas el Paraguay, que era de su diócesis, sin duda para evitarle molestias, los reverendos se apoderaron de su persona, lo metieron en un navio y lo expatriaron.

El otro, para demostrar el respeto ó simpatía que hacía ellos sentían las demás sociedades eclesiásticas, es el párrafo siguiente de una carta dirigida al Papa por el obispo Palafox: «me retiraré á los bosques á vivir entre escorpiones y serpientes, porque entre esos animales venenosos estoy más seguro que con ellos.» Pero antes de concluir este párrafo citaremos una autoridad aun más respetable. En la *Bula inmensa pastorum* de Benito XIV, del 21 de Diciembre de 1741, dirigida á los obispos del Brasil y al rey de Portugal, se dice que el Papa condenaba severamente á los jesuitas por reducir á la esclavitud y vender como tales en el Paraguay, en el Brasil y en la Plata, no solamente á los indios sumergidos todavía en las tinieblas del paganismo, sino también á los bautizados, privándoles de sus bienes, separándolos de sus mujeres y sus hijos, trasportándolos á otros países y tratándolos con una dureza tal, que no podía inspirarles sino la rabia y el horror al cristianismo. Hemos visto hasta dónde llegaba su enseñanza de la lengua española á los indios, pero entiéndase bien que no significa esto la ignorancia de los padres, sino que obedecía á otra clase de miras, pues por lo demás no somos nosotros quienes hayan de negarles su mérito. Adelantáronse á conocer y estudiar idiomas y dialectos de las cuatro partes del mundo entonces conocidas, y en América tuvieron la idea de tomar por base el idioma peruano para formar una lengua universal, y si de ella desistieron la reemplazaron con otra, no tan general, pero que á haberla llevado á cabo hubiera sido altamente provechosa, á saber: formar un idioma que teniendo distintas raíces de los diferentes dialectos hablados por los indios, no difiriese de ellos por la construcción y las formas gramaticales, de manera que con él pudieran entenderse y agruparse todas las tribus que hasta entonces se habían hecho y seguían haciéndose cruda guerra. No ciñéndonos exclusivamente á lo que han hecho en América, bien podemos decir que la orden ha producido muchos hombres que se han dedicado con provecho al estudio de las lenguas, escribiendo sobre cien gramáticas de todos los idiomas más conocidos; y si bien en los tiempos modernos han sobresalido pocos en este ramo del saber y se han quedado algo retrasados con relación á los estudios filológicos y lingüísticos modernos, no puede negarse su poderosa iniciativa en el asunto que nos ocupa; pero en éste, como en otros ramos, no correspondieron los adelantos posteriores á lo que aquella nos prometía. Mas esto no depende de los individuos sino de las constituciones por que se rigen, de su objetivo principal y de los medios políticos empleados para conseguir su fin. Obedecieron y obedecen constantemente á la idea de su fundador Inigo Lopez de Recalde, natural de Loyola, castillo perteneciente á su antigua y aristocrática familia, de defender, sostener y conseguir por todos los medios la dominación universal del Papa. Fueron constantemente fieles á esta idea, si bien queriendo y consiguiendo algunas veces, como es natural, dominar aquello mismo que defendían; de suerte que, en uno y otro caso han seguido y siguen la misma ó parecida conducta que los pretorianos con los Césares, que, como todos sabemos, los elevaban al supremo mando; pero por este mismo hecho quedaban dependientes de aquellos á quienes habían debido su elevación, teniendo

buen cuidado en no disgustarlos; en una palabra, el vicio radical de la orden, y el más trascendental, ha consistido en seguir una marcha contraria á la ley del progreso, y así se explica que hayan estado delante de la generalidad en el siglo XVI y se hayan quedado muy rezagados en el XIX. Al porvenir corresponde el afirmar ó desmentir lo sentado por un autor alemán que sostiene marchan la Compañía y la curia romana abrazadas como dos enfermos atacados de incurable anemia é inseparables descenderán al sepulcro, del cual la humanidad ni siquiera se dará cuenta: ¡tan atrás las habrá dejado en su marcha progresiva!

Diremos para concluir con lo referente al Paraguay, que sucedió allí lo que en todas las creaciones jesuíticas: gran valor, incomparable constancia, actividad poco común en la iniciativa; resultados admirables hasta llegar á su apogeo, y cuando se creía el edificio más consolidado, con más profundas raíces y en el máximo de su grandeza, el menor viento desfavorable lo ha echado por tierra sin dejar detrás de él ningún vestigio.

La razón de ese hecho, al parecer inexplicable, es sencilla: con arreglo á las Constituciones de la Orden, los jesuitas tienen como idea principal, á la cual todas las otras están subordinadas, la obediencia pasiva, sometiendo á ella, no solo la voluntad, sino la razón y la conciencia. Es esto tan cierto, que uno de los doctores más conocidos de la Orden sienta que si el Papa sostiene un gran absurdo, ó un gran pecado, como afirmar que lo blanco es negro ó una cosa contraria al dogma, el jesuita debe, no solo creerlo, sino tener pleno convencimiento y buscar las razones para demostrar que es exacta la afirmación papal; y aun prescindiendo de la famosa máxima, no por ellos creada pero sí sostenida, *ad majorem Dei gloriam*, de que el fin justifica los medios, y considerando sólo que toda iniciativa individual está subreñida y condenada, resulta forzosamente que ni ellos ni sus adeptos pueden hacer frente en las épocas de malandanza á las fuerzas sociales, ni aun á las del Estado representadas por los Gobiernos; y así lo han comprendido, sin duda, cuando su cuidado principal ha sido granjearse en todos tiempos la benevolencia y el apoyo de los soberanos que más genuinamente representaban en cada época la resistencia y oposición al progreso.

Como estamos tratando de la obediencia, creemos conveniente hacer una aclaración. Los jesuitas hacían los tres votos conocidos en las órdenes monásticas, de obediencia, pobreza y castidad, pero añadían un cuarto voto que era el de absoluta obediencia al Papa. No es ahora nuestro objeto ocuparnos de la exactitud en el cumplimiento de estos votos. Diremos, sin embargo, algunas palabras sobre ellos. El de pobreza, si es cierto que no podía poseer nada el individuo, y exigen las Constituciones, sin duda como prueba de vocación, que formará parte de los ejercicios espirituales exigidos antes de pasar á la categoría de profeso, que el postulante fuera tres días á pedir limosna, en cambio la Orden no sólo puede poseer riquezas, sino que es de alta conveniencia su adquisición para el mejor servicio de la fé católica; así que el mismo fundador aconsejaba á uno de los suyos que desempeñaba en Florencia el cargo de confesor de la soberana, que con el motivo de un próximo alumbramiento, no descuidase el proponer á aquella elevada señora algunos donativos para la Compañía. Se vé, pues, que esta no descuidó su gestión económica empleando todos los medios de aumentar sus bienes, así muebles como inmuebles, por creerlo conveniente para poder luchar contra los enemigos de la fé; y sin duda guiados por esta creencia, lo tomaron con tal empeño que no perdieron ocasión de que los poderosos aumentaran el peculio de la Orden con donativos. No contentándose con esto, se hicieron banqueros, comerciantes, cultivadores é industriales, estableciendo además factorías en todas partes del mundo, que llegaron á tener suma importancia. En Francia, en una sola ocasión, el padre Lavalette tomó de una casa de Marsella dos millones cuatrocientas mil libras á pagar en géneros coloniales que mandó traer de la India; pero, á consecuencia de la guerra entre franceses é ingleses, estos se apoderaron del cargamento. La casa de Marsella tuvo que suspender sus pagos, y esto llevó en pos de sí varias quiebras, obligando á los perjudicados á acudir á los tribunales á fin de que la Compañía les satisficiera su crédito, y á cuyo efecto exhibieron los documentos firmados por Lavalette, procurador de la Orden. La Compañía contestó que ella no era responsable de tal empréstito, siéndolo solamente el individuo que se había incautado de la suma en cuestión, y, como ya dejamos dicho que este no posee nada, la consecuencia se deduce fácilmente. Téngase en cuenta, que no obraba así la Compañía por imposibilidad de solventar su crédito, puesto que una sola factoría de las que poseía en Asia se calculaba su valor en el duplo de aquella suma. Los comerciantes no acostumbraban dejarse vencer con facilidad en cuestión de intereses, así que acudieron al Parlamento de París y éste condenó á la Compañía, en la persona de su general, á pagarla cantidad recibida, las costas y una fuerte indemnización por daños y perjuicios. La codicia es una pasión avasalladora, y no siempre es fácil, dada la debilidad humana, resistir á sus halagotendadores; así es, que la Orden cedió sin duda á esta tentación, siendo, por tanto, en tiempo de su apogeo inmensas las riquezas que poseía en los cuatro continentes. Creemos, pues, estar en lo firme al asegurar que no ha contribui-

do esto poco á precipitar la gran catástrofe, por que, respetando mucho los poderosos motivos que obligaron á los Gobiernos á tomar aquella decisión, no puede negarse, sin embargo, que tiene grandes atractivos la perspectiva de una inmensa herencia.

Como nos hemos propuesto decir la verdad, sin que sea nuestro objeto halagar ni molestar á nadie, tenemos una complacencia en afirmar que, es de todo punto innegable que la mayor parte de los individuos de la Compañía que ejercían su ministerio de predicadores y misioneros en las diferentes partes del globo, arrastrando con un valor y firmeza, dignos del mayor elogio, toda clase de peligros y de contratiempos, lo verificaban sin ninguna mira de interés material, y sólo por el entusiasmo de su fé religiosa, siendo un buen ejemplo de esto San Francisco Javier; pero, en toda asociación de esa especie son muchos los cooperadores del fin visible de ella y pocos los iniciados en sus secretos y misterios.

Respecto al voto de castidad, queremos creer que la mayoría de los individuos que lo prestan lo cumplen con perfecta severidad, si bien, en nuestra opinión, es anti humanitario y lógico, anti social é inmoral, y establecido por conveniencia de corporación y de ningún modo por mandato divino; pero, no es nuestro objeto ahora discutirlo y respetamos tan profundamente las creencias ajenas, como queremos que se respeten las nuestras, y los que sinceramente han prestado ese voto obran como buenos, cumpliéndolo rigurosamente, pues como asunto de conciencia y de compromiso con la Iglesia, á esta solo compete intervenir en los casos de arrepentimiento.

Si bien la lucha del Paraguay fué la causa más poderosa y determinante de las que produjeron la disolución de la Compañía, no está en la naturaleza de las cosas el que una organización tan prepotente extendida por todo el mundo conocido y disponiendo de tan valiosos recursos de todas clases, se derrumbe en un momento dado y se hunda en el polvo por la voluntad ó capricho de un hombre, siquiera sea uno de los poderosos de la tierra. Es, pues, de todo punto indispensable apuntar las causas que la minaron por sus cimientos. En todos tiempos y en todas las religiones conocidas, se ha querido dar gran importancia á la virginidad de los que ejercían los cargos sacerdotales; y de aquí que, en las luchas ó controversias habidas entre las diferentes órdenes monásticas, una de las inculpaciones más graves que han tratado de hacerse, han sido las de faltar á los votos hechos en ese sentido. Como se comprende fácilmente, la Sociedad de Jesús tuvo pronto rivales, adversarios y aun enemigos en las otras comunidades: unas veces los dominicos, otras los franciscanos, los tomistas, etc., lo cierto es que, desde su creación hasta el presente siglo, apenas si ha habido interrupción en esta clase de polémicas, deduciéndose de esto que no escasearían las inculpaciones á que antes nos hemos referido. Como quiera que no es nuestro propósito hacer un resumen de todo lo sucedido en este particular, nos contentaremos sólo con indicar lo acaecido entre los jesuitas y San Carlos Borromeo, cardenal y arzobispo de Milan.

Acogió éste con gran benevolencia á la Compañía haciéndola donaciones considerables, entre otras, la fundación de un colegio en Milan y proporcionándole el establecimiento de casas ó conventos en Lucerna, Freiburg y otras partes; pero, no tardó mucho en resultar motivos de disgusto entre la Compañía y el cardenal. Ofendieronse los primeros de que no les encargase la inculcación exclusiva de los muchos seminarios que había creado; alegaba el segundo que no podía confiársela, por que había observado que toda su tendencia era atraer á los discípulos de talento á la Compañía, quitándolos, por consiguiente, al clero secular; además, aseguraba haber hecho un triste descubrimiento: *su confesor el jesuita Rivera, en quien tenía una plena y absoluta confianza, había sido convicto de pecados hediondos y repugnantes, habiendo otros padres del colegio de Milan cometido las mismas suciedades é infamias.* A consecuencia de tal repugnancia echó con estrépito á Rivera de su lado, quitando á la Compañía la dirección de todos los seminarios que había fundado. Fácilmente se comprende que la irritación de los padres llegó á su límite, y, máxime, cuando Borromeo obtuvo de Gregorio XIII un breve en 1579, prohibiéndoles solicitar los discípulos del seminario del Arzobispado para que entrasen en la orden. Borromeo les intimó además que *en adelante se abstuvieran de inmiscuirse en su derecho, y que se atuvieran concienzudamente á las condiciones bajo las cuales habían sido admitidos en Milan.* Teniendo en cuenta que la constitución de la Compañía de Jesús había sido concedida por Pablo III, el 17 de Setiembre de 1540, se vé con toda claridad que la lucha entre ellos, las otras órdenes monásticas, el episcopado y el clero había empezado, puede decirse, con la creación de la sociedad, y continuó sin interrupción ya por cuestión de prerogativas y privilegios, ya por rivalidad de dominio, ya por intereses materiales; ora se manifestó por disputas teológicas sobre la gracia, sobre el probabilismo, el predeterminismo, el pecado filosófico, los textos de los padres, y también sobre algunas de una importancia tal como la siguiente: ¿pudo Dios venir al mundo para redimir el género humano en forma de piedra, madera ó de un animal cualquiera? no disputándose ménos por las tesis de la casuística en cuyo camino algunos individuos de la

Orden llevaron su audacia hasta un punto tal, que estaba muy lejos de ser una correcta moralidad, y alguno de ellos llegó á calificar de una importancia menor que el robo de treinta monedas de plata, un pecado que por pudor no nombramos y que significa en el hombre un rebajamiento inconcebible. Nuestros lectores conocen seguramente las afirmaciones de este género de Moja, Valencia, Benzi y otros.

En cuanto á la obediencia al Papa, no puede negarse que han prestado grandísimo y poderoso auxilio á la curia romana y es muy dudoso que el papado hubiese podido resistir á la Reforma sin el enérgico, constante é inteligente auxilio de la Compañía; pero andando los tiempos sucedió lo que era lógico, y es que los protectores quisieron dominar al protegido, peleando constantemente á fin de someter al orbe entero, en un sistema teocrático cuya cabeza visible fuese el Papa y los directores efectivos los miembros de la corporación. Lo mismo cuando se trató del comercio de la India, de los ritos de la China y el Japon, que de las cuestiones del Paraguay, no tuvieron gran recato en despreciar, ó, por lo ménos, eludir las órdenes del Papa; y aunque algunos creen que no le han sido muy fieles en las disidencias surgidas entre aquel y Luis XIV hay que rectificar este error, por que si bien la mayoría estuvo al lado del monarca francés, todo indica que obraban en perfecta inteligencia con sus compañeros que estaban al lado de la curia romana, manera hábil y segura de que la Compañía nunca quedará desamparada. Desde un principio manifestó aquella resuelta y decididamente opuesta á toda reforma de la Iglesia, y así lo sostuvo Laynez en el concilio de Trento, asegurando alguno de ellos que el Papa era la cabeza de la Iglesia, sin el cual ésta estaba muerta, y por consecuencia que él podría reformarla cuando lo tuviera por conveniente; pero, ella no tenía derecho ni eficacia para emprender ninguna reforma importante, viéndose, por lo tanto, desde un principio el deseo y la tendencia de hacer dogmática la infalibilidad del Papa; y por consiguiente, la superioridad de éste sobre los Concilios y el anulación de las prerogativas del episcopado y las iglesias nacionales. Esta conducta fué enteramente opuesta á la del episcopado español en el célebre Concilio, pues saben nuestros lectores que éste sostuvo las prerogativas de la Iglesia española, llevándolas en ocasiones más adelante que lo hacia el Galicanismo, y un ilustre prelado español dijo en plena sesión que ellos querían simplemente que el Papa les concediese lo que de derecho les pertenecía, puesto que ellos le habían concedido más que lo que le correspondía. Tan opuestas conductas tienen sencilla explicación: los Padres de la Orden iniciaban una revolución en el gobierno de la Iglesia, y de representativo que aquel había sido y era, tendían á convertirle en absoluto, mientras que el episcopado español, por sus tradiciones y por pertenecer á la nación que más adelantada estaba en el gobierno representativo de todas las del continente europeo, sostenía la continuación de esta clase de gobierno en el de la Iglesia.

En comprobación de lo dicho, nos permitiremos citar la afirmación de uno de los doctores de la Compañía, el cual sostenía que el Papa era el teniente de Jesucristo, gozando por ende las prerogativas del Hijo de Dios, y sosteniendo otros que la ignorancia, en cualquier grado que ella fuera, no impedía para la infalibilidad papal, puesto que Dios, en su infinita sabiduría, había creído oportuno valerse de una burra para sus altos designios haciéndola hablar.

Siempre, y desde su principio trabajaron con fé y entusiasmo por someter el mundo al dominio del Papa, y ni un momento han desmayado en tal propósito; como tampoco en el fervor heredado de Ignacio de Loyola para odiar la herejía y perseguirla por todos los medios sin excluir el hierro y el fuego. ¡Ojalá no hubieran tenido este fervor, elevado á tan alto grado, é imbuido á los soberanos, que ya por celo religioso, ya también satisfaciendo ambiciones personales, con tal ferocidad llevaron á la práctica! Entonces la humanidad no hubiera tenido que deplorar los asesinatos en masa y los crueles tormentos de que fueron víctimas los valerosos Vardenses del Piamonte y Calabria, pues baste decir, que en este último país y en un solo día, se dió tormento á cien mujeres.

Tampoco hubiese habido que deplorar las persecuciones de Fernando de Austria, la guerra cruda y tenaz que sostuvo con Hungría, defendiendo ésta valerosamente sus derechos, la cruenta y sañuda sostenida contra Bohemia, que produjo la ruina y el exterminio de aquellos valientes theques, hasta el extremo que al empezar la feroz campaña contaba Bohemia con tres millones de habitantes, y al concluir llegaban á 800.000; escasamente, sumidos en la mayor miseria y pérdida su nacionalidad; los demás habían muerto en los combates, en los patibulos, ó habían emigrado. Suecia se hubiera evitado sus perturbaciones y contiendas interiores; Polonia las causas que más tarde determinaron su ruina y la pérdida de la patria.

Puede decirse que solo Noruega y Dinamarca se libraron en aquel tiempo del azote de las guerras civiles y religiosas: en el territorio de estos dos países no hubo medio de que arraigara la Compañía. La pasión del proselitismo, tanto más fuerte en toda secta ó partido cuanto mayor es el entusiasmo de sus adeptos, ha llevado á la Compañía á propagar y proteger lo que se ha llamado la devo-

ción fácil. Por esto se le ha hecho graves cargos en puridad sin fundamento bastante y cualquiera que sea la opinión de los viejos y nuevos jansenistas, y aun contra la autoridad del ilustre e iluminado Pascal, no puede negarse que la devoción fácil estaba y está más en armonía con los adelantos del progreso y la suavidad de costumbres y sentimientos que lleva consigo una cultura más avanzada. Preciso es, por lo tanto, reconocer que ha prestado la Compañía en este particular un servicio, á la par que á sus intereses particulares, á los de la sociedad en general, y que es anacrónico el pensar en la compatibilidad de una devoción dura y sombría con la manera de ser de las sociedades modernas. Estamos, pues, conformes en lo que sostiene el padre Alfonso Rodríguez al afirmar que aun dentro de las órdenes monásticas y del mayor ascetismo, es más conveniente en todo lo que á penitencias y sensibles mortificaciones se refiere, dejarlo á la inspiración del terror de cada uno, combinado con la prudencia del director espiritual, que establecerlo como regla obligatoria y hasta cierto punto mecánica.

MANUEL BECERRA.

(Continuará).

LA BOLSA.

EL ALZA, LA BAJA Y LA LIQUIDACION.

Algarada bursátil han llamado algunos á las oscilaciones de los fondos públicos en la Bolsa de Madrid durante el mes de Octubre último; al alza forzada que se venía sosteniendo y á la baja precipitada que se presentó en los días 18 y 19 tomando todos los caracteres de un verdadero pánico y que ha producido una liquidación desastrosa.

Algo más serio que una algarada ha sido. En once millones de reales se estima el importe de las quiebras ocurridas en la liquidación de fin de mes, y la perturbación que este resultado necesariamente ha de traer consigo, bien merece que se le dé alguna mayor importancia.

Pocos días há que la liquidación ha terminado, y los lectores de LA AMÉRICA no hallarán seguramente extraño que no deje ésta pasar desapercibidos hechos que tan bruscas sacudidas han producido en el movimiento de los fondos públicos.

Que el alza venía forzada, iniciada y sostenida desde el principio por especuladores de recursos suficientes para mantener una situación ficticia, cosa es que los hechos mismos han demostrado, por más que á principios del mes hubiera empeño en presentar el precio del consolidado como natural y lógico. A 23,20 se cotizaba el 3 por 100 interior en los días que precedieron á la baja, y se anunciaba que para fin de Diciembre llegaría á 25. A poco que se hubiera querido reflexionar se habría comprendido que por la marcha natural de los fondos públicos, que tiene que estar relacionada con la situación general del país, con la situación financiera del Estado y con el interés corriente del dinero, si el consolidado hubiese llegado al precio de 25 habría sido este absolutamente forzado y que forzado era ya también el de 23,20.

En efecto, no gozando el consolidado más que de 1 por 100 de interés, rinde este papel al precio de 23,20, un interés de 4,31 por 100 al capital en él empleado. ¿Y cómo sostener que el interés del dinero en España es de 4 1/3 por ciento?

El 3 por 100 francés, teniendo el mercado el interés del dinero á 3 1/2 en el Banco y á ménos á mercado libre, dá con su precio de 86 un interés de 3 1/2. Los consolidados ingleses, con su precio de 99, dan 3,03 por 100 de interés, teniendo el dinero á mercado libre, el tipo de 2 y 1 3/4. Y no creemos que se pretenda comparar nuestra situación financiera con la de Francia y la de Inglaterra. ¿Cómo, pues, sostener que en España, pagando el Estado mismo 6 por 100 por sus Deudas del Tesoro con garantías, y pagando el Banco Hipotecario 6 por 100 por sus cédulas, que representan los préstamos garantizados con hipoteca, el consolidado sólo ha de producir 4 1/3 por 100 al capital, teniendo, además, presente la situación en déficit de los presupuestos?

En cuanto al cambio de 25 que se anunciaba para Diciembre, y que representaría un interés de 4 por 100 al capital, sería aún más irracional y más ilógico.

Que el juego de la especulación mueva los cambios algun tanto más ó ménos del precio verdadero, se comprende. Pero que cuando por efecto de una jugada sostenida al alza, se haya querido pretender que aquellos cambios forzados constituirían una situación más ó ménos estable; que se anunciase que se forzaría aún más para dentro de dos meses, y que se tomase esto como perfectamente fundado es lo que no tiene explicación plausible de ninguna clase.

Seis meses ha tardado en subir 2 por 100 el 3 por 100 francés, empujado, no por una alza ficticia, sino por el desarrollo de la riqueza pública que se realiza ahora y se prevé para lo sucesivo con las rebajas de contribuciones, y por la excelente situación financiera del Estado.

En una semana se ha hecho subir 2 por 100 al consolidado en la Bolsa de Madrid.

Si un grupo de especuladores de segundo y tercer orden se lanzó aventuradamente en aquel juego al alza de tal manera sostenido, comprometiéndose mucho más allá de lo que sus fuerzas les permitían, ¿cómo ha de haber sorprendido á nadie

que friamente examinase la situación, la liquidación desastrosa que aún tiene restos que no vendrán hasta fin de Noviembre corriente?

Por lo demás, ó estos especuladores tenían conciencia de la situación, ó no.

Que no la tuvieran sería muy extraño en hombres de negocios. Si la tenían resultaría que presumiendo de hábiles, confiaban en poder ponerse á cubierto antes que la baja se presentase, sabiendo, como debían saber, que cuanto más forzada ha sido el alza más se precipita la baja. Unos lo han conseguido, otros han sido sorprendidos por la baja, convertida en pánico en pocas horas, y pasan de veinte las quiebras, según se asegura.

Las operaciones á plazo, el obligarse á tomar ó á entregar papel á fin de mes á un precio dado, forma en todas las Bolsas una parte importante de las operaciones. El vendedor tiene, en efecto, papel que ceder, ó recursos suficientes para comprar papel y entregarlo en el día de la liquidación, costándole más caro que el precio á que él ha vendido. El comprador tiene, en efecto, recursos para pagar el papel que recoje á fin de mes, aunque esté entonces más barato que el precio á que él ha comprado, y que conoce en el momento de hacer la operación. Uno y otro ajustan el importe de sus operaciones á los recursos con que cuentan y especulan con el alza ó con la baja para obtener un beneficio en las diferencias de precios.

Pero hay una diferencia entre esto y operar al descubierto. Ni el comprador ni el vendedor tienen títulos ni recursos para recogerlos el día de la liquidación para hacer lo que los franceses llaman *la levée des titres*. Juegan pura y simplemente las diferencias, porque esto ya no es especulación, es pura y simplemente un juego de azar. Aun en los casos en que el jugador opera con prudencia, puede sufrir pérdidas, pero no un desastre.

Pero viene la fiebre del juego, y teniendo un capital relativamente pequeño, se empeña el jugador en operar por millones y más millones nominales; sabe que un contratiempo causaría su ruina, y sigue, sin embargo, fiándose á la buena suerte, que es lo mismo que poner, bajo palabra, cinco onzas de oro á una carta, cuando no se posee más que una.

Lo ocurrido en el mes de Octubre y en otras circunstancias idénticas, prueba que hay en la Bolsa de Madrid cierto número de especuladores de recursos limitados relativamente á los de otro pequeño grupo con recursos más amplios que le permiten dominar, por decirlo así, el mercado, dadas las condiciones de la Bolsa de Madrid, iniciar una jugada al alza y sostenerla el tiempo necesario, para que los demás, poniéndose también al alza contribuyan así á mantener una situación ficticia.

Decir en absoluto que aquel pequeño grupo domine á voluntad la Bolsa de Madrid, no sería exacto ciertamente. Pero cuenta con que el resto de la especulación, salvo contadas excepciones, ni examina los hechos financieros, ni los razona, ni los hace entrar en cuenta, ni considera más que el movimiento mismo de la Bolsa, y se pone al alza ó á la baja, sin más motivo ni fundamento que el ver que se continúa comprando ó vendiendo.

No ha faltado ahora alguno que otro especulador que demostrase que la situación era absolutamente ficticia; que había que buscar fuera de la Bolsa los fundamentos para operar, y que estos no demostraban otra cosa sino que los cambios estaban forzados, y que á pesar de todos los esfuerzos imaginables, la baja tenía que presentarse necesariamente. Estas razones prudentes y sensatas se tenían por absurdas; todo se tomaba como pretexto para empujar más y más los cambios; cualquier rumor, un artículo de un periódico eran presentados como argumentos de peso, ante los cuales la situación general financiera, el déficit de los presupuestos, todas las razones, en fin, que en otras Bolsas son tenidas en cuenta, ni merecían siquiera que se les concediera importancia alguna.

Tal era la ceguera que algun especulador y no novicio, por cierto, al empezar la baja á iniciarse, creyó que esto era solamente un ardid de los que llevaban la jugada al alza para forzar enseguida más los cambios, y se puso al alza, cuando ya los mismos que habían venido sosteniendo ésta vendían, porque les era imposible mantener por más tiempo aquella situación.

Pero la baja tanto más se precipita, cuanto más forzada ha sido el alza, por lo mismo que los especuladores de recursos relativamente limitados temen verse comprometidos. Antes era la fiebre de la especulación la que mantenía forzados los cambios; despues es el miedo que se apodera de la mayor parte de los especuladores el que acentúa más y más la baja. Y ésta se ha precipitado ahora de tal modo, que los mismos especuladores gananciosos se esforzaban en reponer algo los cambios para facilitar la liquidación á los que perdían, porque nada les aprovechaba el ganar nominalmente una crecida cantidad, si no podían realizarla por haberse declarado insolvente el deudor.

Por lo demás, que la jugada al alza se iniciase en Madrid por un pequeño número de especuladores importantes que obraban de concierto, y de acuerdo, además, con otro grupo de la Bolsa de Barcelona, parece verosímil que así sea, á juzgar por lo ocurrido, y así se ha afirmado y es opinión general.

Para los lectores de LA AMÉRICA que no siguen las fluctuaciones de la Bolsa, lo que queda dicho explicará el pánico ocurrido en los días 18 y 19 de Octubre, bajando el consolidado desde 23,20 hasta

19'25, y quedando por fin en 20'20, es decir 3 por 100 de pérdida en cuarenta y ocho horas sobre el valor nominal, ó sea 13 por 100 de pérdida sobre el valor efectivo. Del mismo modo se explicarán también cómo inmediatamente se repuso, llegando en el Bolsin de la mañana del día 21 á hacerse á 21 y 21'30 para fin de mes. Pero estos esfuerzos de los especuladores gananciosos para reporer algún tanto los cambios y facilitar la liquidación del día 31, tenían ya que luchar con la alarma que se había introducido en la especulación y que hacia persistente la tendencia á la baja. Así se ha visto bajar de nuevo el consolidado el día 22; reponerse lentamente en los siguientes días, llegando el consolidado para fin de mes á 20'75, y el día 26 sufrir nuevamente otra brusca oscilación en baja que le deja en 20'20, y en 20 en la Bolsa del día 27. Por la misma razón en los días 28, 29 y 30, la Bolsa rompía en alza para aflojar enseguida á pesar de que el día 28 se hicieron bastantes compras y que el día 29 los vendedores á plazo pedían papel.

De esta manera se ha llegado trabajosamente á la liquidación, quedando el día 30 el consolidado fin de mes á 20'35.

De este precio al de los días anteriores á la baja había 3 por 100 de diferencia, y el especulador que se había aventurado por muchos millones nominales, se veía en la imposibilidad de cumplir sus compromisos.

Veinte quiebras, como antes queda dicho, por once millones de reales, han sido el resultado, y aun todavía se teme que algunas otras vayan á aparecer en fin del mes corriente, si los cambios no mejorasen lo suficiente para impedirlo.

Once millones de reales para las Bolsas de París, de Londres, de Amsterdam, poca cosa son. Para la Bolsa de Madrid, con su esfera de acción infinitamente más reducida, son causa de una perturbación considerable.

Háse procurado por algunos mezclar de cierta manera al Gobierno en esas oscilaciones y en esas bruscas sacudidas de la Bolsa, si no culpándole precisamente por la baja, por lo menos haciendo que esta redundase en su desprestigio. Examinado friamente el asunto, no entendemos que haya para qué mezclar al Gobierno, ni favorable ni desfavorablemente en lo ocurrido. No censuraremos, sin embargo, que en aquel sentido hayan sido formuladas opiniones en la prensa. En la prensa también, amigos del Gobierno pretendían que el alza forzada que se venía sosteniendo y que era pura y simplemente una jugada de resistencia, se debía á la confianza cada vez mayor que el Gobierno inspiraba á los tenedores de fondos públicos. Hubo hasta la imprudencia de esos amigos, que olvidaban el conocido *trop de zèle*, en pretender que la depreciación siguiente se debía á adversarios del Gobierno, que jugaban á la baja por espíritu de oposición.

Y es indudable que desde el momento en que se quería hacer entrar al Gobierno y á la política entre las causas del alza, los adversarios del Gobierno tenían buen juego con el pánico de los días 18 y 19, con la dificultad trabajosa con que los cambios se reaccionaban ligeramente, y con la liquidación, que se anunciaba desastrosa para fin de mes, como en efecto lo ha sido. El argumento de estos últimos no tenía réplica. Si al Gobierno se le debía el alza y las esperanzas de que continuase cada vez más hasta llegar el consolidado á 25 para fines de Diciembre, sobre el Gobierno había que echar el peso de la baja. La falta de lógica no estaba en los adversarios sino en los amigos del Gobierno por los alardes anteriores.

No entramos aquí en estas consideraciones bajo el punto de vista político; por el contrario, entendemos que no debe mezclarse al Gobierno en la responsabilidad de la baja, pero tampoco atribuirle mérito alguno en el alza anterior. La una como la otra tienen su explicación fuera de esas causas, y mucho más en la Bolsa de Madrid, cuyas especiales condiciones hemos indicado. Seguramente el especulador que se lanzaba con harta imprudencia á operar en millones y más millones, y que ha venido á perder veinte, treinta, cuarenta mil duros en la liquidación, no se aventuraba comprando fgado, en que el crédito del Gobierno había de sostener el alza más y más. Sus impresiones nacían de la Bolsa misma, y nada calculaba fuera de ella; veía á algunos grandes especuladores comprar, y compraba. Sabía ó comprendía que había una gran jugada al alza, y quería aprovecharse de ella. Solo que, como no tenía en su mano el término del alza ni la preparación de la baja; como no llevaba el hilo de la operación, y aun parece que el hilo se rompió en manos de los mismos grandes especuladores y la baja vino por esto de improviso y más precipitada, de los especuladores que iban á la ventura, unos salieron bien librados y otros han pagado caramente su imprudencia. Añadamos que algunos han pagado, «en sentido figurado,» moralmente, teniendo que declararse insolventes.

No han faltado tampoco indicaciones acerca de la conveniencia de que el Gobierno adoptase alguna medida previsorá para impedir que se reprodujeran hechos como los ocurridos en el mes último. Siempre que se produce un desastre de éstos en la Bolsa, vienen las mismas indicaciones para que la paternal prevision del Gobierno impida con sábias y prudentes medidas la repetición de esos hechos. Esta vez ha habido más que indicaciones, pues que el Bolsin de Barcelona fué cerrado de orden de la autoridad. Algunas medidas se tomaron ya hace algún tiempo, por ejemplo, la de reformar el reglamento de la Bolsa. El resultado ya se ha visto; un

alza forzada, una baja que degenera en pánico, y una lamentable liquidación. ¿Qué se ha corregido? ¿Qué se ha impedido? Restringir más y más las operaciones á plazo, cerrar el Bolsin de Madrid? ¿qué más podría hacer el Gobierno?

Esta teoría de la paternal solicitud, y la no menos paternal y previsorá intervencion en tales asuntos y otros muchos, tiene hechas ya sus pruebas; ha demostrado en la práctica, no sólo su ineficacia, sino también su inconveniencia. Recordamos aún aquellos delegados régios que, conforme á esa teoría de prudente intervencion, vigilaban los Bancos, Compañías y Sociedades. ¿De qué utilidad fueron? Ahí está la historia del Banco de Valladolid, por ejemplo. Tenía su comisario régio que asistía á las sesiones del Consejo y las presidía, presenciaba los arcos, y ejercía, en fin, á lo que parecía, una continúa vigilancia.

Pues recordemos que ese mismo comisario régio publicó en la prensa vallisoletana un comunicado en el que se decía, entre otras cosas, que presenciando, como presenciaba, los arcos y recuento de valores, no pudo impedir que la cartera sana del Banco fuese sustituida por otra «podrida.» El Sr. Cachá, si mal no recordamos, era entonces comisario régio de aquel Banco, y él publicó en la prensa de Valladolid el comunicado á que nos referimos.

Y volviendo á la Bolsa, ¿qué medidas preventivas había de tomar el Gobierno para impedir la fiebre de la especulación? ¿Suprimir el bolsin? ¿Restringir las operaciones á plazo? ¿Prohibir las operaciones al descubierto?

¿Y cómo suprimir el bolsin que se verifica en plena Puerta del Sol?

Si pasada la impresion de la liquidación de fin de Octubre, la fiebre de la especulación, digamos la del juego, se apodera de los especuladores, todas las medidas preventivas y prohibitivas son absolutamente ineficaces.

Deseamos que lo ocurrido sirva de lección provechosa, sin que nos atrevamos á confiar del todo en ello.

J. M. ALONSO DE BERAZA.

D. DIEGO SAAVEDRA FAJARDO.

La literatura de un pueblo es el reflejo de sus costumbres, la expresión de su carácter y el termómetro que marca los grados de su opulencia ó de su postración, de su cultura ó de su rudeza, de su prosperidad ó de su decadencia. Con raras excepciones, la literatura sigue el curso de los fenómenos históricos y de las vicisitudes sociales. Todo estímulo generoso la favorece, toda pasión criminal la degrada. Bajo la mágica influencia de las glorias nacionales, se la vé progresar y perfeccionarse, impulsada por la fuerza motriz de los sentimientos públicos. Con los infortunios y miserias de la patria decae, degenera y se oscurece, semejante á una luz, que por falta de combustible, sólo espesce incierta y sombría claridad. Allí, donde el ingenio se alimenta con la savia de las virtudes cívicas y cristianas, la literatura, obrando al modo de un magisterio, sirve, no sólo para conservar la pureza de las costumbres, sino también para encender el fuego del entusiasmo y la llama del patriotismo. Cuando los caracteres se degradan y las almas se pervierten, las producciones intelectuales suelen ser el intérprete de bastardos intereses, la voz de la impostura, el eco de la vil lisonja, el desahogo del cinismo ó el incentivo del libertinaje.

Por regla general, el literato, el poeta, y sobre todo el historiador, se dejan desde luego influir y al cabo arrastrar por las exigencias de la moda y los resabios de su época, siquiera les parezcan al principio exóticos ó extravagantes. Son un aire que contárga la atmósfera donde respiran. Y así como el espíritu se dilata ante el espectáculo de heroicos hechos y sublimes sacrificios, se empequeñece y anonada en los días de vergüenza y prevaricación. Nunca logrará poseer el tesoro de una literatura rica, abundante, modelo de buen gusto y notable por la profundidad de sus conceptos, ninguna generación sin fe, sin Dios, sin altares, ni un pueblo sumido en el fango de la anarquía ó abrumado bajo el peso de ignominiosa servidumbre.

Hé aquí por qué bajo el fluctuante cetro de Felipe IV, la amena literatura y las nobles artes, después de haber despedido brillantes resplandores, comenzaron á caminar rápidamente hácia su ocaso, llevando inoculados en sus entrañas perniciosos gérmenes de corrupción y decrepitud. Preciso es confesar, sin embargo, que durante algunos períodos de tan azaroso reinado, el culto á las musas, el arte de la pintura y muy particularmente las producciones dramáticas, destinadas á servir de solaz y entretenimiento al público, adquirieron un alto grado de importancia, ascendiente y celebridad. Pero semejante fenómeno, no tanto debe atribuirse á la decidida protección, dispensada á nuestros poetas y artistas por un Monarca, que en medio de censurables devaneos, aspiraba el título de autor, cuanto á los reflejos de nuestra pasada grandeza, últimas llamaradas de una hoguera próxima á extinguirse.

Aunque brillaban en el Parnaso y en el teatro español poetas eminentes y actores que han alcanzado mucha nombradía; aunque contaba la república de las letras historiadores correctos y concienzudos, no del todo exentos del virus dominan-

te, en cuyo número figuraban los Moncadas, los Melos, los Solís y los Colomas; aunque los hijos de Apeles podían vanagloriarse con pintores como Velazquez, las obras de tan esclarecidos ingenios eran hasta cierto punto el canto del cisne, que anunciaba el cercano fin de la sana crítica y los funerales del buen gusto. Los mismos aplausos que obtenían las fecundas comedias del Fénix de los ingenios, los dramas caballerescos de Calderon, las discretas fábulas escénicas de Moreto, los picantes diálogos de Tirso y las fulminantes sátiras de Quevedo; los mismos ecos del entusiasmo que habían inspirado los magníficos cantos de Rioja, los robustos versos de Jáuregui, las armonías líricas de Espinosa y Villegas, émulos de Teócritos y Anacreonte, iban poco á poco reduciéndose al silencio, sofocados por el estrepitoso clamoreo de la secta culteranista y los fervientes plácemes, tributados á los delirios, con que Góngora, y señaladamente sus discípulos y sucesores, hacían retumbar el templo de las Musas. Muy pronto no acertó el talento á salir del estrecho laberinto, donde estaba aprisionado, y los esfuerzos que hacían para alcanzar la sublimidad, parecían más bien las convulsiones de un epiléptico, que se retuerce en el lecho del dolor, que los varoniles alardes de un atleta generoso que aspira á ceñir su frente con los laureles de la victoria.

Era imposible que no ejerciese un influjo deletéreo sobre todos los ramos del saber humano, el fatídico encadenamiento de abusos, derrotas y traiciones que hacían entonces asomar el color de la vergüenza al rostro de todos los buenos españoles y á sus ojos las lágrimas de la aflicción. En el Norte la espada extranjera cercenaba las garras del león de Castilla, y en el Occidente las Quinas portuguesas nos arrancaban una de las más hermosas joyas de la triunfal corona de Felipe II. Nuestros tesoros se desperdiciaban en luchas estériles, que á cada paso se reproducían, y la sangre española corría á torrentes para defender las más veces derechos é intereses extraños. Poseíamos soldados hambrientos y desnudos, que se resignaban á morir como héroes en los campos de batalla; pero nos faltaban hábiles generales que supiesen utilizar su valor y conducirles á la victoria. La tiranía de los vireyes, hechura de favoritos inmorales y procaces, unida á los agravios de la corte, encendió en Cataluña la tea de la rebelión, haciendo que se incorporase al reino de Francia, y aunque después de terribles trastornos, discordias y represalias volvimos á recuperarla, perdimos al fin el Rosellon, que era para nosotros un centinela avanzado sobre las vertientes del Pirineo Oriental. Por iguales causas, y á consecuencia de una serie de arbitrariedades análogas, se insurreccionaron con graves daños nuestros, Sicilia y Nápoles, donde á la luz del incendio y en medio del saqueo á que se entregaron las turbas demagógicas de Massaniello, manchadas de sangre y sedientas de oro, quedó profanada y hecha pedazos la secular bandera de Castilla.

La voz de la codicia, resonando con mayor fuerza á los oídos de jefes venales, que la del patriotismo y la lealtad, les incitaba á traficar con los pertrechos de guerra, sugiriéndoles el indigno estratagemá de hacer que figurase en los partes de revista doble número de soldados que los del contingente efectivo de nuestros ejércitos. Los resentimientos privados y las rivalidades de mando daban lugar á que se malograran las más importantes empresas. Las paces solían sernos tan perjudiciales como las guerras, porque á veces lo que no se perdía en una batalla se cedía por un tratado. En suma, bajo los repetidos golpes de Francia, Inglaterra y Holanda, se desmoronaba el colosal edificio de la monarquía española, y cada piedra que caía, se llevaba consigo un giron de nuestro honor y una parte de nuestra fortuna.

En lo interior era no menos lastimoso y terrorífico el cuadro que ofrecían las provincias del reino. Exhausto el Erario, paralizado el comercio, por efecto de prohibiciones absurdas que favorecían el contrabando; estancada la industria; agobiada la agricultura bajo el peso de exorbitantes tributos; adulterado el valor de la moneda; monopolizados los suministros por insaciables abastecedores, los pueblos no dejaban de significar, ya con dolientes clamores, ya con repetidos motines, el hambre que les acosaba y la desesperación de que estaban poseídos. Cuadrillas de facinerosos y bandadas de trabajadores recorrían los campos; aquellas para despojar á los viajeros, estas para pedir limosna á las almas caritativas. Las Cortes del reino, reducidas á una vana sombra, ni tenían poder para negar los subsidios, aunque les pareciesen onerosos, ni voluntad para concederlos, cuando el Gobierno se los exigía con señales de debilidad y alardes de despotismo. Aunque los galeones que venían de América trajesen algún oro, recaudado en nuestras apartadas Colonias, cuando no eran apresados por buques corsarios ó escuadras enemigas, al punto se derrochaba y consumía en suntuosos bailes, saraos, corridas de toros, fuegos artificiales y otros costosísimos festejos, como si con ellos se quisiera insultar la indignidad pública y celebrar los afrentosos reveses que nos abatían y diezaban.

A tan indisculpables locuras y prodigalidades, que hacían resaltar más el luto, ocasionado por todo género de desastres, aluden los siguientes versos de un romance satírico, atribuido á Quevedo.

Están en tan triste estado,
¡oh majestad poderosa!

vuestros vasallos, que tienen
aun la muerte por lisonja.

Volved, pues, tenga el Retiro
fiestas, banquetes, pandorgas,
que para perderse aprisa
así se han de hacer las cosas.

El palacio estaba convertido en un circo de gladiadores. Allí se disputaban la régia privanza, no sólo los vástagos ambiciosos de la grandeza del reino, sino los aventureros de buen exterior, los advenedizos osados y cuantos especuladores políticos aspiraban a clavar la rueda de la fortuna. El favor del monarca era un objeto de especulación para el mañoso cortesano que lo obtenía, y una mina de honores y provechos, cuyo rico filón podía explotar a mansalva, mientras conservase la real gracia; pero tan pronto como llegaba a perderla, corría inminente peligro de terminar su carrera en el cadalso, donde fué ajusticiado D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, por mano del verdugo, ó de sucumbir en el destierro, donde espiró, falto de juicio, el tristemente célebre conde-duque de Olivares, antes de que Felipe mandase entregar á sus vasallos la cabeza de tan impopular favorito.

Verdad es, que bien merecía este último la pena con que se le amenazaba, porque su omnímoda privanza, lejos de mejorar, empeoró considerablemente la infausta suerte de la moribunda monarquía. La figura del conde-duque de Olivares, aún rebajando mucho la suma de los criminales abusos que le imputaban sus enemigos, se destaca, sin embargo, con unos colores, en extremo desfavorables, sobre el fúnebre lienzo, donde el inexorable pincel de cronistas contemporáneos, algunos de ellos anónimos, han dejado trazada la pintura de nuestras desdichas y vergüenzas. Monarca absoluto, aunque sin corona; ministro y secretario del despacho, pero con cetro de soberano; árbitro supremo de España, se apoderó del rey para reducirle á la condición de un dócil instrumento de sus miras; del Gobierno, para que fuese en sus manos un arma de ataque y defensa; de los más pingües empleos, para repartirlos entre sus hechuras y deudos; de la nación, para explotarla y empobrecerla. Gigante por su ambición, pigmeo por su capacidad, no buscaba en los hombres la aptitud, que se les supusiera, sino el servilismo, de que hubiesen dado pruebas. Soberbio con los pequeños, humilde con los poderosos, vano hasta la puerilidad, rebajó el nivel de los caracteres é hizo subir la medida de las exigencias palaciegas. Quiso reformar á su antojo y conforme á sus propósitos, la diplomacia, el ejército, la marina, los gastos públicos, la administración y las costumbres; pero durante su autocrática dominación, que se prolongó por espacio de veintidos años, sólo se celebraron tratados ruinosos; se sufrieron irreparables descalabros; se nos despojó del ducado de Mantua y de casi toda la Borgoña; se emancipó Portugal; se perdieron doscientos ochenta buques; se despillaron ciento diez y seis millones de doblas de oro; se obligó á pagar á la esquilmada nación, entre otras cargas, los trescientos cincuenta y dos mil escudos anuales, á que ascendían los sueldos que el conde-duque se había adjudicado á sí propio; se introdujeron el desconcierto y el caos en todos los servicios del Estado; se acrecentaron la licencia y el desenfreno. Supuso que iba á hacer grande al rey, dando lugar á que se digese en tono irónico, que en efecto, había sabido darle la grandeza del hoyo, que cuanto más tierra se le quita mayor se le hace.

La corte estaba convertida en un centro de escándalos y trágicas aventuras; de excesos y atropellos contra el pudor y la seguridad individual. Las fuertes rejas de los claustros no eran obstáculo bastante para poner á cubierto las vírgenes del Señor de los antojos de la concupiscencia. A la puerta misma de las iglesias solían caer bajo la punta del puñal del asesino tal ó cual víctima de privada venganza. Los robos y cuchilladas, los raptos y adulterios, las violencias y los homicidios, se sucedían con espantosa frecuencia. Parecía que se habían desencadenado todos los malos instintos para disolver los vínculos de la sociedad española.

Felipe, entre tanto, jamás frecuentaba los campeonatos, pero visitaba asiduamente la casa de las comediantas y el tugurio de los histriones. Aficionado á los torneos y juegos de cañas, prefería manejar con destreza el rejoncillo en tan fútiles simulacros, á esgrimir el acero, al frente de sus ejércitos, en defensa del territorio nacional. El rey no sabía vivir sin alguna privo, que le pusiese una venda sobre los ojos para que no viera las desgracias de la patria, y sembrase de flores artificiales el áspero camino de su perdición. Entre favoritos aborrecidos y confesores políticos; entre teólogos y espadachines; entre guerras destructoras y paces ominosas; entre jesuitas, como el padre Nithard, y régios bastardos, como D. Juan de Austria; entre enredos de bastidores é intrigas cortesanas; entre corridas de toros y autos de fe, le sorprendió el ángel de la muerte, cuya segur cortó el hilo de su feliz reinado, dejando el trono suspendido sobre el profundo abismo, donde fué á sepultarse el cadáver de la dinastía austriaca.

¡Qué lección tan elocuente para aquellos que dudan de la Providencia y creen que no ha de llegar la hora del castigo, ni para los Gobiernos que abusan de su autoridad, ni para los pueblos que suscriben á vivir en la ignominia! Todo se deshacía en los vastísimos dominios españoles, que habían abarcado dos hemisferios. El mundo presen-

ciaba atónito aquella obra de descomposición y ruina. En los mares, donde por largo tiempo habíamos preponderado, sólo veían nuestros marinos, no ya los trofeos de Lepanto, sino los dispersos fragmentos y reliquias de nuestras destruidas escuadras. Los campos de la guerra, en que tantas veces triunfaran nuestras armas, eran con cortas, aunque honrosas excepciones, testigos de nuestras derrotas, habiéndose trocado allí en lúgubre ciprés las gloriosas palmas de Cerinola, San Quintín y Pavía. Del territorio de la patria iban segregándose sucesivamente varios Estados. De que antes fuimos dueños y señores. Cada enemigo de España se apresuraba á cortar alguna de las ramas del árbol caído. Nuestras riquezas se habían consumido; nuestros recursos se acababan. Los grandes caracteres desaparecían poco á poco para ser reemplazados por espíritus rastreros y empíricos despreciables. Rara vez alguno que otro rasgo de energía y patriotismo venía á interrumpir la serie de nuestras debilidades y miserias. El antiguo estamento de procuradores y los concejos, tan altivos en otros tiempos, á la sazón anulados y sumidos en el marasmo, ninguna señal daban de vitalidad. La clase de la nobleza no producía más que vástagos degenerados. Del sacerdocio de la justicia no había que esperar amparo y protección. Únicamente se descubría impotencia arriba, abatimiento abajo, decadencia en todas partes.

En esta época, tan sobrada de calamidades, como exenta de prósperos sucesos, en medio de la marea del vilipendio que subía hasta las mismas gradas del trono, apareció D. Diego Saavedra Fajardo, natural de Algezares, en tierra de Murcia, y cuyo nombre se encargó la fama de transmitir á las edades futuras. Su presencia en tan aciagos tiempos fué una verdadera excepción, y sus escritos, á pesar de ciertos lunares, ofrecen un punto luminoso en el opaco horizonte que iba oscureciendo el sol de nuestras glorias literarias y el lustre de nuestras pasadas hazañas. El puesto de honor que ocupa como filósofo y publicista, y los rasgos que embellecen sus producciones, recuerdan la actitud de Tácito y los destellos que brotaban de la acerada pluma del historiador latino para iluminar con siniestros resplandores la contumaz perfidia de Tiberio, la impúdica ferocidad de Nerón y la ingénila malicia de algunos de sus sucesores, quienes después de haber encenagado con sus crímenes las fuentes del heroísmo romano, prepararon el camino á otros, aún más viles y opresores, destinados á entregar el imperio de los Césares á la cuchilla de los bárbaros.

En las obras de Saavedra Fajardo es excusado detenerse á examinar, con el antejo de la crítica, los defectos y bellezas del estilo, la mayor ó menor originalidad de la composición. Ya sabemos que, en cambio de la elegancia y lozanía de su lenguaje, de lo gráfico de sus epítetos, del corte incisivo de sus períodos, de lo sentencioso de sus metáforas, adolecen á veces de oscuridad, á veces de dureza, á veces de afectación culteranista, á veces de dogmatismo teológico. Lo que importa es desentrañar y poner de relieve el espíritu que las ha dictado y la intención que en ellas se oculta. En las producciones humanas del género didáctico, así como en las plantas medicinales, hay que atender menos á las galas de la forma, que á las sustancias salutíferas que contienen.

Si el estilo es el hombre, basta leer las obras de Saavedra Fajardo para dar desde luego crédito á cuantas noticias favorables á su persona refieren las pocas biografías que se conocen. Por el sabor de sus citas, por la índole de sus apotegmas, por el cúmulo de los varios conocimientos que ostenta, puede cualquiera formarse una idea cabal de lo clásico de sus estudios y de la magnitud de su talento. Dotado de una precocidad poco común, cursó desde muy joven jurisprudencia en la famosa Universidad de Salamanca, cuna de los eruditos y los sábios. Como quien cuenta con fuerzas suficientes, siguió á un tiempo dos carreras, la eclesiástica y la política, dando en una y otra pruebas inequívocas de superior inteligencia. Pasó después á Roma, en calidad de familiar y secretario de la cifra del cardenal don Gaspar de Borja, embajador de España cerca de la Santa Sede; sirvió de esclavista en los conclave de 1621 y 1623; asistió en Ratisbona á un convento electoral, y tomó parte en ocho dietas consecutivas en los cantones Esquizaros. Durante los mejores años de su vida, que no bajaron de cuarenta, recorrió muchos países de Europa, residió en Nápoles, Baviera, Viena, y desempeñó con acierto y buen éxito varias misiones diplomáticas de gran importancia. Tan temidos eran su influjo y sus recursos oratorios, que la Reina de Francia, enemiga á la sazón de los españoles, no le permitió permanecer en París más que el tiempo preciso para oír misa en la iglesia de los Cartujos. Fué, en cambio, objeto predilecto de cordiales agasajos y distinciones en la industriosa ciudad de Bruselas. Allí cayó gravemente enfermo, y quizás hubiera fallecido, sin la acertada y cariñosa asistencia del doctor Chifflet, médico de cámara de Felipe IV. En vista del alto concepto que había adquirido, mereció la honrosa distinción de ser nombrado ministro plenipotenciario para concurrir á los Congresos de Munster, Osnabruk y Westfalia, donde iban á ventilarse cuestiones internacionales de suma trascendencia, concernientes á un tratado colectivo de paz general. Por último, obtuvo, entre otras de primera categoría, la espinosa, cuanto honorífica plaza de secretario del Rey, en que ha dejado du-

raderos y apreciables recuerdos. Causado, en fin, de tantos viajes, contrariedades y faenas, buscó la dulce quietud de una vida religiosa en el convento de los reverendos padres recoletos de Madrid, en cuya santa casa entregó su alma á Dios y sus obras á la posteridad.

En tan diferentes cargos, en tan variados y múltiples servicios, en tan árduas tareas y peregrinaciones, Saavedra Fajardo, no sólo ejercita la pluma del jurisconsulto, del negociador y del plenipotenciario, sino que estudia, examina, compara, medita, aprende, escribe y crea, además de las *Empresas ó Idea de un Príncipe político cristiano*, su historia titulada la *Monarquía Goda*, las *Introducciones á la política y razón de Estado del Rey Católico D. Fernando*, su ensayo sobre *La República literaria*, sus consideraciones sobre *Las locuras de Europa* y varios opúsculos inéditos. Su privilegiada capacidad, lejos de apocarse, se vigoriza y desenvuelve con tan varios y continuos ejercicios. Si por suerte alcanzara mejores tiempos, quizás hubiera sido uno de nuestros más principales historiadores y el primer publicista de nuestra patria.

De todas sus obras, la más notable es sin disputa el libro de las *Empresas*, ya por el laudable objeto que en ellas se propuso, pues las cultivó con la esperanza de que *entre sus hojas pudiese nacer algún fruto*, ya por el caudal de la vastísima erudición profana y sagrada que atesoran. Cada *Empresa* se reduce á una disertación académica sobre alguna de las relevantes prendas que deben adornar á todo príncipe perfecto, á la cual precede su correspondiente alegoría, representada por medio de un dibujo simbólico para hablar á los ojos y al entendimiento. Examinadas á la luz de una crítica investigadora, puede aventurarse la afirmativa de que son no sólo un tratado completo sobre la ciencia del gobierno de los Estados, sino una obra histórica de innegable significación, toda vez que el secretario de Felipe IV acude para corroborar la exactitud y excelencia de sus máximas, á los grandes archivos de la enseñanza humana que nos ha legado la historia, de donde desentieran oportunos ejemplos, discurriendo con maduro juicio acerca de aquellos soberanos que mayor importancia tuvieron en el mundo civilizado, y señalando resueltamente la parte de mérito ó responsabilidad, de alabanza ó vituperio que cupo á los poderes públicos en las vicisitudes de los imperios. Y si no constituyen, á la verdad, un sistema perfecto de derecho constitucional, porque ni el orden de ideas, ni las trayas de la época en que el autor escribió, lo permitían, se consignan teorías y aducen observaciones luminosas que pueden consultar con provecho el político, el estadista y el legislador. No parecerá, pues, extraño, que el reverendo fray Pedro de Cuenca, al otorgarles en calidad de censor su aprobación oficial, estampase estas palabras: «En ellas, la razón de estado se adorna con tanta erudición y con tan profundos aforismos y profundas sentencias, que si Córdoba nos dió un Séneca filósofo, Murcia nos le dá político.»

Lástima es que el autor amplifique, repita y glose ciertos pensamientos, cuyo sentido filosófico sorprende y cautiva al salir por primera vez de su pluma, porque todo lo que ganan en extensión, lo pierden en intensidad. Semejante redundancia los despoja en parte de su vitalidad y eficacia primitivas. Llegan á ser la gota de un elixir maravilloso, que profusamente desleído, pierde algo de su virtud como remedio; el perfume de una flor olorosa, que reconcentrado, deleita, y esparcido por el aire, apenas se percibe. También en algunas ocasiones, muy pocas, desciende de su altura y trueca la férula del maestro por el incensario del cortesano; pero pronto se remonta de nuevo como aquellos gigantes de la fábula, coaligados para asaltar el alcázar de los dioses, que apenas tocaban, al caer, la tierra de donde habían salido, volvían á rehacerse y cobraban mayores bríos para seguir escalandando las altas regiones del Olimpo.

Para juzgar con acierto las *Empresas*, hay que digerir primero cada uno de sus capítulos, cada uno de sus conceptos y hasta cada una de sus palabras. El verdadero alcance de sus sentencias no se descubre á una simple ojeada, tan extremadas suelen ser la concisión y la apretada contestura de los términos gráficos con que las vierte y expresa. Hasta hoy no se ha discutido sobre el fondo y la sustancia de esta obra clásica, sacando á luz y poniendo de manifiesto los tesoros científicos que le han conquistado universal celebridad. Cuantos críticos se han ocupado de ella, se limitaron á apreciarla en globo y á dar cuenta más ó menos sucintamente de la impresión que les había causado su lectura. Son no poco lisonjeros, sin embargo, bajo este concepto, los elogios que ha merecido y las distinguidas calificaciones que ha proporcionado á su autor. El abate Andrés, en sus excursiones sobre *El origen, progresos y estado de todas las literaturas*, declara que el nombre de Saavedra Fajardo es el más famoso de cuantos figuran en la república de las letras. Por su parte, don Nicolás Antonio le califica de *sábido varón, muy versado en ambos Derechos, Cesáreo y Pontificio, docto en la lengua francesa y latina, singular en letras de humanidad y general en todas las ciencias*. Erico Puteano, en una carta en latín, le llama *Palladis decus et fiducia pacis*. Mr. Adolfo Puibusque le reputa por el hombre más grande del reinado de Felipe IV en su *Historia comparada de la literatura española y francesa*, que ganó el premio propuesto por la Academia de París en el

concurso de 1844. Piferrer, en sus *Clásicos españoles*, afirma que en todas las partes de las *Empresas* asoman un tacto maravilloso, un juicio el más profundo, enriquecido con gran erudición y con la experiencia de las cosas humanas. Por último, don Modesto la Fuente pinta á Saavedra como un árbol frondoso en medio de un arenal. En efecto, el tratado que nos ocupa, es un ameno vergel, poblado de frutos y flores. Hay que recorrerle en todas direcciones para aprovechar aquellos y recrearse con estas. Si por acaso se tropieza con tal ó cual zarza, con tal ó cual espina, no por eso merece menos estimación.

La obra de Saavedra Fajardo tiene, entre otros, el mérito de la originalidad. Se ve que meditó detenidamente sobre los sistemas de Licurgo, Solón, Aristóteles y Platon, pero sin olvidar cuánto difieren las ideas del mundo cristiano, de los teoremas políticos, religiosos y sociales de aquellos filósofos del gentilismo. Montesquieu, en *El espíritu de las leyes*; Filangieri, en su obra sobre legislación; Rousseau, en *El contrato social*; Benjamin Constant, en su *Curso de política*; Sismondi, en sus *Estudios acerca de las Constituciones*; Lermínier, en sus *Legislaciones comparadas*; Macarell y otros publicistas modernos, discurren sobre teorías abstractas y proponen fórmulas más ó menos aceptables, más ó menos ingeniosas, que han dado hasta aquí materia y ocasion á eternas disputas entre las diferentes escuelas que aspiran á fundar sobre sus respectivos principios las instituciones de su patria. El autor de las *Empresas* sigue otro método, y bajo una forma peregrina dá lecciones prácticas, tangibles, instructivas, síntesis de una larga experiencia sobre el arte de gobernar, que, aplicadas de buena fe, harían la felicidad de una nación. Excusado es decir que, en cuanto á la forma de gobierno, el secretario de un rey absoluto tenía forzosamente que decidirse en favor de la monarquía hereditaria, cosa de que estoy muy lejos de culparle; pero dando, á pesar de todo, una prueba inequívoca de independencia que le enaltece, quiere que esa monarquía sea, no absoluta, sino de carácter representativo, con Cortes generales y conforme á los antiguos fueros y leyes del reino, donde, mezclada y unida la potestad del rey, de los nobles y del pueblo, el rey conserve su dignidad, los nobles su poder y los pueblos su libertad. Así se expresa en las *Introducciones á la política y razon de Estado del Rey Católico Don Fernando*, dedicadas nada menos que al conde-duque de Olivares, quien desvanecido y cegado con su omnipotente privanza, no acertó sin duda á descubrir, cuando aceptó la dedicatoria, el significado que pudiera tener contra su misma persona la advertencia hecha al lector en el proemio de las *Empresas*, de que «si alguno, por la semejanza de los vicios, entendiérase en su persona, lo que noto generalmente, ó juzgare que se acusa en él lo que se alaba en los demás, no será mia la culpa.»

FERNANDO CORRADI.

(Concluirá en el próximo número.)

INFLUENCIA MORAL DE LA FRANCIA.

En el período de la *Desigualdad* del pasado, cuando la teoría y la práctica marchaban de acuerdo, el derecho y el hecho se armonizaban para dominar al universo, imperando en todos los pueblos la voluntad omnímoda de los déspotas, que eran considerados como los pastores que conducían el rebaño humano; las naciones no ejercieron su acción y su influencia, las unas sobre las otras, si no por medio de la guerra, bajo la forma de vencedores ó la de vencidos.

Los griegos establecieron colonias sobre todas las costas del Mediterráneo; al lado de la fortaleza construían el teatro, porque aquel pueblo, artista por excelencia, quería vencer por la fuerza como todos los conquistadores, pero aspiraba á afirmar su dominación, á propagar sus ideas civilizadoras por medio de ese gran foro en que se agrupaban y se ponían en contacto las multitudes electrizadas al oír las sublimes inspiraciones de Eschilo, Sófocles, sus más grandes dramáticos y poetas. Más tarde, bajo el imperio de Alejandro, destruyeron el imperio de los persas, y se hicieron dueños del Egipto. Entonces civilizaron como vencedores.

Conquistados después por los romanos, los griegos los civilizaron como vencidos; de suerte que los antiguos helenos han ejercido una influencia civilizadora, por los dos medios que eran posibles en el pasado, llenando de una manera completa su función providencial en la constitución de la humanidad, que es el fin supremo y el objeto final de todas las naciones y de todos los hombres.

El mismo ejemplo siguieron los romanos al invadir la Galia, que dominaron como conquistadores y civilizaron como vencedores.

Pero á su vez los bárbaros invadieron el imperio romano, y entonces los romanos fueron para los bárbaros, lo que los griegos habían sido para ellos: civilizaron á los vencedores como vencidos. La Iglesia se levantó vigorosa de esta lucha terrible, y el prelado cristiano civilizó el mundo durante la Edad Media.

Entonces se constituyeron pequeñas sociedades, innumerables asociaciones, presentadas como un ideal y un tipo de la religión. Este fenómeno nació de la situación especial de la sociedad pre-

sa del desorden y de la disolución; y era una consecuencia natural, que almas ardientes y espíritus aventureros aspirasen á crear para ellos un orden quimérico.

Así se vió de repente que la vida monástica invadía la sociedad, á la caída del imperio romano, que se fundió en monges, y fué causa activa de su destrucción, asociada á los otros elementos demolidores, á pesar que algunos historiadores no han sabido apreciar la influencia deletérea que ejerció en la ruina del gran imperio la sociedad en comunidad que abrazaron ciudades enteras, y numerosos pobladores de ciertas provincias, disgustados de la existencia en el seno de la vieja sociedad pagana espirante, y atraídos por la vida contemplativa, arrojaron la semilla que debía más tarde dar inmensos nocivos frutos, que se extendieron por Europa en los siglos décimo quinto y décimo sexto, antes que fuese conmovida por la Reforma.

El océano agitado de las sociedades, ha lanzado en determinadas circunstancias estas ondas tempestuosas que han sido absorbidas después por el movimiento general de la sociedad misma. Así pulularon en Oriente instituciones monásticas al fin del segundo siglo, que no impidieron la formación de instituciones cristianas, y estas, lejos de adoptar el monaquismo, le consideraron como un extranjero, contra el que abrigaban justas sospechas y le sometieron al fin á su disciplina. De la misma manera, verificada la reforma, los anabaptistas y los hermanos moravos se refundieron y encontraron su reposo en el seno de la gran sociedad protestante.

La historia de la humanidad debe dividirse, como la del hombre, en los cuatro períodos que designan los fisiólogos, y que abrazan la infancia, la juventud, la virilidad y la vejez. Así, la infancia de la sociedad puede remontarse á la época en que la Iglesia cristiana se alzó pujante de los escombros del imperio derruido por los bárbaros, que sometió á estos á la creencia del infierno y del Paraíso, época triunfante de los monjes y del papado que se estiende desde el siglo vi al xi.

La juventud es el período de la feudalidad y de la escolástica; pero al mismo tiempo levantan su frente las sectas heresiarcas y domina desde el siglo xii al xv.

La época de la virilidad es la de la monarquía; pero es también la que hizo nacer los artistas, los sábios y los filósofos, la época de Rafael y de Lutero, de Galileo y de Miguel Angel, de Shakespeare, de Leibnitz y de Molière. Produjo el renacimiento, la reforma y la filosofía; si la ciencia, el arte y la poesía no salen de la concepción antigua, alcanzan ya al límite de esta idea.

Llega al fin la vejez, que derrumba el alcázar de las antiguas preocupaciones, que se burla de las supersticiones de la infancia y de la juventud, que destruye los gastados ídolos de la monarquía de derecho divino, de la nobleza predominante en la esfera social, del farisismo clerical, traficando con la creencia del infierno y del Paraíso; es la época, en fin, de Voltaire y de la revolución; completa transformación social del orden existente, crisis suprema que no ha tenido igual en las crisis anteriores, que á pesar de sus accidentes y evoluciones sucesivas en los hábitos y costumbres, se conservó la inmutable constitución social, porque el mismo espíritu humano animó la existencia de la sociedad en los siglos anteriores, desde los tiempos nebulosos de los bárbaros, como á través de las luchas intestinas del feudalismo, de la monarquía y de la clase media contra la nobleza, y entre éstas, enseguida, como á través de la insurrección del poder temporal contra el papado, y de la sociedad lega contra las órdenes monásticas, como á través de las guerras de provincias y de monarquías y de los debates sangrientos de las sectas religiosas; en medio de tantas elevaciones prodigiosas y de tan terribles caídas, el espíritu humano que engendra y remueve la sociedad, ha sido fundamentalmente el mismo.

La humanidad, como la mariposa, sale de la crisálida.

Morir, renacer, dice Shakespeare.

Todo el problema humano está encerrado en este axioma.

La revolución no fué más que el desenvolvimiento de la humanidad; el desarrollo de las facultades del hombre, la emancipación de su pensamiento y de su conciencia de las servidumbres que las encadenaban, paralizando todos los resortes de su voluntad, el triunfo de la justicia y del derecho sobre la iniquidad y la opresión, que reinaban, destruyendo la obra divina. Sí, porque Dios ha hecho al hombre libre, y el maléfico genio del despotismo le convirtió en esclavo, confiscando su libertad, que la revolución le ha devuelto, y ha restablecido en la sociedad el orden natural, que es el orden divino.

El pueblo, el soberano, aquel que por la autoridad de cada uno y la inspiración de algunos, promulgó la ley, deduciéndola de la ley eterna, la hizo descender sobre la tierra del seno del Sér eterno y supremo, que los legisladores de 89 colocaron á la cabeza de su ensayo de Constitución con el título de *Legislador inmortal*.

Al destruir todas las idolatrías y todos los despotismos, no reconocieron otro soberano que el espíritu humano, y más fundamentalmente á Dios, suprema razón, suprema verdad, ciencia suprema.

La fraternidad humana es la base de la religión. Cuando la Iglesia rehusó obstinadamente rea-

lizar el progreso en la Edad Media, y pretendió encadenar el espíritu humano con sus decisiones absolutas, la ciencia buscó un camino aparte de la teología, y acabó por encontrarle; nació la filosofía, se adoptó la célebre distinción de lo temporal, y de lo espiritual, la sociedad legista sobre el primero, respetando el derecho de la Iglesia respecto de lo espiritual.

Lutero estrajo de la teología el dogma de la libertad. Descartes repitió á Lutero en filosofía, y Jurieu y Rousseau repitieron á Lutero y Descartes en política.

Lutero, Descartes y Rousseau han hecho triunfar el espíritu humano y la libertad humana: su obra es indestructible.

La gloria de Rousseau es de haber salido del sistema del individualismo y del racionalismo solitario.

La última consecuencia del protestantismo de Lutero, fué el racionalismo de Descartes, y la última consecuencia del racionalismo de Descartes, después del escepticismo absoluto de Hume, ha sido la demostración dada por Kant, que la razón pura no puede absolutamente demostrar nada.

Es preciso levantar la mirada, el espíritu y el corazón hácia las cuestiones del infinito, porque mientras permanezcan fijos en lo finito, mientras no se eleven al ideal, faltará el lazo necesario para fundar la democracia.

Hemos dicho en alguno de nuestros artículos anteriores, que la revolución francesa no fué solamente una revolución política, sino que fué además una revolución en el orden moral, y no puede terminarse sino por medio de una reorganización moral.

Este doble carácter hizo sentir su influencia en toda Europa, la moral sobre todo.

Por más que la forma del pasado está irrevocablemente destruida, sería un lamentable indicio de que no comprendemos la vida, si no nos inspirara admiración por sus bellos aspectos, la vida anterior de la humanidad, sea que se trate del arte, de la naturaleza ó de la sociedad; pero la filosofía del siglo xix niega las teorías científicas del pasado histórico, como niega el régimen de las repúblicas de Aristóteles ó la monarquía de Luis XIV.

La Francia ha representado en el mundo la filosofía; toda su civilización, que se ha ensalzado tanto, ha sido fundada sobre esta filosofía que se extendió por Europa, y sobre todo por Alemania.

No puede olvidarse que estos grandes príncipes, grandes por la ambición, y también por el genio, Pedro el Grande, Federico el Grande han sido los discípulos de la Francia. Federico de Prusia fué el amigo de Voltaire, Catalina de Rusia fué la amiga de Diderot. La enciclopedia se hizo universal; su espíritu, los principios de la Francia se infiltraron en todas las naciones. Todas las escuelas alemanas tienen descendencia francesa. El gran Leibnitz, que decía: «El presente, engendro del pasado, encarna el porvenir.» Este eminente filósofo escribió en francés, fué á estudiar á Francia la filosofía, y la literatura alemana ha nacido de la literatura francesa.

Cuando Luis XIV restableció el edicto de Nantes, los hombres más ilustres por su genio, naturalistas, matemáticos, historiadores, mariscales de la Francia, se refugiaron en Prusia, favorecidos por la magnánima Sofía, esposa del rey, padre del gran Federico. Una calle de Berlín se llamó calle de París.

El pueblo francés ostenta un pasado rico de gloria; una función política en Europa, una tradición moral que no puede abandonar sin renunciar á ella misma.

Su fin de actividad, que es en alguna suerte el desarrollo de su historia y del principio de su racionalidad, es magnífico, y noble, y glorioso; se resume en estas grandiosas palabras *Libertad, Igualdad y Fraternidad*. No puede renunciar á su sagrada y triple fórmula, porque renunciaría á ser soberano, y abdicaría la dignidad que le enaltece y constituye su grandeza.

«Hay dos maneras de considerar la democracia: como un hecho y como un derecho. Francia, por fortuna, reúne las dos condiciones.»

El siglo xviii se distinguió por su fe en la igualdad, en la libertad, en el progreso y en la perfectibilidad: por su aspiración á un cambio radical de la condición humana, y su alejamiento de las idolatrías que habían pesado hasta entonces, como una losa de plomo, sobre la conciencia de los hombres. Su pensamiento vivo revistió una forma un poco matizada de escepticismo; pero el siglo xix marcha en otra dirección más rica de creencias, y sobre todo, en el principio de la soberanía nacional mejor realizada, y en el adagio: *La voz del pueblo es la voz de Dios* funda su certidumbre en política. No acepta otro soberano que el que todo el mundo civilizado reconoce hoy: la voluntad del pueblo expresada por los que han recibido su mandato.

La igualdad es la ley del mundo, esta ley es la misma para las naciones, como para los individuos. Un cambio mútuo estrecha las relaciones de los pueblos.

La humanidad existía virtualmente antes que las naciones, porque estas tienen por fin el constituir la.

La Francia, colocada en el centro de la Europa, tiene alrededor de ella, como una familia, todas las partes de la gran familia que se llamó el mundo romano, y su influencia necesaria, moral, está escrita en la historia y en la geografía.

No es la supremacía, como la entendían y realizaban los reyes y los conquistadores, Luis XVIII y Napoleón. Estas ideas de supremacía que fascinan todavía ciertos espíritus, son restos de las tiranías del pasado.

Las formas se suceden en la humanidad, pero el espíritu de la humanidad debe continuar su camino eterno. Es una función nueva la que corresponde ejercer a la democracia francesa. Decimos mal: no necesita ser nueva y original, sino ser fiel a sus tradiciones generosas. El artículo VII decretado por la Convención, consagraba en los días de décadas las fiestas siguientes:

«Al ser Supremo y a la naturaleza.—Al género humano.—Al pueblo francés.—A los bienhechores de la humanidad.—A los mártires de la libertad.—A la libertad y a la igualdad.—A la república.—A la libertad del mundo.—Al amor de la patria.—Al odio de los tiranos y de los traidores.—A la verdad.—A la justicia.—Al pudor.—A la gloria y a la inmortalidad.—A la amistad.—A la frugalidad.—Al valor.—A la buena fe.—Al heroísmo.—Al desinterés.—Al estoicismo.—Al amor.—A la fe conyugal.—Al amor paternal.—A la ternura maternal.—A la piedad filial.—A la infancia.—A la juventud.—A la edad viril.—A la vejez.—A la desgracia.—A la agricultura.—A la industria.—A sus abuelos.—A la posteridad.—A la felicidad»

¡Qué sublime candor se refleja en las almas de aquellos titanes formidables lanzados en el abismo sangriento de la revolución!

El decreto de 26 de Agosto de 1792, propuesto por los elocuentes oradores Vergniaud, Guadet y sus amigos de la Gironda, concedió el título de ciudadanos franceses a los que habían merecido bien del género humano. *Los Priestley, Wilberforce, Bentham, Hamilton, Kosciusko, Washington, Pestalozzi, Klopstock, Campe, Schiller, etc.*, no fueron considerados como extranjeros, por haber prestado inmensos servicios a la causa de la libertad y a la emancipación de los pueblos. Monumentos inmortales por su carácter ideal, que vivirán eternamente en la memoria de las generaciones.

Napoleón, a pesar de su rudo despotismo, rindió homenaje público a *Wieland*, corresponsal del Instituto, colocando soldados a su puerta. Después de la batalla de Jena, en 1806, arrebató la espada del gran Federico, que se ostentaba sobre su tumba, y dijo: esto es mío. Al mismo tiempo destruyó la pirámide levantada en honor de aquel rey filósofo, recuerdo consagrado a la victoria que alcanzó en Rosbach el día 5 de Noviembre de 1757. ¡Qué contraste tan extraordinario! La Asamblea legislativa estendió la Patria hasta las fronteras de la civilización, agrupó en torno de sus doctrinas las grandes almas de Europa y del Nuevo Mundo, introdujo en su obra fraternal la brillante pléyade de la Alemania renaciente desde *Kant*, y engrandecida por el génio de *Hegel, Fichte, Schelling, Goethe y Schiller*, y Napoleón violó el territorio de Alemania, y sus pensadores, filósofos y poetas ganaron el espíritu de su país, predicaron el amor de la patria, que adquirió la enorme suma de paciencia que ocasionó los desastres de la Francia.

¡Rosbach, Jena, Sedan! Tres revanchas fatales para los dos pueblos. Los hombres hermanos ante la libertad deben impedir a los soberanos transformar sus querellas dinásticas en venganzas nacionales.

En la propaganda de los principios democráticos estriba la influencia moral de la Francia.

EUSEBIO ASQUERINO.

DE LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

EN ESPAÑA.

II

Hay para mí un nombre que resume el renacimiento glorioso, mejor dicho, la creación de la novela; pues sin fingimiento no puede sostenerse que la tradición de este género literario se conservase; desde nuestra gran novela clásica a la del día ha habido una laguna tan ancha, que no es posible atar los cabos de orilla a orilla. Pérez Galdós es el autor a que me refiero (1), el cual no posee una de esas imaginaciones fogosas y brillantes, propias de los verdaderos poetas. Frio, reflexivo y razonador por naturaleza, el talento sustituye en él la inspiración, y logra remediarla con tal arte que fácilmente consigue engañar al lector.

Tampoco se distingue por la inventiva, ni hace consistir el mérito de sus obras en la complicación del enredo, ni en lo sorprendente de las aventuras. La acción es en ellas sencilla y camina fácil, lógica y naturalmente al desenlace, sin grandes obstáculos ni sorprendentes peripecias. Para Galdós, el mérito e interés de la novela consiste, ante todo, en la belleza y verdad de los caracteres y en la acabada perfección de las descripciones. El drama íntimo de la conciencia, el conflicto dramático de las pasiones, es para él elemento principalísimo de sus novelas, importándole mucho menos la acción externa que tanto interesa a la mayor parte de nuestros novelistas.

Inspirado, a no dudarlo, en la novela inglesa, ha sabido evitar los defectos de esta, unir sus bellezas a las que son propias de la francesa y dar

(1) L. Alas: *Nuestra literatura en 1879*, art. que apareció en *Los lunes de El Imparcial*.

a este conjunto un marcado sabor español. Gráfico, exacto, minucioso hasta el detalle en las descripciones, como Dickens, Collins y Bulwer, atento observador como Balzac, Jorge Sand y tantos otros ilustres novelistas, sabe no pocas veces unir a estos méritos el vigoroso colorido de los españoles. Dominan, sin embargo, en él el sentido descriptivo y el espíritu observador de los ingleses, siendo más diestros en pintar los caracteres que en ponerlos en acción, y ostentando como observador y psicólogo cualidades superiores a las que tiene de poeta. El lenguaje de la pasión verdadera no siempre está a sus alcances y el interés dramático de sus obras rara vez iguala a la importancia del pensamiento que las inspira, a la pintura de los caracteres y a la perfección de las descripciones. Por regla general no es afortunado en los desenlaces, que suelen estar mal preparados y no concordan con el carácter y tono de la novela, ni con los antecedentes de la acción. Atinado y discretísimo en el diálogo, mientras no expresa otros afectos que los más comunes y apacibles, suele pecar de frío unas veces, de exagerado otras y de poco natural casi siempre cuando trata de expresar los supremos arranques de la pasión. No faltan, sin embargo, en sus diálogos detalles delicadísimos, que muestran profundo conocimiento del corazón humano y exquisito gusto, pero los detalles luminosos de la inspiración poética rara vez se muestran en estas producciones (1).

Es Galdós buen testigo de los tesoros que brinda el habla castellana a los que beneficiarla quieren: no porque sea imposible hallar en el estilo de Galdós, rebuscando mucho, algún descuido; mas es en general tan fluido, gallardo y suelto, tan ajeno a afectado purismo y a desmayada flojedad, tan rico en vocablos castizos y en giros nacionales, tan exento de hinchazón e hipérbolos, tan grato en suma, que fuera muy exigente quien con él no se deleitase (2).

Galdós en vez de aplicar su pluma a la descripción fiel y minuciosa de la vida exterior, prefiere emplearla en pintar al detalle y con admirable penetración los más íntimos, los más vagos y confusos sentimientos del espíritu. Es un escritor que rara vez se fija en la materia.

Su pluma marcha de un modo firme y sereno cual si fuese la de un testigo y no la de un parcial. Rasgo a rasgo se va desprendiendo de ella una acción imponente y apasionada; se detiene muy poco a describir porque está ansiosa de llegar al fin; á veces deja de ser primorosa, abandona las galas del arte para interpretar con toda pureza la pasión; todo le parece entonces largo, pero todo es directo, vivo, natural.

Mas no se crea por esto que especula con la curiosidad del lector. Profesa demasiado respeto al arte, para amontonar en mengua suya las aventuras y los episodios, para convertir la novela en linterna mágica. La trata como un género literario y la estudia con la atención que se merece.

Sus personajes son ideas con envoltorio carnal, pero no se apartan del mundo en que vivimos, porque el autor les ha infundido el soplo de vida. Se comprende que el filósofo está en escena, pero no se ve más que el artista.

Una cosa admiro, sobre todo, en sus novelas; y es la unidad con que están férreamente enlazadas todas sus partes. Ningun episodio huelga, todos se encaminan rectos al fin, desenvueltos con gracia y sobriedad (3).

Las novelas contemporáneas de Galdós le han dado mayor popularidad que los *Episodios Nacionales*; son estos, sin embargo, hoy por hoy, los primeros títulos de su gloria. Esta amena colección de narraciones histórico-novelescas, imitación de las novelas de Erekmann-Chatman, no son meros relatos históricos destinados a perpetuar gloriosos ó tristes recuerdos ó a pintar las costumbres de épocas pasadas, sino discretas é intencionadas lecciones políticas, de utilidad suma. Allí se aprende a amar la libertad y la patria, pero también a no comprometerlas con funestas exajeraciones; allí se juzga a la vez que se pinta nuestra historia política contemporánea; y un recto sentido juntamente conservador y liberal, domina en aquellas páginas deduciendo de los hechos, sin afectación ni pedantería, provechosas enseñanzas. La moral más pura, el más elevado patriotismo, la imparcialidad histórica más completa y el más acabado espíritu de justicia imperan en esas obras que instruyen a la par que deleitan, y sin pecar de necia mogigatería ni sacrificar la verdad y el arte a nimios escrúpulos, son, no obstante, tan irreprochables bajo el punto de vista de la moral y del decoro, que pueden ponerse sin reparo en manos del adolescente ó de la doncella; que solo aprenderán en ellas a amar la virtud, respetar la moral y la justicia, defender la patria y adorar, sin fanatismo ni idolatría, la libertad.

La verdadera dificultad de las novelas históricas estriba en enlazar convenientemente la acción histórica con la novelesca, de suerte que no haya dualidad de acciones ni desproporción entre los elementos de la obra. Pocas veces ha logrado vencer esta dificultad Galdós. Por regla general, en sus novelas lo histórico absorbe a lo novelesco ó

lo novelesco a lo histórico, en términos que algunas de ellas (como *Trafalgar*) carezca de toda condición de verdadera novela. *La corte de Carlos IV, El 19 de Marzo y El Dos de Mayo y Napoleon en Chamartin*, son las que mejor conciertan lo real con lo ficticio, y las mejores de la colección por tanto (4).

En resumen, Galdós ha escrito en el género más difícil y más agradable para nuestros días, la novela mejor pensada, más ins irada y de forma más bella de cuantas se han publicado en España en todo el siglo: esta novela se llama *Episodios Nacionales* (2).

Anúnciase *La Fontana de Oro* como novela histórica, y si bien tal título le corresponde por referirse y pintar hechos del período de nuestra historia constitucional de 1820, que acabó en la ignominia de 1823, con no menos fundamento puede calificarse de novela de costumbres, por pintar con gran verdad y colorido local las de aquella memorable y agitada época.

Si á otras condiciones dignas de alabanza se añade un lenguaje correcto y elegante, unos diálogos fluidos, naturales, una paciente elaboración de erudito para reconstruir una época ya pasada y presentarla con toda exactitud; narraciones llenas de agudeza y de ingenio; un gusto exquisito en todos los accidentes de la forma, se comprenderá que, aun contando defectos que apuntamos y algunos lunares ó faltas de lenguaje, es *La Fontana de Oro* un libro digno de ser leído con interés y saludado con aplauso (3).

Doña Perfecta es un delicioso y acabado cuadro de costumbres que encierra no poca trascendencia bajo su forma ligera y humorística. Pintase en ella la farisáica vida y los añejos usos de esas ciudades clericales que abundan en España y que, siendo cabezas de diócesis sin ser capitales de provincia, son otros tantos focos de atraso y oscurantismo, sin elemento alguno de cultura que en ellas contrapesa la influencia ultramontana. Mostrar los letales frutos de esta influencia, señalar su alcance político y social, diseñar las singulares costumbres y extraños tipos que enjendra, poner de relieve la torpe superstición, el ciego fanatismo, la bárbara intolerancia y la odiosa hipocresía que en tales centros se desarrolla; hé aquí el fin que se ha propuesto Galdós en esta novela, que en tal concepto añade á sus méritos literarios excelencias de diversa índole, muy dignas de tenerse en cuenta (4).

El autor de *Gloria* ha querido representar en un drama grandioso los funestos resultados de esa irreconciliable enemiga con que aún en nuestros días se miran los adeptos de distintas religiones.

En la indicada obra aparecen frente á frente dos religiones, que si por sus tendencias características no son para el filósofo radicalmente contrarias, las circunstancias históricas han hecho de ellas dos encarnizadas enemigas, el cristianismo y el judaísmo (5).

Gloria no es simplemente una novela entretenida y amena, un animado cuadro de costumbres, una narración histórica interesante como las demás obras de Galdós, sino un bellissimo estudio psicológico, en el cual se plantea con raro acierto y valentía notable un trascendental y gravísimo problema, ya iniciado en *Doña Perfecta*. Con esta publicación entra Galdós en el campo vastísimo de la novela psicológico-social, y acreditándose de pensador profundo cuanto de observador atento, se coloca de un golpe en aquellas alturas en que el artista confina con el filósofo, y la obra de arte es á la vez acabada manifestación de la belleza y fuente de trascendentales enseñanzas.

La perturbación que en las más íntimas relaciones humanas puede producir, y de hecho produce, la intolerancia religiosa; las horribles y desgarradoras luchas con que la sociedad y la conciencia se sienten atormentadas por causa de la diversidad y oposición encarnizada de las creencias, hé aquí lo que constituye el asunto de *Gloria*.

Libro es ese que hace pensar tanto como sentir, que encierra en cada línea provechosa enseñanza, que se lee con deleite y con preocupación profunda, que deja en el alma tristeza y amargura, porque si algo se desprende de él, es que en la actual constitución de la sociedad, la religión, que debiera ser un gran consuelo, es casi siempre un terrible torcedor de la conciencia y una perturbación profunda de la vida.

Acción sencilla, patética y en alto grado interesante; caracteres llenos de vida y de verdad; descripciones bellísimas; conmovedoras escenas; profundos pensamientos; excelente lenguaje; acabadas pinturas de la sociedad y delicado análisis del corazón; hé aquí los méritos que avaloran la notabilísima producción de Galdós (6).

La familia de *Leon Roch*, interior á *Gloria* como concepción poética, le es muy superior como concepción moral y social. En ninguna de sus obras ha planteado el problema Galdós con tanta verdad, acierto y energía como en esta. El proce-

(1) Revilla: *Boc. Cit. Libros nuevos* crit. pub. en *Los lunes de El Imparcial*.

(2) Alas: *Los Episodios Nacionales* en el referido periódico. 1880.

(3) José Alcalá Galiano: *La Fontana de Oro*, novela hist. original de D. Benito P. Galdós.—*Rev. de Esp.*

(4) Revilla: *Revista crítica*.—*Rev. contemp.* núm. 15.

(5) A. Palacio: *Op. cit.*

(6) Revilla: *Rev. crít.*—*Rev. contemp.*, número 28.

so de la intolerancia religiosa queda definitivamente cerrado en esta producción admirable, superior á todas las que se han ocupado en este asunto. Es de notar, además, que con el problema religioso se junta en la mencionada novela otro no menos importante: el del divorcio, con no menos maestría planteado.

Galdós ha tenido el acierto de plantear estos problemas de tal suerte, que no sea posible achacar á vicios y pasiones de los hombres los males que en la novela se denuncian. Si algo resulta de ella, es que las falsas ideas y los sentimientos extraviados impelen hácia el mal á las más nobles naturalezas. El fanatismo, la intolerancia, no aparecen ahí como frutos de la maldad de los hombres, sino como fatales é ineludibles consecuencias de las ideas que profesan y de los sentimientos que abrigan estos. Ninguno de los personajes fanáticos é intolerantes que en la novela figuran, es odioso ni repulsivo; todo lo contrario; y por tal manera la reprobación del lector recae íntegra sobre la idea que los anima y no sobre los que de ella son ciegos instrumentos. La perversion de los sentimientos humanos, la disolución de los más sagrados vínculos sociales, la confusión de todas las ideas morales, el mal realizado con sana intención y firme creencia de que es bien, la perturbación, la ruina y la desgracia llevadas á todas partes, merced al funesto influjo de la intolerancia, he aquí lo que se desprende con plena evidencia de la novela de Galdós. Nunca se formó proceso más formidable á la intolerancia religiosa (1).

Entre las múltiples é ingeniosas formas que el dolor reviste, quizá no hay otra más horrible que la que ha inspirado á Galdós su bella novela *Marianela*. La combinación de un espíritu hermoso y un cuerpo feo en una mujer, y la reunión del abandono y la desventura con la inocencia infantil, constituyen la forma más refinada de sufrimiento que pudo inventar la imaginación del más implacable de los demonios.

Tal es esta concepción, á la vez idilio y tragedia, en que Galdós ha revelado una cualidad que hasta ahora no había mostrado tanto como fuera apetecible: la ternura y la delicadeza del sentimiento. Nada más bello y conmovedor que esta producción deliciosa; nada más profundo que la emoción que causa en el lector la trágica historia de aquella niña desdichada, víctima inocente de la ley inexorable del destino; nada más tierno y poético que aquellos amores de Pablo y Marianela, ni más trágico y doloroso que aquel final, trazado con una sencillez verdaderamente sublime. En sus obras anteriores había mostrado Galdós que es novelista: en esta demuestra que es poeta (2).

Valera es de esos hombres que á fuerza de ingenio son capaces de hacer bien hasta aquello para que menos sirven. Quiso ser novelista, y lo es notable; y sin embargo, examinadas sus condiciones para todo debiera servir menos para eso (3).

El procedimiento artístico que Valera emplea en sus novelas, es el mismo que han adoptado todos los novelistas psicólogos. Poner frente á frente la vida ideal y la real, para que de este contraste resulte una enseñanza, una elegía ó una sátira. En las obras de Valera resulta siempre una sátira. Mas el pensador hace enmudecer hartas veces al artista. Se observa esto en el vagar con que excruta y describe los misteriosos senderos del alma, lo mismo que en la ligereza con que roza los trillados caminos de la vida real.

A las novelas de Valera, como no son dramáticas, no se las debe pedir un interés vivo, un enredo complicado, ni tampoco esa brevedad y rapidez que caracterizan al drama. Tal vez por no tener bien presente esto se han dirigido á Valera reproches inmerecidos que debieran compartir con él, por haberse en caso semejante, Cervantes, Goethe y Juan Pablo. ¿Qué enredos tienen el *Quijote*, el *Wilhelm Meister*, y el *Maestro de escuela Wutz*? Solo un enredo moral: el azar apenas juega papel en estas producciones reflexivas (4).

Dudamos que haya producido jamás impresión más honda en país ninguno del mundo una obra de entretenimiento como es *Pepita Gimenez*, y afirmamos, sin temor de ser desmentidos, que pocas veces el éxito habrá sido tan justo, tan rápido y tan durable. El público está agotando al presente la sexta edición de esa obra maestra, y con hacer notar que las dos últimas ediciones han aparecido en el corto término de un año, comprenderá el lector la verdad de nuestras afirmaciones, tomándose la molestia, se entiende, de recordar que vivimos en España. El mérito y la buena acogida alcanzada por *Pepita Gimenez*, há perjudicado, lejos de favorecer, como parecía natural, á las cuatro hermanas suyas que sucesivamente hemos ido conociendo. Le ha pasado en esto á Valera una cosa muy propia de nuestro carácter meridional, impresionable y fantástico, una cosa muy usual en nuestro país, donde se permite á los hombres que tengan talento toda su vida, pero no se les perdo-

na, ó por lo menos no se les concede, que lo manifiesten más de una vez (1).

Valera se muestra en *Pepita Gimenez* profundo observador del corazón humano, peritísimo en la pintura de caracteres, galano en la descripción, incomparable en el relato, maestro en el diálogo, y finalmente superior á todo encarecimiento en el manejo del habla castellana que con sin igual desembarazo y gracia afluye de su elegante, castiza y amenísima pluma (2).

Agradan, desde luego, dos caracteres; los de los protagonistas Pepita y Luis que son de lo más hermoso, de lo más claro, de lo más lucido que la novela española ha mostrado.

Pero lo que más encanta, lo que más seduce, lo que más afirma la reputación de Valera, lo que le hace novelista gigante, psicólogo de primera talla, es la gradación del amor apasionadísimo que se engendra en el alma de Luis. En esto, para encontrarle rival, hay que buscar á Xavier Saintine en *Picciola*; para encontrar pintura tan admirable y no más que la de Luis de Vargas, hay que llegar al conde Carlos Veramont de Charney. ¡Qué ingenio, qué travesura, qué disimulo, qué talento, qué análisis del corazón humano se necesitan para disculpar la curiosidad que siente por Pepita! ¡Cómo luchan en él el amor divino y el amor profano que con falaces apariencias le domina! Qué alternativas tan violentas, pero que verosímiles, qué humanas, que naturales! (3).

Aun se estaban comentando y aplaudiendo las aventuras de D. Luis de Vargas, cuando apareció una nueva novela del celebrado narrador, titulada *Las ilusiones del doctor Faustino*, producción digna de figurar entre las primeras de su género, llena de intención y de oportunidad en el pensamiento que la anima y vigoriza toda, en que cada personaje es un sér palpitante de verdad y de vida, y cada descripción un cuadro arrancado con magia soberana de la misma naturaleza (4).

Apareció después *El Comendador Mendoza*, de acción sencillísima, harto rápidamente llevada y pobre en incidentes, pero que cautiva más que por el interés creciente de una trama cuyos hilos y desenlace se adivinan pronto, por los caracteres que en ella juegan, por la viveza y gracia del diálogo y por la castiza elegancia del estilo. Sucede al *Comendador Mendoza* lo que á todas las obras novelescas de Valera; más que como novelas valen como trabajos literarios (5).

Fuera de los graves defectos que del análisis de los caracteres deducirá el lector, *Pasarse de listo* es una novela en extremo amena y entretenida, y escrita con aquel gracejo y aquel sabroso y elegante estilo que siempre caracterizan al discreto autor de *Pepita Gimenez*. No carece aquella obra de interés y movimiento, y hay en ella rasgos muy delicados de sentimiento verdadero, comocunto se refiere á la conducta de D. Braulio después de tener la falsa noticia de su deshonra, en cuyos momentos aquel personaje, que siempre tuvo algo de cómico, se eleva á las alturas de lo trágico é inspira profunda emoción. Pero el tono ligero y maleante, los toques escépticos y las paradójicas ingeniosidades de que tanto gusta Valera, perjudican no pocas veces al elemento patético y serio de la obra, no menos que el profundo desconocimiento de la Sociedad y del corazón humano, que en ella como en todas las suyas, manifiesta su autor sin duda alguna por pasarse de listo (6).

El pensamiento fundamental de *Doña Luz* es muy interesante, y, aunque se presenta sin ruido ni aparato de ninguna especie, no deja de tener su intención y su filosofía. La cuestión, grave como pocas, del celibato eclesiástico, se plantea y se desenvuelve allí con algo de no menor fuerza que las reflexiones y juicios explanados en otras obras; con sentimientos reales y verdaderos, con situaciones altamente conmovedoras y dramáticas, incapaces, por lo demás, de ultrajar ningún digno respeto, de herir ninguna creencia religiosa.

Sucede en *Doña Luz* lo mismo que en *El Comendador Mendoza*; quizá no resulta la figura más importante la que el título de la obra presenta como protagonista, y si aquella novela debió acasollamarse *Doña Blanca*, *Doña Luz* debería haberse titulado *El Padre Enrique*. Porque *Doña Luz*, con ser un carácter lleno de originalidad y poesía, no interesa la mitad que el fraile, y dentro del alma de éste pasa la positiva, la principal acción de la novela (7).

Decir que *Doña Luz* está escrita como sabe escribir Valera, vale tanto como hacer de la forma externa de este libro un cumplidísimo elogio. Su estilo es tan propio y original, que se le puede adjudicar sus producciones literarias, antes de leer la firma de sus artículos ó la portada de sus obras.

En honor de la verdad, debemos afirmar aquí, que en la última novela de Valera es donde menos se nota absorción de los personajes que hablan, — si vale la frase, — en la personalidad del novelista que los hace hablar; y esto es así, en primer lugar,

(1) Carlos Coello: *Doña Luz y las novelas de Valera*.—*Ilust. Esp. y Americana*.

(2) Revilla: *Pepita Gimenez*, en *Los lunes de El Imparcial*.

(3) Fermín Herrán: *Juan Valera*, trabajo inserto en *La Academia* 1879.

(4) Coello: *Art. cit.*

(5) Revilla: *Análisis y ensayos*. *Rev. Contemp.* núm. 40.

(6) Revilla: *Rev. Crit.*, *Rev. Contemp.*, núm. 63.

(7) Coello: *Art. Cit.*

porque los diálogos que hay en *Doña Luz* son pocos y cortos, y además, porque en ellos ha procurado su autor, sin duda intencionalmente, esquivar el uso de los giros y modismos que más caracterizan su estilo.

Después de leída la defensa que acabamos de hacer de la última novela de Valera, se nos podría preguntar: «¿No tiene *Doña Luz* ningún defecto literario?»

—Sí,—contestaríamos,—todas las novelas de Valera tienen un defecto; jamás serán libros populares. El autor de *Pepita Gimenez*, cuando escribe novelas, aparece en ellas demasiado culto, demasiado esquisito, demasiado académico; sus obras se hallarán con frecuencia en el aristocrático gabinete de la dama elegante y en la mesa de estudio del literato, y aún del aficionado á las letras; pero difícilmente tendrán lectores en lo que se acostumbra á llamar pueblo; esto es, en las clases populares de nuestra sociedad contemporánea.

En nuestro sentir, *Doña Luz* es la novela más trascendental ó docente de cuantas ha escrito Valera, y en lo tocante á su mérito artístico, sólo la consideramos inferior á *Pepita Gimenez*, pero superior á *Pasarse de listo*, *El Comendador Mendoza* y *Las ilusiones del doctor Faustino* (1).

Alarcon es un escritor de más ingenio y fantasía que profundidad filosófica; más poeta que pensador, más dado á fantásticos ensueños, á donositas burlas ó á discretos y ligeros juegos del entendimiento, que á graves meditaciones, á disquisiciones eruditas y á investigaciones profundas, parecía destinado Alarcon por la naturaleza á ser uno de esos escritores donosos, brillantes y ligeros, en quienes ante todo se aplaude la gracia chispeante del estilo, la viveza de la imaginación y el donaire y agudeza del entendimiento, y de los cuales ni se esperan ni se exigen las concepciones grandiosas, trascendentales y profundas que á espíritus más reflexivos y graves se demandan.

Nadie entre nosotros aventaja—quizá nadie iguala siquiera,—á Alarcon en lo que se llama el buen decir. Sencillo y natural, sin caer en la vulgaridad prosaica; ligero y fácil sin pecar de desaliñado; brillante sin afectación; culto y castizo sin amaneramiento; verdadero y natural en la expresión de los afectos; claro y preciso en la emisión de las ideas; fluido y ameno en las narraciones; inimitable en el diálogo, Alarcon es uno de los estilistas más puros, uno de los escritores más delicados, amenos y discretos que tenemos en España, y es por esto (aparte de otras cualidades, y principalmente bajo el aspecto artístico) el primero de nuestros novelistas (2).

Nuestra lengua sonora, majestuosa é hidalga, resalta al hablarla Alarcon, animada y como caldeada por el gracejo á la fogsidad andaluza.

Desde el primer momento se ciñe al ánimo de los personajes y ni oprime ni huelga; es como el majestuoso manto de la Venus de Milo. El esmeradísimo estudio, el artificio pertinaz que forzosamente han sido empleados, esconden, se borran bajo la tersura y fluidez de lo exterior, como se olvidan los más improbos trabajos de canalización al ver la mansa corriente que se desliza por el cauce refrescando el ambiente y fertilizando el camino. (3).

No vacilamos en afirmar que si todas las obras de Alarcon cayeran en el olvido, *El sombrero de tres picos* sobreviviría siempre. Es imposible dar mayor amenidad é interés á un asunto baladí, trazar un cuadro de género más lleno de verdad y de color local, pintar más acabadas figuras y reunir mayor número de situaciones cómicas y razonadísimos chistes. Menester sería remontarse á nuestro siglo de oro para hallar en la literatura festiva española producción más acabada y deleitable.

El sombrero de tres picos, inspirado en un antiguo romance vulgar, no es una novela trascendental ni profunda; es simplemente un cuento precioso que rebosa gracejo y espontaneidad y que está hermosamente escrito; uno de esos libros que no pueden leerse sin experimentar aquel regalado y honesto placer que producen siempre el chiste sin bufonería, el desenfado sin licencia y la ligereza sin frivolidad (4).

Alarcon tenía hecha su reputación como inimitable narrador de viajes y como incomparable cultivador de ese género de novelas ingeniosas y ligeras en que suelen ser maestros los franceses y lo fueron en más felices tiempos los españoles. En tales condiciones, parecía en él temeraria y arriesgada empresa la de lanzarse á un género nuevo, y hasta cierto punto extraño á las especiales aptitudes, cual es la novela psicológica, basada principalmente en el estudio atento y la pintura fiel de los caracteres, en la descripción de las luchas que pasiones é intereses, deberes y sentimientos, ideas y creencias se libran en el fondo de la conciencia humana, é inspirada por lo comun en una alta

(1) Revilla: *Análisis y Ensayos*.—*La familia de Lecon Boch*.—*Rev. Contemp.*, n.º 78.

(2) Revilla: *Rev. Crit.*—*Rev. Contemp.*, n.º 58.

(3) Revilla: *Bocet. cit.*—Juan Valera.—*Rev. Contemporánea*, núm. 51.

(4) A. Palacio: *Obra menc.*—D. Juan Valera.

(1) Luis Vidart: La literatura docente. *Doña Luz*, novela original de D. Juan Valera, art. pub. en la *Rev. de Esp.*, 1879.

(2) Revilla: *Critica liter.*—*El Escándalo*, por D. Pedro A. de Alarcon.—*Ilust. Esp. y Am.*, 1875.

(3) Luis Alfonso: *El niño de la Bola*.—*Rev. de Esp.*, núm. 287.

(4) Revilla: *Bocet. lit.*—D. Pedro A. de Alarcon; *Libros nuevos en Los lunes de El Imparcial*.

concepción moral ó filosófica, cuyo resultado es una intencionada, profunda y trascendental enseñanza. No es maravilla, por tanto, que aun los que más confianza tenían en las relevantes cualidades de Alarcon desconfiaran de la empresa y temieran un fracaso, que era en realidad muy probable, por no decir seguro.

Nada de esto ha sucedido por fortuna. El talento de Alarcon ha vencido, ó al menos orillado, la mayor parte de las dificultades que le ofrecía su atrevida empresa, y á vuelta de algunas caídas (ménos numerosas y graves de lo que era lícito esperar), ha logrado dar cima á sus intentos, acreditando que para el talento no hay imposibles, y ofreciendo al público una novela (*El Escándalo*), que, sin ser perfecta en su género, es, sin embargo, un feliz ensayo de él, y es á la vez una de las novelas más notables y una de las obras más bellamente escritas que registra nuestra historia nacional en el presente siglo (1).

Alarcon daba *El Escándalo* á la estampa, y el espíritu público, entonces como ahora, muy atento al orden de ideas que esa obra inspira, apoderóse de ella con avidez, y se leyó y se comentó por todos. Fué un acontecimiento en la literatura. Pero dentro del problema religioso moral, ¿qué representaba *El Escándalo*? La solución del pasado, y con fórmula bien concreta y conocida: el jesuitismo (2).

Más de tres años há que Alarcon agitaba en su mente un atrevido proyecto: escribir una novela que asimilase lo mejor de sus dos últimas; que estuviese vivificada por el espíritu de la una, y vestida con las galas de la otra; en una palabra, que reuniese el fondo de *El Escándalo* y la forma de *El Sombrero de tres picos*. La cuidada y laboriosa gestación intelectual ha dado su fruto, é hijo de ese consorcio literario ha nacido *El niño de la bola* (3), libro tan desigual, tan extraño, que nos ofrece junto á la sublimidad, el absurdo; junto al arte más esquisito, la impericia más absoluta.

Alarcon tenía asunto para una narración breve y animada, como la del *Sombrero de tres picos*, y por estirar la materia hace que rompa por lo más delgado; y el interés, si no zozobra, por lo ménos corre borrasca.

Sería hipócrita pedanton el que negase que, á pesar de inverosimilitudes y violentos recursos, la acción de *El niño de la bola* interesa y á veces conmueve.

Si estedon de conmoer, é interesar, tan necesario al novelista, lo posee Alarcon, como prueban todas sus novelas, ¿por qué no aprovecha mejor esta ventaja meditando más despacio sus invenciones, y sobre todo despojándolas de esa trascendencia pseudo filosófica que compromete hasta la seriedad de su pensamiento?

Si *El niño de la bola*, tal como está, es una obra muy imperfecta lo sería mucho ménos arrancándole todos esos adornos de simbolismos didácticos sumamente ridículos (4).

La última novela de Alarcon, digna de él por las bellezas de su forma, y aun por la indudable grandeza que la concepción entraña, pero que no ha podido mantenerse al ser ésta desarrollada, abunda en errores de tanta monta que no le permite la comparación con otras admirables producciones de tan distinguido novelista. El mismo *Escándalo*, tan discutido y censurado, es superior, en opinión nuestra, á *El niño de la bola*, cuya obra encierra evidentemente una tesis parecida á la de la anterior, y esta tesis no es otra que la afirmación de que no puede haber moralidad verdadera sin creencias religiosas, y de que las pasiones avasallan al hombre y le arrastran al abismo, si no le aparta de ellas la fé en la existencia de Dios y en la espiritualidad é inmortalidad del alma humana (5).

No cabe duda que son las obras de Fernan Caballero de una persona instruida con el estudio de los libros, de la experiencia y de la meditación. Están escritas despacio, es decir, quizá al vuelo de la pluma, pero solamente despues de haber pensado largo rato. No tienen señales de ser fruto de la improvisación ó de los esfuerzos de una fantasía exaltada. Sus huellas se conoce que son de un autor de imaginación, corazón y entendimiento desarrollados y completos. Nótese cómo imagina y cómo pinta. Sus invenciones, en general, tienen todas las partes que necesitan para ser personas de carne y hueso; y sus colores toda la expresión y variedades para darles vida é interés. Se mueven y los vemos mover; hablar y los oímos hablar: diríase á veces que son copia de la naturaleza, y que el artista no ha hecho más que tomarlas del mundo y ponerlas en sus obras. Pero es un error en el cual ha caído Fernan mismo. La naturaleza no es tan verdadera. Sus creaciones humanas no tienen limpidez ni densidad bastante para que el poeta, al recogerlas, pueda impunemente pasarse de refundirlas en su imaginación y darlas al mundo sin aquellos toques que las engrandecen ó embellecen. Creo, sí, que Clemencia, que D. Roque, que Lágrimas, la Gaviota, Constanza y tantas

otras figuras han existido real y verdaderamente; pero todas las negaciones del autor no podrán persuadirme que despues de haberlas visto, y notado detenidamente todas las líneas de su fisonomía, su imaginación no se haya ocupado en ellas, desarrollando y ampliando aquellos perfiles generales, ni su entendimiento haya completado ese trabajo dándole concordancia, redondeando, por decirlo así, cada figura (1).

Para comprender bien á Fernan Caballero, es preciso tener presente, en primer término, que sus obras no son la expresión pura y sencilla de una fantasía que gusta de presentar al público la turba de imágenes que en ella flotan; sino más bien la labor viva y apasionada de un pensamiento batallador. La novela es para él un arma con que asalta las conciencias y las somete á su imperio (2).

El rasgo supremo y característico de las novelas de Fernan Caballero, es la grande, la completa espontaneidad que bajo todos aspectos le distingue. Nada hay en él, á mi juicio, que sea efecto de imitación: nada procede y nace de la profesión literaria; todo es natural, todo es original, todo es absolutamente propio. Sus personajes, sus combinaciones, sus descripciones, su manera misma, emanan evidentemente, ya de su instinto creador, ya de una observación fiel y esmerada de personas y cosas vivas y reales. Yo no sé si Fernan Caballero había leído ó no había leído muchas novelas antes de escribir las suyas; pero sé, pero siento, pero veo que ninguna novela anterior inspira ni se refleja en las que él escribe; que ni caracteres, ni situaciones, ni cuadros, nada es tomado, nada es copiado por él de otras; que sus modelos son del natural, del más puro y sencillo natural; y que al trasladarlos al papel, dándoles esta nueva existencia, no se ha preocupado tampoco de la forma en que lo han hecho ó podido hacer los demás escritores, y sólo ha cuidado de que correspondan á los dos principios que deben guiar á todo el que trabaja en verdaderas obras de arte: la exactitud, la verdad en el fondo del retrato; la idealidad en la expresión de la propia figura retratada (3).

Empeñado Fernan Caballero en demostrarnos las excelencias de una época, de una religión y de un sistema político determinados, se vé obligado á desfigurar las cosas ó á dejarlas ver de ellas sino una faz que no es la más noble. Le falta aquella imparcialidad tan amable que la había de hacer simpática á todos. Así es que no ahonda, anda á saltos, no se detiene en ninguna cosa, ó se pára en las que habría sólo de tocar ó mostrarnos entre sombras (4).

Muerta Fernan Caballero, si no quedó quien la heredase en la posesión del alma de las gentes sencillas y del pueblo, vino á sustituirla una pléyade, escasa pero lucida, de novelistas que con brío y talento se consagran á la empresa de la novela nacional (5).

En otro país hubiera sido Fernandez y Gonzalez un gran escritor; aquí ha contribuido en gran manera á la decadencia de las letras, no sin dejar empero producciones dignas de su génio y merecedoras de fama. Pudo ser nuestro Walter Scott, y ha sido nuestro Ponson du Terrail.

Si á su enorme dosis de imaginación é inventiva hubiera agregado, merced al estudio, igual cantidad de reflexión, corrección y buen gusto, Fernandez y Gonzalez sería el mejor de nuestros novelistas. Nadie le aventaja en invención ni en habilidad para dar interés y movimiento á sus ficciones; pero es inútil buscar en ellas aquel detenido estudio y acabada pintura de los caracteres, de las épocas y de los lugares, aquella verosimilitud y naturalidad, aquella intención moral y aquella discreción y buen gusto que reclama la novela contemporánea.

Emulo de Alejandro Dumas, no vé en la novela otra cosa que la acción, y á ésta lo sacrifica todo. Aglomerar aventuras, buscar efectos, causar sorpresas, hacer desfilarse ante el lector sucesos y personajes á cual más extraordinarios, en suma, reproducir bajo formas modernas el libro de caballería; tal es su objetivo, y tal también el de la funesta escuela que ha fundado entre nosotros (6).

Quede sentado que Fernandez y Gonzalez manifestó en otro tiempo, muy lejano por desgracia, disposiciones felicísimas para la novela histórica. Pero no hay que atribuirle tampoco con afán hiperbólico aptitudes que no ha tenido jamás. Si las mostró, nada comunes para el cultivo de este género, nunca dió la más leve señal de poseerlas para la novela de costumbres, social, realista ó como quiera denominarse.

«*El condestable D. Alvaro de Luna*,» «*Men Rodríguez de Sanabria*,» «*El cocinero de su Magestad*,» y «*Los Monjes*,» son novelas históricas en que á más de observarse con algún cuidado los requisitos del género, revela el autor cualidades excepcionales para brillar en él (7).

(1) Luis Carreras: *Fernan Caballero. Sus obras y las novelas de costumbres*, art. que vió la luz en el tomo IV de la *Revista Hispano-Americana*.

(2) Palacio: *Los nov. esp.*—Fernan Caballero.

(3) Pacheco: *Prólogo* etc.

(4) Carreras: *Op. cit.*

(5) E. Pardo: *Est. y menc.*

(6) Revilla: *Bocet. lit.*—D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

(7) A. Palacio: *Obra citada*.

Prescindimos, por hoy, de ocuparnos en el examen de las obras de los Villoslada, Escosura, Hurtado, Ochoa, Castro y Serrano, Selgas, Escrich etc. etc., por no considerar á tan populares escritores como astros, por decirlo así, de primera magnitud en el cielo de la novela española contemporánea.

ANTONIO M. DUMOVICH.

NOTAS Y APUNTES

de un viaje por el Pirineo y por la Turena, hecho en el verano de 1878.

EL CASTILLO DE BLOIS.

Lo más notable de Blois, es su castillo, que nosotros llamáramos Alcázar, y que por su posición y su grandeza, si no por su estilo, recuerda el de Toledo; como éste, domina toda la ciudad, aunque forma parte de ella. Lo mismo que otros edificios civiles ó religiosos de gran importancia, el castillo de Blois no fué construido de una vez y con arreglo á un solo plan, sino que sus diferentes partes corresponden á diversas épocas y géneros de arquitectura. Aun representa el del siglo XIII la columnata del salón de Cortés (sala de los Estados); en el XV se construyó la galería de los duques de Orleans; la fachada oriental fué hecha en el reinado de Luis XII, y está inmediata á la delicada obra del renacimiento italiano del tiempo de Francisco I. La fachada del Norte está formada por elegantes galerías sobrepujadas, dividiendo los huecos, pilastras llenas de arabescos, viéndose á trechos balcones circulares con repisas profusamente adornadas; la que mira al gran patio ó plaza es algo pesada; pero en ella está la magnífica escalera, que es una de las más bellas del renacimiento: Gaston de Orleans, desterrado en Blois, mandó construir el cuarto cuerpo del edificio conforme á los planos y dibujos del célebre arquitecto Francisco Mansard; el duque de Orleans pensaba haber reconstruido todo el castillo conforme al plan y gusto de esta parte, pero murió antes de llevarlo á cabo, y á esto se debe que aun se conserve en el estado en que se halla, pues aunque estuvo largo tiempo abandonado, le salvó de la ruina conservando todas sus bellezas en estos últimos años el entendido arquitecto M. Duban, á quien el Gobierno facilitó ámpliamente los recursos necesarios para esta obra.

Como ya hemos dicho, la historia de este alcázar es muy interesante: los eruditos del país creen que está construido en el mismo sitio que ocupó un antiguo *Castrum* romano, y su posición da verosimilitud á esta conjetura.

Los tiempos gloriosos del castillo, donde se retiró Valentina de Milán, despues del asesinato de su marido, ocurrido en 1407, empiezan con la vuelta de Carlos de Orleans, en 1440, despues de su larga prisión; y como era un príncipe amigo de las letras y de las artes, y las últimas victorias sobre los ingleses habían hecho renacer la seguridad interior de Francia, al ampliar las habitaciones del castillo cuidó más de la belleza artística que de sus condiciones militares, que eran antes las que en él dominaban.

En 1462 nació, el 27 de Junio en este castillo el príncipe Luis de Orleans, que llegó á ocupar el trono de Francia, y á quien, como antes he dicho, dieron sus súbditos el nombre de Padre del pueblo, y residiendo en él supo la noticia de la muerte de Carlos VIII, ocurrida el 7 de Abril de 1498; allí recibió á los enviados del Parlamento de París y de las demás ciudades del reino, así como á los magnates que le hicieron pleito homenaje, y con esta ocasión dijo al duque de Tremoille la célebre frase: «No le toca al rey de Francia vengar las injurias del duque de Orleans», digna de la magnanimidad de tan gran príncipe.

El amor que de ordinario setiene al pueblo natal, fué causa de que Luis XII hiciera frecuentes y largas residencias en Blois, y de que, como he indicado, agrandara con nuevas y vastas construcciones su alcázar. En él recibió, el 7 de Diciembre de 1501, á Don Felipe el Hermoso y á su esposa doña Juana, que ya llevaban en su compañía á su hijo primogénito D. Carlos, que entonces se pensó en casar con la princesa Claudia, lo que no tuvo efecto por las vicisitudes de la política.

Un escritor de la época refiere la solemne recepción de estos príncipes en los siguientes términos: «A la entrada de la sala el archiduque se quitó la gorra: M. de Brienne dijo al Rey: «Señor, el archiduque» y el rey sonriéndose contestó: «es un príncipe hermoso». El archiduque hizo tres reverencias antes de llegar al rey, quien al entrar aquí en la sala se dirigió hácia él muy despacio; á la segunda reverencia se adelantó quitándose la gorra, á la tercera lo abrazó, hablaron algunas palabras en voz baja, y el rey se cubrió, pero como no lo hiciese el archiduque el rey insistió en que se cubriese; pero el archiduque dijo que era su deber estar descubierta y continuaron hablando.

No puede ménos de hacerse notar que esta ocasión fué la primera en que estuvieron juntos Francisco I y Carlos V, los cuales, cuando ocuparon más adelante los tronos de Francia y España, trajeron tan agitada y revuelta la Europa á consecuencia de sus rivalidades, sobre lo que ha escrito hace poco una extensa historia Mr. Mignet; pero á pesar de los esfuerzos del escritor, los hechos atestiguarán siempre que, no obstante el dictado de rey caballero, con que los franceses designan á Francisco I, fué vencido siempre en generosidad y en hidalguía por Carlos V. El archiduque y su familia pasaron cinco días en el castillo de Blois, muy agasajados por Luis XII; se trataron los asuntos pendientes con Austria, y sobre ellos se firmó en Blois un convenio que tiene la fecha de 13 de Diciembre de 1501. El 2 de Enero de 1514 murió en el castillo la esposa del rey, Ana de Bretaña, á quien éste no sobrevivió más que un año; y habiéndole sucedido en el trono Francisco I, Blois perdió mucho en importancia, porque el nuevo rey no tenía por esta ciudad los motivos de predilección que su antecesor; además, como se verá luego, habiendo hecho edificar en las cercanías el castillo Chambord, este nuevo real sitio tuvo su preferencia; pero durante el reinado de Carlos IX, Blois y su castillo fueron teatro de sucesos muy importantes. En el verano de 1571 se trasladó allí la corte para estar más cerca de la Rochela y poder tratar

(1) Revilla: *Crtt. cit.*

(2) Alas: *Gloria*, etc.

(3) L. Alfonso: *Trabajo menc.*

(4) Alas: *El niño de la bola*, art. inser. en el periód. *La Union*.

(5) Revilla: *La últ. nov. del Sr. Alarcon*, trabajos pubs. en *El Globo*.

más fácilmente con los jefes de los hugonotes, que acudieron, con efecto, á las entrevistas celebradas allí, que parecía que habían de poner término á las sangrientas luchas religiosas que ensangrentaban hacia ya años la Francia; pero todo el mundo conoce la perfidia con que aquella aparente reconciliación preparó la terrible catástrofe de la *Saint Barthelemy*, y las alteraciones que no tuvieron fin hasta el reinado de Enrique IV.

En el año de 1576 se reunieron en el castillo de Blois los Estados generales del reino, que, si bien empezaron con esperanzas de que terminarían las discordias pendientes, se disolvieron sin resultado; pero las quejas que contenían los cuadernos de los representantes de las ciudades, fueron ocasión de las ordenanzas que se conocen bajo el nombre de Edicto de Blois, dado en 1579. En 1588 volvieron á celebrarse los Estados generales en el castillo de Blois; y en ellos se manifestó que la Liga y los Guisais, que la dirigían, habían llegado al más alto grado de poder, pues el cardenal fué elegido presidente del clero, el conde de Bressa de la nobleza, y la Chapelle-Martean, prevoste de los mercaderes de París, del estado llano (*le tiers*). Enrique III, que había heredado de su madre todo el espíritu florentino que inspiró los actos de César Borgia y las doctrinas de Maquiavelo, bajo un aspecto endeble y raquítico, y con las apariencias de un acetismo rigoroso, encubría un corazón capaz de resoluciones enérgicas, aunque criminales, y realizando los propósitos que abrigaba en su mente, en la mañana del 23 de Diciembre de aquel mismo año, colocó en su gabinete y en las celdas que había dispuesto en sus alrededores, diciendo que iban á ser habitadas por frailes capuchinos, á los cuarenta y cinco archeros llamados los *ordinarios*, por ser la guardia permanente de su persona que estaban bajo el mando de Loignac. Todas las salidas y pasadizos del castillo estaban guardados por personas de confianza, y apenas reunido en una de las habitaciones próximas á las del rey, el Consejo para tratar de los asuntos que se habían de someter á los Estados, el rey mandó llamar al duque de Guisa que, con la capa en el brazo entró en la Cámara, cuya puerta cerró Montsery. El duque se encontró en medio de los cuarenta y cinco á quienes saludó; al acercarse á la puerta del gabinete del rey, viéndose seguido se detuvo un momento, y llevándose la mano á la barba, vacilante, volvió la cabeza; en el momento Montsery que estaba junto á la chimenea le cogió del brazo y le dió una puñalada en el cuello, *¡amigos, amigos, traición!* exclamó Guisa: en el acto Effrenat le sujetó las piernas, y Saint Maline le dió un golpe en la cabeza; á pesar de sus heridas el duque derribó á uno de los asesinos de un golpe que le asestó con una caja de dulces que llevaba en la mano, y aunque no pudo sacar la espada, era tan fuerte, que arrastró á los que le sujetaban de un extremo á otro de la cámara del rey; pero empujado por Loignac cayó exánime á los pies de la cama del rey, gritando: *Dios mio, misericordia*, y estas fueron sus últimas palabras.

Cuando supo el rey que su enemigo estaba en tierra, alzó la cortina de su gabinete; convencido de que estaba muerto se adelantó para contemplar su víctima, y dándole con el pie en el rostro como Guisa lo había hecho á Coligny el mismo día de la *Saint Barthelemy*, dijo Enrique III: *Dios mio qué grande es, parece más grande que vivo*; á las pocas horas, y en el mismo castillo, fué también asesinado el cardenal hermano del duque, y puestos á buen recaudo los principales jefes de la liga, que si bien no quedó por completo destruida, llevó entonces su más terrible golpe.

Es imposible dar idea de la impresión que causa el contemplar los lugares en que se desarrolló aquel sangriento drama, que los encargados del castillo enseñan minuciosamente á los viajeros curiosos, indicando la puerta por donde entró el duque en la cámara; la chimenea junto á la cual recibió el primer golpe; el lugar que ocupaba la cama del rey, á cuyos pies le arrojó Loignac; pero todavía causa más horror, subir á los desvanes, donde fueron quemados los cuerpos de los Guisais, cuyas cenizas se arrojaron luego al Loire, porque el rey no quiso ceder á los ruegos de la madre de aquellos infelices, que pedía sus cuerpos para darles piadosa sepultura.

No fueron las ulteriores resoluciones de Enrique III lo que podía esperarse de aquel sangriento principio: así que la guerra civil no concluyó hasta que después de haber sido este monarca, víctima del puñal de Jacobo Clemente, á quien llamó nuestro Mariana, justamente por el regicidio cometido, *ilustre Gallia decus*; venciendo hábilmente grandes dificultades y abjurando la herejía protestante, porque en su sentir París bien valía una misa, ocupó el trono Enrique IV, sucediendo la casa de Borbon á la de Valois. En su reinado, el castillo de Blois dejó de brillar con los esplendores de la corte, porque el rey, auxiliado de su gran ministro Sully, echó los cimientos de la centralización política y administrativa que acabó con el poder, siempre turbulento, de los grandes, y París adquirió, por consecuencia, mayor importancia que nunca había tenido, aunque siempre fué tan grande que la liga tomó su principal fuerza de resultados de estar en posesión de la antigua ciudad cuyo estado llano (*bourgeoisie*) y cuya plebe eran fervientes católicos y enemigos de los hugonotes.

El castillo de Blois tuvo un período de nueva vida, cuando vivió en él retirado por muchos años el príncipe Gaston de Orleans, que intentó, como he dicho antes, reconstruirlo bajo nuevos planos; felizmente no logró llevar á cabo sino una parte de su pensamiento, y á esto se debe, que aun se conserven las construcciones más antiguas é interesantes de este vastísimo edificio. Gaston de Orleans, que al principio fué un príncipe inquieto y ambicioso, se reconoció impotente ante el favor y la habilidad política de Richelieu y de Mazarino, y se consagró al estudio de las ciencias naturales, de las letras y de las bellas artes. Era director de sus jardines el médico y naturalista Brunyer, que en 1583 publicó el catálogo de las plantas que en él se cultivaban, bajo el título de *Hortus regius Blessensis*, y en él están clasificadas por géneros, pudiéndose considerar esta obra como el antecedente del sistema de clasificación natural intentado por Tournefort y realizado en nuestro tiempo por Decandolle, aunque después que el sistema sexual de Linceo había facilitado el conocimiento y la agrupación general de las plantas. Al morir

Gaston de Orleans, dando ejemplo de piedad y mansedumbre cristiana, legó sus colecciones de libros y objetos de ciencia y arte á su sobrino Luis XIV, y hoy forman parte, quizá la más antigua, de los museos y bibliotecas de París.

La historia del castillo de Blois pierde desde aquella época todo su interés. Luis XIV estuvo en él de paso para Chambord, que, como ya he dicho, fué el real sitio privilegiado de aquella región, bajo la dinastía de los Borbones, y después de esto, los Reyes concedían vivienda á los hidalgos del país en sus magníficas habitaciones. En el período de la revolución sufrió este magnífico edificio la misma suerte que sus análogos. Se arrancaron de sus muros y de sus techos todos los blasones y signos que demostraban su origen y su historia, y destinado á diferentes usos, vino á poder del Ayuntamiento de Tours en 1810, lo cual, lejos de poner coto á su destrucción, contribuyó á aumentarla, hasta que en 1841 la comisión de monumentos históricos creada en el ministerio del Interior por el conde Duchatel clasificó como de primer orden el castillo de Blois, y se proyectó su restauración, empezando por el ala de Francisco I, que amenazaba ruina y encomendándose las obras al arquitecto Mr. Duban; pero la resistencia del ministerio de la Guerra á abandonar su posesión, retardaron la ejecución hasta el año de 1845, habiéndose terminado en Enero de 1848.

En el año de 1870, la sala de los Estados generales fué centro de agitaciones, que recordaban los tiempos de su mayor esplendor, pues en ella se reunió un tribunal revolucionario, cuyos procedimientos fueron interrumpidos y olvidados por los horrores de la guerra franco-prusiana, durante la cual sirvió el castillo de hospital de sangre: hoy ha vuelto á poder del Ayuntamiento, que piensa establecer en él varios servicios municipales: no lo estaban aun cuando lo visitamos, y es de esperar que si el proyecto se lleva á cabo, se consulte ante todo la conservación de un edificio; que por sus recuerdos históricos y por sus bellezas artísticas, es sin duda de los más importantes de Francia,

A. M. FABIÉ.

LAS COMPAÑÍAS DE FERRO-CARRILES

ANTE LA OPINION PÚBLICA.

Artículo II.

Si los ferro-carriles no fuesen que sí lo son, un admirable agente mercantil, introduciendo en su explotación algunas reformas que necesitan y no se obtuviese con ellos un sistema, el más perfecto hoy, de locomoción comercial bajo todos los puntos de vista de la velocidad, cantidad, frecuencia, regularidad y precio, y un servicio superior al de la navegación, dudáramos de la utilidad final de los railways, serían una perturbación social más, un negocio de fantasía, una contradicción rotunda, digna de la animadversión de los pueblos y del anatema de las generaciones presentes; pero á pesar de esto, si preguntáis á un presidente de la Compañía del Norte, á los vocales, al secretario, al gerente, al director facultativo, á los legisladores, al mismo ministro de Fomento. ¿Cuál es el valor industrial, económico y social de estas vías, y por tanto, cuál es su influencia sobre la distribución del trabajo y de la riqueza, sobre el progreso de la civilización y la vida de las sociedades? ¿Cuáles son los resultados que su explotación produce sobre las leyes de la economía política, si las confirma ó modifica, ó si sólo son esas vías un mito genesiáico que no han podido aún descifrar ni los felices concesionarios de esas empresas, ni el Estado, ni los jurisperitos, ni los ingenieros: estad seguros que los altos señores financieros que las administran, os responderán que nada saben, que no tienen datos positivos sobre la importancia de los ferro-carriles en el mundo, considerados como hemos dicho antes, sobre su potencia de producción y su influencia civilizadora, pero os señalarán con arrogancia desdeñosa, al lado de millones de cotas de valores públicos, otros cuantos de acciones y obligaciones de ferro-carriles que se alzarían como un coloso para la defensa de las propiedades, tratando de aplastar á los contrarios; el Estado os hablará de las vías férreas, ponderándolas como un medio de estrategia, de influencia política, lo vereis compilando leyes, decretos, ordenanzas, reglamentos, instrucciones sobre concesiones de líneas, acordando subvenciones y garantías de intereses, autorizando expropiaciones y fusiones, imponiendo tarifas, estipulando acá y allá algunos reglamentos sobre policía y seguridad de las vías y registrando todos los años para beneplácito de los especuladores los beneficios de las Compañías: de donde se deduce, que, como no sabe de ferro-carriles más que lo que quieren aquellas que sepa, es miope en este asunto, y á la incapacidad de producir que distingue al Estado hay que agregar la incapacidad de conocer: los ingenieros os hablarán exclusivamente de la parte instrumental en sus libros, Memorias, juntas, reuniones; quiero decir, de coginetes, resistencia de los materiales, de curvas, pendientes hasta del 6 por 100, rails de acero ó hierro, túneles, viaductos, etc., etc., cosas todas preciosas y de importancia, pero que no tienen interés para la economía política; resultando de aquí, que el mayor honor que se puede hacer á todo este inmenso montón de legislación, se arando, desde luego, lo que es de derecho común, en ausencia de una ciencia positiva, de un estudio desembarazado de toda elucubración técnica, política, legislativa, de todo interés de partido, corporación ó localidad, el mayor honor, decimos, es aceptarla á título provisional, puesto que no se debe creer en la pruden-

cia de un legislador que no sabe de qué vá á legislar y no conoce los caracteres aparentes y los elementos de éxito más ó menos completo de tan admirable agente mercantil; creyendo y asegurando que las Compañías explotantes no saben sacar todo el partido que deben del principio y de la constitución de las vías férreas, por no conocer los medios de mejorar su explotación actual, cuyos gastos deben reducir en un 40 por 100, puesto que estas son inferiores á la navegación en lo concerniente al transporte de mercancías, y aun en algunos casos al de viajeros.

El ferro-carril, como invención que es notabilísima, posee el mayor número de cualidades que constituyen el transporte perfecto, como son: la velocidad, la regularidad, la precisión, la permanencia y la frecuencia; excede á las necesidades de la sociedad y á la actividad de las transacciones, puede vanagloriarse de tener para dar y aun vender tiempo y riqueza, y sobrepuja la insaciable exigencia de la humanidad.

Todo esto es una verdad probada por hechos recogidos minuciosamente en todos los países, en todas las épocas; pero si ese es el fenómeno curioso y nuevo en la ciencia económica, ¿de qué le servirían todas esas preciosas cualidades, si como agente de las transacciones no pudiese transportar masas de personas y cosas á bajos precios? no sería entonces más que una novedad sin utilidad, un juguete; pero esa utilidad del transporte tiene por expresión el precio: luego por el precio que las Compañías tienen en sus caminos es, en definitiva, por el que debemos juzgar al ferro-carril, y por el que debemos juzgarlas á ellas, puesto que si éstas nos venden el transporte más caro que los otros sistemas ó medios de locomoción, no es un progreso, es una mistificación y un engaño de la que son responsables las Compañías, aun tanto ó más que los legisladores.

Creemos que la explotación de las vías férreas desde el principio, por el prestigio de la novedad, ha seguido mal camino; que la excesiva carestía que las Compañías les imponen y nos dan al público, ha resultado de que los primeros concesionarios y empresarios de transportes, han desconocido la naturaleza é importancia de esas vías, de que han procedido en todas partes sin método, de que han seguido su capricho y de que han violado la ley suprema que rige el trabajo humano y la industria de los transportes.

Felizmente para las afortunadas Compañías españolas, no tienen que luchar en este país, ni con el sistema de locomoción por carreteras, porque hay pocas y mal conservadas, ni con el de locomoción por canales y ríos canalizados como en el extranjero, porque todavía existen ménos, de modo que reinan en absoluto en España como dueñas y señoras únicas de todo el sistema de transportes y locomoción: y vienen doblemente obligadas á servir mejor que lo hacen al público, del cual viven, y al cual debían tratar de explotar con más consideración y respeto, ya que poca ó ninguna competencia tienen con otras empresas, y que solas acaparan todas las transacciones; no estando de más el apuntar aquí, para cuando en otros tiempos se establezcan otros sistemas de locomoción de los antiguos ó nuevos, que se quiten á las Compañías de ferro-carriles los privilegios que tienen hoy, si á los otros sistemas no se piensa darles ninguno, para que todos se hallen en igualdad de circunstancias, y que los segundos se den á otras clases ó personas que no tengan intereses en las empresas de ferro-carriles.

Si consultamos las tarifas legales decretadas por todos los Gobiernos europeos, en máximo y por término medio, nos hallamos para los viajeros en 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, con los precios de 10 céntimos, 7,5 céntimos y 5,5 céntimos por kilómetro. Estas tarifas se fijaron por los respectivos Gobiernos, en consonancia con las que tenían los transportes por diligencias y mensajerías, y no por un conocimiento adquirido y profundo de los resultados que daban las vías férreas, puesto que la ignorancia, excusable en algun tanto entonces, de la potencia productiva de los ferro-carriles, hizo que las Compañías sostuvieran que tales empresas eran esencialmente aleatorias, y que los poderes públicos se contentasen con asignar á los empresarios un máximo entre otros privilegios. La lucha entre los precios del transporte por agua y por los ferro-carriles continúa en el extranjero; aquí no existe esa por lo que hemos apuntado, pero se establecerá algun día, y la victoria es dudosa, porque si uno de los contrincantes tiene más capital, el otro, que es el de los transportes por agua, tiene ménos gastos; pero es bien cierto que si los Gobiernos convirtiesen en privilegios la explotación de las vías navegables, como hacen con los ferro-carriles, acordando á una Compañía de transportes por agua una garantía de interés del 6 por 100, bajo la promesa por ella de explotar, hacer el servicio de viajeros y mercancías como antes, y de oponerse á toda coalición con el ferro-carril paralelo y próximo que existiese, no hay duda que éste tal vez sería vencido y bien poco productivo, puesto que es ya cosa probada que en situaciones iguales, es decir, con privilegios iguales para ambos sistemas, ó ninguno para los dos, los transportes por agua, sobre todo en mercancías, pueden hacerse más baratos que los de ferro-carriles; y decimos esto porque ese precio no excede de 2 céntimos por tonelada y kilómetro en una vía navegable de las más baratas de la Europa, mientras que el ferro-carril europeo que transporta más barato las mercancías no lleva

ménos de 4 céntimos, y los precios más baratos hoy conocidos para viajeros por agua y ferro-carril son en Europa 5 céntimos para la primera y cerca de 6 céntimos para el segundo. El día, pues, que aquí se construyan muchos canales y se canalicen muchos ríos para el transporte de mercancías y viajeros con los mismos privilegios que los ferro-carriles, si quieren vivir no tendrán más remedio que bajar sus tarifas, y entonces sabremos si los ferro-carriles valen ó no en nuestro país, y si las acciones y obligaciones de estos alcanzan los precios de hoy, augurando para esas fechas un resultado algo desastroso para no pocas Compañías de ferro-carriles españolas; por lo ménos tal y como hoy se hace la explotación de estos, habida cuenta de sus tarifas, precios de comercio y precio á que sale el transporte por los mismos, el cual no es más que aproximativo, porque los elementos estadísticos que suministran las Compañías no son más que aproximaciones, en razón á que sus cuentas anuales, presentadas en las asambleas generales de accionistas, dan calculadamente pocos detalles y evitan á propósito el enseñar al público lo que ellas no quieren que se sepa; sin embargo, no son tan pocos que de ellos no sepamos ya con certeza económica, aunque no sea con precisión matemática, cuáles son los resultados medios de los ferro-carriles despues de veinticinco años de explotación; ó lo que es lo mismo, cuál es su fuerza de producción, lo que cuesta el transporte de viajeros y el de mercancías, lo que producen uno y otro; lo que el país puede esperar para su industria, su comercio, sus relaciones políticas y sociales, de la reversion de los ferro carriles al dominio público y aun de la compra de estos por el Estado; cuál es la extensión del sacrificio que ha hecho al abandonarlos por 99 años á Compañías de usufructuarios, ó qué ventajas ha sacado de este sistema, en el cual vemos no pocos comprometida la fortuna pública al ver que los poderes responsables son tan generosos con los empresarios de ferro-carriles y Compañías.

Si guiendo el método de reducción de las unidades de tráfico á un comun denominador, y contentándose con un interés de un 4 por 100 para el capital comprometido en una empresa de ferro-carril europeo, el precio total y medio á que sale por viajero y kilómetro el transporte por vías férreas no es ménos de 4 céntimos y medio de real, y por tonelada de mercancía de pequeña velocidad 7 céntimos 930 milésimas.

Si el interés es de 5 por 100, el precio es de 5 céntimos por viajero y 9 céntimos por tonelada, de mercancía y kilómetro; si baja á 3 por 100, el precio descenderá á 3 céntimos 749 por viajero, y 6 céntimos por tonelada y kilómetro.

El interés de las acciones y obligaciones es, en general, un tipo alto de lo ménos el 6 por 100, no olvidando, que esos tipos de precios que acabamos de indicar á que sale el transporte por ferro-carril, tiene que ser más alto aun de lo que representan esos números; porque en las cuentas que han servido para sacar esos resultados, no se incluye nada para la depreciación del material; resultando, sin embargo, tanto para la grande como para la pequeña velocidad, que el precio medio que se percibe hoy en los ferro-carriles europeos por unidad de tráfico ó viajero y kilómetro, es de 5 céntimos 305, sea por tonelada de mercancía á pequeña velocidad 10 céntimos 610, siendo el beneficio medio por viajero y kilómetro de 1 céntimo 5, y de 2 céntimos 9 por tonelada de mercancía. ¿Pero creen los lectores que se percibe lo que se deduce del cálculo? Pues no es cierto; las Compañías perciben en general para los viajeros 6 céntimos 5, y para las mercancías 7 céntimos 64 por término medio: por donde se vé que el beneficio es mayor en viajeros que en mercancías; ó en otros términos, que los gastos de estas se cubren y se tapan con los beneficios de aquellos, lo cual no se explica de otro modo sino porque el ferro-carril encuentra poca competencia en los viajeros, y nada ni nadie le impide aplicar la tarifa entera, mientras que para las mercancías su servicio se traduce en la mayor parte de los países en pura pérdida para los accionistas.

Así en la práctica de la explotación de sus ferro carriles, las Compañías están acordes en aplicar sus tarifas, no como debiera ser segun la proporción de lo que cuesta el transporte á grande y pequeña velocidad de cada unidad de tráfico, sino segun la presión mayor ó menor de la competencia, y segun la necesidad del comercio, incapaz de sufrir por mucho más tiempo para las materias voluminosas y de precio ínfimo, tarifas de 8, 10 y 12 céntimos por tonelada y kilómetro.

Pero la verdad es que por los escasos datos que nos dan las cuentas de las Compañías, poseemos algo muy parecido á la verdad en cuanto al precio en globo á que sale el servicio por ferro-carriles sin distinción de velocidad, personas ó cosas; pero no conocemos matemáticamente el de cada viajero ó objeto, ya sea con grande ó con pequeña velocidad.

Bajo el punto de vista de su valor, las cosas se comparan tanto mejor, cuanto más distintos son sus servicios, cuanto más extrañas ó distintas son la una á la otra, teniendo tan sólo de comun el poderse evaluar monetariamente.

En una explotación de ferro-carriles, si examinamos prolijamente sus cuentas, sus cálculos y Memorias, lo veremos todo confundido; la grande con la pequeña velocidad, los viajeros con las mercancías, el ganado con la hulla, los adoquines con la cebada, las sardinas y el correo con los garban-

zos, etc.; siendo imposible el entenderlas y reconocer semejantes laberintos, y mucho ménos el averiguar si la tonelada de mercancías cuesta el trasportarla tanto como dos viajeros ó tanto como dos mil; si cuesta ménos ó si cuesta más, asemejándose esas cuentas y presupuestos á las antiguas monarquías de algunos Estados europeos, ó á las cuentas del gran capitán español Gonzalo de Córdoba, votadas en total, percibidas al acaso y gastadas segun el capricho del príncipe y sus bufones. Nosotros creemos que aun hoy, una tonelada de mercancías cuesta de trasportarla más que dos viajeros trasportados con velocidad de cuarenta kilómetros por hora, y que por lo tanto en lugar de bajar la tarifa de la pequeña velocidad para subir otro tanto la de viajeros, es precisamente lo contrario lo que han debido hacer las inconscientes Compañías, puesto que además podemos probar que la porción de los gastos indicados en sus cuentas, que incumben á la pequeña velocidad, es mayor que no lo indica la equivalencia supuesta de dos viajeros para una tonelada de mercancías; resultando de aquí, que las Compañías no hacen ningún beneficio sobre el transporte de las mercancías, por lo menos en los países en que esas tienen competencia con otras vías, y que esos bellos dividendos tan bellamente exagerados, de los que tanto se enorgullecen las mismas Empresas, lo deben todo á los viajeros; y volvemos á repetir, que si en el extranjero, por tener los ferro-carriles competencias fuertes en algunas naciones, no les basta á las Compañías con tarifas de 3 céntimos 25 para viajeros, y 6 céntimos portonelada y kilómetro, para mercancías debemos decir que el ferro-carril allí donde se establece otro sistema de locomoción por agua, no es un progreso, es la opresión, es la mistificación; y si esto decimos para las otras empresas. ¿Qué no diremos para las españolas con tarifas de 5 6 y 7 céntimos por viajero, 6, 8, 10 y 12 céntimos por tonelada y kilómetro, que aún se quejan de las pocas ganancias que realizan con ellas, pues nos dicen que apenas si cubren los gastos? ¿Qué diremos de unas empresas que, segun ellas, les tendria más cuenta renunciar al oficio de empresarios de transportes, cuando mandan en España en este ramo como en país conquistado? Diremos que, miradas así las cosas, el servicio de ferro-carriles no es más que otro *quét-a-pens* como el del Banco Hipotecario, un odioso charlatanismo, un auxiliar de la tiranía contra el cual el deber de todo hombre de bien es el de sublevar la opinión de los pueblos y ciudades contra la institución egoísta de las Compañías de ferro-carriles, si no reforman las mismas la explotación de esas vías, y si no mejoran su servicio, para no darnos gato por liebre, puesto que no es otra cosa vendernos esas Compañías, á 6 céntimos el transporte considerándolo como el *nec plus ultra*, mientras que la vía navegable puede darnos el transporte á 2 céntimos y medio, es decir, á cerca de un 60 por 100, ó por lo ménos, á más de un 50 por 100 más barato que las vías férreas. Para esto no necesitaba Watt, ni Stephenson, ni Papin, ni otros varones ilustres, romperse la mollera tanto para que luego unos ñores ambiciosos y egoístas vinieran á hacer un mal uso para el mundo de sus bellos descubrimientos. ¡Abajo, pues, las Compañías explotadoras de ferro-carriles que no reforman su explotación! ¡Guerra á la ignorancia y á la mala fé! Aunque no digamos en estos artículos cosas nuevas, que, si no lo son para otros países, conviene que se generalicen en el nuestro, en donde nada tienen de viejas; y en último resultado, nunca serán tan viejas y tan malas como es viejo y malo el material de tracción, y además feo é incómodo de casi todas las Compañías de España.

P. CALVO Y MARTIN.

PRÓLOGO Á UNA NOVELA.

Ha dicho un amigo mio,—el erudito escritor y Académico de la Historia D. Cesáreo Fernandez Duro,—que un libro sin prólogo es como una comida sin sopa; y por abundar, sin duda, en esta donosa afirmación el Sr. Diaz Perez, elígeme á mí para que haga y dé al público la sopa de la sabrosa comida que ofrece hoy al lector en este nuevo libro de su incansable pluma. Mucho he resistido semejante inmerecida predilección, que no soy yo quien para apacinar con mi pobre firma una obra de ingenio que por sí sola se apadrina y presenta. Empero como rechazar la exigencia del Sr. Diaz Perez fuera inexplicable ingratitud, doy de lado á los reparos de mi escrupulo accediendo reconocido á su distinción, y entro, sin más exordio, á servirle la sopa literaria que para su libro desea.

Baños de Baños es una novela. Disertemos, pues, aunque sea brevemente, acerca de la novela. Así como es—ó debe ser—el teatro la escuela de las buenas costumbres, de la propia suerte estimo yo que la novela contemporánea, tomando de la realidad su argumento y de los recursos de imaginación sus tonos y colores, sin que en aquel se llegue al naturalismo antipático, si no repulsivo, de Zola, ni en éstos al capricho arbitrario de una fantasía sin límites, debe responder en su fondo y aun en su forma á un pensamiento determinado cuyo fin no sea otro que el de instruir y deleitar.

Ha de ser la novela, á mi juicio, una enseñanza, un consejo ó una advertencia; mas de modo tal escrita y en su exposición, trama y desarrollo dispuesta, que en la totalidad se confundan lo útil y lo agradable, lo verdadero y lo ingenioso, llevando como de la mano al lector á la conclusión que se quiere sin que su curiosidad se fatigue ni su deseo de aprender se malogre. Antes que un pasatiempo más ó ménos divertido, debe la novela ser el lienzo donde un hábil pintor trace tal ó cuál escena de la vida, ya para presentarla, si es buena, como ejemplo, ya para condenarla y prevenir sus peligros si es de aquellas que merecen la censura.

La novela por la novela, esto es, la novela estéril que se ciñe á distraer el ánimo con amoríos abundantes en peripecias de intrigas, infidelidades é inconsecuencias, novela que tanto estrago ha hecho en el buen gusto literario y en la moral de las gentes sencillas, no solo no responde á las necesidades de nuestro tiempo, sino que debe ser desterrada por siempre del campo de la amena literatura. Ya se me alcanza que los tales, semejantes en esto á los pintores que ignorando la historia empleaban sus talentos en reproducir milagros, apariencias é imágenes de santos y santas, no sabiendo hacer otra cosa se dedican á los dramas trebuchados que ninguna instrucción requieren, ó lo que es peor, á la novela insustancial, sin contrastes ni enseñanzas, que, á vuelta de algun chiste de dudosa corrección, envenena el alma de las personas incautas que toman su lectura por pasatiempo y acaban por inicionarse de su espíritu corrompido y corruptor.

Hay que declarar guerra decidida, guerra sin tregua ni cuartel á esa polilla de la novela que, sobre ser perniciosa, hace competencia temible á las producciones de los verdaderos ingenios; hay que perseguirla hasta en su baratura, condición que no influye poco en sus éxitos, y dar al público buenas novelas y baratas; hay que resucitar los días esplendorosos de la novela española sin perder de vista que las exigencias del lector son otras y la misión del novelista en nuestro tiempo muy diversa.

Paul de Kock—no quiero descender á nombrar sus desdichados imitadores—debe ser combatido con Walter Scott, Dickens, Balzac, Victor Hugo, Valera, Fernandez y Gonzalez—en sus comienzos—Alarcon y Perez Galdós. Julio Verne, sobre todo, estimo yo que es el tipo más acabado del novelista moderno. El mismo Pereda, con ser tan ultramontano y, por consiguiente, tan poco simpático á mis opiniones, puede servir de modelo, en su forma, á los que á la novela se dediquen. Y que la novela que prefiero no está reñida con los donaires, agudezas y atrevimientos de cierta índole, pruébanlo los dos primores de filigrana intitulados *Pepita Gimenez* y *El sombrero de tres picos*. Ellos son el testimonio más concluyente de que puede ponerse picante en las novelas sin que corran por eso el azar de ser confundidas, careciendo de la gracia que en toda ella rebosa, con la *Vida y aventuras del pícaro Guzman de Alfarache*, especie de patron, en su carácter más inadmisible y deshonesto, de no pocos novelistas que á la sombra de lo humorístico pasan el contrabando de lo inmoral.

En esos distintos géneros de la novela que con tanta gloria cultivaron unos y cultivan otros de dichos escritores han de inspirarse los que seguirlos pretendan, de modo alguno en la novela frívola é insípida que tan injustamente hace sudar á las prensas. No deben, sin embargo, caer, huyendo de este escollo, en el de la novela socialista de Eugenio Sue, cuya breve duración es la mejor crítica que de ella puede escribirse. Pasó también la novela de capa y espada. Las pastoriles, picarescas y fantásticas, tampoco tienen razon de ser en nuestro siglo, como han muerto en poesía la bucólica, la epopeya, el género épico-heróico y la tragedia. Los moldes de hoy son otros enteramente nuevos. Más alto el nivel intelectual de las naciones y en el panteon de la historia los antiguos ideales, las obras del novelista contemporáneo han de corresponder al carácter, la índole y el sentido de su época si no quiere vivir en ellas y por ellas lo que vive la flor: un día.

No es esto ciertamente que entre la novela insípida que excluyo y la llamada *social* que algunos cultivan, opte por esta última. Distingamos para no confundirnos, pues la palabra *social* aquí empleada se presta á muchas interpretaciones.

Si por novela *social* se entiende la que trae á la crítica y la controversia verdaderos problemas ataviados con las galas del estilo y el ingenio, problemas cuya solución está en la conciencia pública ó en la de los doctos, y se escoje como instrumento la novela para hacerlos más fáciles á todas las inteligencias y estender, por lo tanto, la necesidad de resolverlos, claro es que quizá sea esta la novela que yo estimo preferible á las demás, aun á las de mero ingenio siquiera sean correctas é irreprochables. Esa novela, la que enseña, aconseja ó advierte, la que penetra en todas partes con los atractivos de su forma amena y consigue el recreo del ánimo á la par que la reflexión, y gana las conciencias, y suma voluntades del lado de lo útil y lo equitativo, y prepara lentamente por el pensamiento mudanzas y reformas que de la simpatía pasen á las costumbres y de las costumbres á la ley, tal novela, digo, es la mejor; y si no es otra la llamada *social*, partidario, y muy decidido, soy de ella.

Pero si por novela *social* se entiende—y muchos no le dan otro alcance ni otro sentido—la que nos presenta invariablemente el contraste de un ciudadano muy liberal, muy sábio, muy virtuoso

so, muy patriota, que en una húmeda y estrecha bohardilla se muerde los codos de hambre, tiritada de frío en verano y padece persecución de la justicia por sus ideas niveladoras y de fraternidad universal—tema tan explotado que más que lástima antipática invencible produce,—y de otra parte un pícaro marqués, reaccionario de siete suelas, que vive espléndidamente con las rentas que sus padres le dejaron ó él por sí adquiriera, que tiene constantes deliquios con las hermosas, gasta coche y viaja por el mundo cuándo y cómo le place, sin que á piedad se mueva su corazón de granito y reparta un día de buen humor entre los pobres del barrio las onzas que posee hasta quedarse sin un maravedí, con cuya conducta es indudable—para el autor de la novela—que ganaría la gloria de abajo y la de arriba, dando así principio la suspirada redención de los hombres libres; si por novela social quiere significarse este género tremebundo de los literatos patibularios y sombríos, desde luego soy enemigo de ella y la denuncio al sentido común como perturbadora de la peor especie, pues sobre querer que todo el que es rico dé su dinero al vecino, quita el sueño á los incautos y puebla de negras visiones el entendimiento de los hombres sencillos y de buena fé.

No, no es esta la novela de nuestros días, y á desterrarla pronto y de cuajo debe tender la crítica seria, entendida y meditada.

Enhorabuena que el escritor, tomando por medio de propaganda la novela, exponga sus ideas y combata bajo dicha forma las injusticias, no pocas por desgracia, que de hecho y de derecho existen. Tal es su misión en este siglo, cuyos ideales, aún no bien definidos, no son otros, á mi juicio, que la instrucción y la libertad. Pero debe hacerlo templadamente, sin odio de clases, sin furiosos sociales ó políticos, sin esa inquina sistemática que antes quita la razón que la dá. Cierzo que solo un Cervantes pudo matar con su risa los libros de caballería, como un Voltaire quebrantó con su ridículo el fanatismo. Es indudable, y que á lo que se proponen hoy inundar de luz y armonía la vida mediante el instrumento de la novela filosófico-social ó social-filosófica no ha de exigírseles lo que no tienen; mas como no es ménos indudable que *gutta cavat lapidem, non vi sed sepe cadendo*, trabajen, trabajen sin cesar ofendiendo lo ménos posible, pongan en su paleta colores suaves, den á sus cuadros tonos de luz, no de sombra cuya pavora ahuyenta, insinúen con arte, pinten bien los caracteres y las situaciones, y sin necesidad de que recurran á los medios que censura conseguirán paulatinamente, que de un salto es quimérico, el fin loable que persiguen.

Tal es el concepto que tengo de la novela contemporánea. No debe ser vana ni terrorífica, antes bien, plácida, instructiva y deleitosa, cual Horacio —y perdónese me que eche mano de apoyo tan gastado—la define. Revuelto anda nuestro siglo y como que no acaba de fijar sus ideales, por lo que la novela ha de resentirse del mismo mal. Está fuera de toda discusión. Hay, sin embargo, tantos elementos para la buena novela, que con solo querer y dirigir acertadamente su pensamiento, pueden los escritores que cultivan este género de la literatura elevarse hasta la alta cúspide en que se confunden, rodeados de una esplendente auréola de luz, con los grandes reveladores de la humanidad: los poetas.

Ahora bien; la novela del Sr. Díaz Pérez reviste principalmente el carácter instructivo que prefiero. Es un viaje ameno que se hace sin sentir llevado de la mano del autor, cuyos varios conocimientos campear en este libro, el mejor, á mi entender, de cuantos ha compuesto en su vida laboriosa de escritor.

Baños de Baños no se parece en nada á la tan conocida novela francesa *Baden-Baden*: en ésta se exhiben cuadros de libertinaje, escenas de juego, suicidios de gomosos arruinados y mujeres que dan su belleza al que más prodigamente la paga; en *Baños de Baños*, cuyo contraste con *Baden-Baden* ha sido, tal vez, uno de los propósitos del señor Díaz Pérez, demuéstrase que la vida de los placeres honestos no está reñida con la más escrupulosa moral, y que puede darse al espíritu todo linaje de esparcimientos y á la materia toda suerte de regalos sin que la joven pierda su virtud, el acaudalado sus rentas, ni el *touriste* su honor y con el honor la vida.

Hay en las páginas de que consta esta novela, más útil y recreativa que las que hoy al por menor se estilan, caracteres ejemplares y bien pintados como el de Dolores y el de Rafael. Tiene, sobre todo, *Baños de Baños* una finalidad—como se dice en filosofía—que hace justicia al buen deseo de su autor, es á saber; probar la influencia que la mujer, cuando á sus prendas morales reúne la de una regular instrucción, ejerce incontestablemente sobre el hombre.

No estoy de acuerdo con algunas apreciaciones artísticas y políticas que en *Baños de Baños* apunta, con la resolución propia de su genialidad, el señor Díaz Pérez, de cuyas ideas me separa una cuasi abismo: de *reacción*, según él; de *orden*, según yo. Pero como lo cortés no quita nada á lo valiente, concluyo aquí felicitándole por el desempeño de su obra, que sin pretensiones de clásica es, sin embargo, útil y agradable.

FRANCISCO CAÑAMAQUE.

LA ESCLAVITUD DE LOS NEGROS.

Hasta aquí el escrito *ordenado* por Pedro Fernandez de Quirós, según él mismo afirma; pero fué el mismo Fernandez de Quirós autor de los conceptos, redactor de las frases y propietario del estilo brillante y florido del escrito que dice haber *ordenado*?

What's the question, diría un inglés: de la cual cuestión voy á tratar, con el propósito de ofrecer un servicio á la historia de la literatura patria si lo consigo, y acaso aún sin lograrlo; pues cuando se abre el camino á las investigaciones sobre la paternidad de una obra del ingenio, por ejemplo, si se avanza algo en el escabroso sendero que guía al fin apetecido, siempre se tiene por loable el trabajo y buena la intención, siquiera la gloria en toda su plenitud solo se alcance con la posesión de la indudable partida de bautismo, clara, limpia y arreglada á los formularios corrientes.

Mas antes de discutir parece preciso, como obligado preliminar, decir algunas palabras acerca del *ordenador* de un escrito tan importante y que sin desdoro puede figurar entre los no despreciables de la época que aún llamamos siglo de oro de nuestra literatura; y conocido el sujeto analizarle con justa y severa crítica, para depurar la verdad y concederle ó negarle lo que en razón le toque.

Pedro Fernandez de Quirós, según he dicho en otra parte, (1) nació en Évora (Portugal), hácia el año de 1565, y fué criado en la *Rua-nova* de Lisboa, punto de reunión de aventureros y tratantes de mala ley, de quienes se separó para ejercer el cargo de escribano ó escribiente en buques de mercaderes, en cuyo desempeño adquirió los conocimientos náuticos que le elevaron al rango de piloto mayor de nave.

Ignórase cuándo empezó Quirós á navegar, aunque bien se sabe, que si había empezado ya los viajes en su juventud, sufrieron estos una interrupción en 1588 ó 1589, en que contrajo matrimonio con doña Ana Chacon, natural de Madrid, hija del licenciado Juan Quevedo de Miranda y de doña Ana Chacon de Miranda, la que al verificarse las bodas contaba unos 25 años de edad. De aquella unión hubieron á don Francisco de Quirós, el año de 1590, y á doña Jerónima de Alvarado en el de 1597, según se infiere de las informaciones presentadas el 24 de Marzo de 1615 ante la Casa de la Contratación de Sevilla, con motivo del último viaje de Quirós á las Indias; en cuya fecha contaban 25 y 18 años respectivamente sus hijos, 40 su esposa, y él «así como unos 50» de edad (2).

Poco despues de tener sucesión Quirós, se encontraba ya en el Perú, á donde acaso le acompañaría su familia, y así se deduce, de la fecha del nacimiento de su hija doña Jerónima, que contando diez y ocho años en 1615 hubo de nacer en la fecha ya citada de 1597 en que el escribano-marino iba por la mar de regreso de Filipinas; aunque el afirmar las informaciones que ambos hijos eran naturales de Madrid, hacen dudar sobre la exacta edad de la doña Jerónima ó sobre el preciso lugar de su nacimiento.

Pero si esto no está aun bien averiguado, consta indudablemente que Quirós, admitido por el adelantado Alvaro de Mendaña, descubridor de las islas de Salomon, para que, con el cargo de piloto mayor de su armada le acompañase á aquellas islas en el segundo viaje proyectado, cooperó eficazmente para que la tal armada, compuesta de cuatro buques, se alistase con la brevedad y precisión que acostumbraba en todas las empresas importantes el virey del Perú D. García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y conquistador de Chile.

Con tan poderosos auxilios pronto se aprestaron las naves, que, dejando el puerto del Callao de Lima á 9 de Abril de 1595, para proveerse en los inmediatos pueblos costeros de los bastimentos que necesitaban, se hicieron lugo á la mar en busca de las ignotas tierras de la region del Austro. Las primeras que los expedicionarios avistaron en los últimos días del mes de Julio fueron las islas del archipiélago de *Nouka-Hiva*, nombradas por Mendaña las *Marquesas de Mendoza*, en memoria de D. García Hurtado, y en Setiembre la de *Santa Cruz* situada á los 11° latitud meridional y al noroeste de las *Nuevas Hebridas*; en donde, las disidencias entre los navegantes y la insubordinación de los soldados, obligaron al Adelantado á hacer severas justicias, y las enfermedades endémicas, á que el mismo Mendaña y sus principales caudillos pagaron tributo, fueron causa de que los más díscolos, amedrentados y temerosos de ser víctimas del despiadado azote, se impusieron á la débil autoridad de doña Isabel Barreto, viuda del Adelantado, constituida en gobernadora, y la obligasen á dejar aquella inhospitalaria tierra y á trasladarse á las islas Filipinas.

Así lo verificaron en la nave capitana *San Jerónimo*, gobernada por el piloto mayor Fernandez de Quirós, quien la dirigió, tras larga y penosísi-

(1) En el Prólogo (pág. XLIX) del primer tomo de la *Historia del descubrimiento de las regiones AUSTRIALES*, hecho por el general Pedro Fernandez de Quirós, etc. y 1.º de la BIBLIOTECA HISPANO-ULTRAMARINA. Madrid 1876.

(2) *Informaciones presentadas por el capitán Pedro Fernandez de Quirós, para pasar á las Indias, con su mujer é hijos, y criados que se expresan, con el virey del Perú príncipe de Esquilache.*—(Archivo de Indias.)

ma navegacion, en la que todos tuvieron que sentir las consecuencias de los poco distinguidos modales de la doña Isabel, al puerto de Cavite, á donde llegaron los maltrechos expedicionarios el 11 de Febrero de 1596. Fueron en Manila recibidos con todas las consideraciones que su desgraciada situación reclamaba; á poco casó allí la viuda con don Fernando de Castro, primo del ex-gobernador Las-Mariñas, y si no pariente, compatriota al ménos del difunto Adelantado; y Quirós entregó bastante extensa, aunque no muy literaria, relación del suceso á don Antonio de Morga, gobernador del archipiélago, y por los buenos oficios de este excelente gobernante y no mediano escritor, se carenó y aprestóse brevemente la nao *San Jerónimo* para hacer viaje con los recién casados y con aquellos expedicionarios que no prefirieron quedarse en Manila. Empezaronlo con rumbo á Acapulco, puerto de la costa occidental de la Nueva España, y en él surgió la nave á 11 de Diciembre de 1597; despidióse allí Quirós de doña Isabel Barreto, de la que no llevaba ciertamente muy agradables recuerdos; se fué al Perú con el propósito de proponer y realizar por su cuenta otras expediciones marítimas, y no hallando en el virey don Luis de Velasco tanto apoyo cuanto se prometía, por corresponder á la autoridad real la resolución de sus solicitudes, dirigióse á España en 17 de Abril de 1598. Desembarcó en Sanlúcar de Barrameda, á 25 de Febrero de 1600, y al enterarse de que aquel año era de Jubileo Santo, sin detenerse continuó su viaje á Roma; presentóse allí y expuso su demanda al embajador español, duque de Sesá, quien le proporcionó entrevistas y el apoyo escrito del Papa Clemente VIII, y con tan valiosa credencial, fácilmente obtuvo del piísimo rey Don Felipe III, en Marzo y Mayo de 1603, cédulas eficacísimas, que representaban tanto como los necesarios medios para llevar á cabo la pretendida empresa.

Temeroso aún de que se le malograra en cierne, ó de que se arrepintiesen en la corte de haberle concedido tanto, apresuróse á cumplimentar la voluntad régia; dirigióse á Cádiz, donde se embarcó en la flota que llevaba á la Nueva España á su virey el marqués de Montes Claros, y vencidas las penalidades de un naufragio y otras muchas por la falta de recursos, llegó á Lima en Marzo de 1605, entendiéndose con el virey, conde de Monterey, quien sin perder tiempo le aprestó tres navíos abastecidos para un año, y facilitó la suma y reunión de los expedicionarios que al mando del capitán portugués salieron del puerto del Callao á 21 de Diciembre del mismo 1605 en demanda de la poco explorada isla de Santa Cruz.

No pudo ó no supo Quirós, por más que lo intentó, tocar en aquella isla, ni en las de Salomon; y á los cinco meses de una navegacion tan contrariada por el inquieto elemento y la ignorancia de los rumbos que debían seguir, cuanto alterada por los expedicionarios ménos sufridos y más perturbadores, á los que no supo tampoco imponerse, mandó anclar en una isla, no conocida hasta entonces, que nombró la tierra del Espíritu Santo, en la que, en realidad nada de provecho hizo para colonizar; contentándose con disponer una fiesta religiosa para cumplir con el Pontífice y unos actos de posesión en nombre de España, verificados con tan extraño y ruidoso aparato, que si momentáneamente llamaron la atención de los indígenas, que recelosos evitaban entenderse con los invasores, satisfecha su curiosidad huyeron, temiendo y no sin fundamento los males que adivinaban y no podían ménos de originarse, de la torpe política usada por los expedicionarios. Las demasías de estos dieron pronto á comprender que no era tan escasa la razón de aquellos polinesios, y que al cabo resultaría estéril todo cuanto se intentase para realizar los ideales de Quirós. Empero éste, haciendo un supremo esfuerzo para llevar á sus gentes al reconocimiento de los territorios vecinos del descubierta, y para que por completo no se malograran sus propósitos, los animó á que le siguiesen; saliendo al efecto del puerto y bahía que denominó de San Felipe y Santiago á 8 de Junio de 1606. Pero como ni la pericia ni la buena fé abundaban en todos los expedicionarios, al dispersarse á poco las naves por un furioso temporal, que arrastró á la almiranta lejos de la capitana, perdiéndose Quirós por pérdida, y temiendo que á esta le sucediese otro tanto, en cuyo caso quedarían del todo inútiles los esfuerzos y desembolsos hechos, y el rey sin noticias del descubrimiento, dispuso que el rumbo de su nave se dirigiese á la Nueva España, á donde despues de tres mortales meses de penosa navegacion por mares desconocidos y peligrosos, llegó y fué entregada el primer día de Enero de 1607 á los oficiales reales del ya nombrado puerto de Acapulco.

Admitida ha sido comunmente por las sociedades de todos los tiempos la máxima poco moral, que acepta por buenos los medios de cualquiera índole si un fin satisfactorio los justifica, y como el de la expedición de Quirós se tuviera generalmente por desgraciado, fueron numerosísimas las acusaciones que se le dirijieron desde que desembarcó y durante los seis largos meses que permaneció en México. Llegaron á tanto la indiferencia, los desprecios y el desden usados con el marino, así por autoridades como por los particulares, y á tanto el abandono, de todos que hasta le negaron los recursos necesarios para regresar á España, cuyo viaje no hubiese podido hacer sin la protección de un buen amigo que le proporcionó pasaje hasta Sanlúcar, donde vendió la cama de á bordo

para trasladarse á Sevilla; y en esta capital el poco equipaje que le quedaba dióle á trueque de medios para llegar á la corte, restablecida ya en Madrid, en la que entró sin blanca el 9 de Octubre de aquel año de 1607.

En un escrito, que da tambien por suyo el capitán Pedro Fernandez de Quirós, y que fué uno de los últimos dirigidos con su firma al rey Felipe III, refiere de esta suerte su llegada y permanencia en Madrid:

«De cómo llegué á esta corte y fui recibido en ella, parte dicen mis escritos; y de cómo lo pasé, mostraré parte, por ser imposible todo. Es, pues, verdad, que dos maravedís con que llegué á la puerta de Toledo los di á un pobre, y entré en Madrid con ánimo determinado de sustentar esta gran causa, mi pequeña persona y otras tres; y tambien lo es, que para luego suplir necesidades quise vender un vestido, que desde aquí me habia servido todo el viaje, y porque me daban por él cuatro reales lo apliqué para otra no menor necesidad.

Luego visité personas, y justificándome á una, me dijo con gran desden: «¿Para qué le quiere el rey? y que me habia de ser contrario.» Fui á otra, que me dijo: «¿Para qué queremos tierras?» Y otra, muy airada dijo: «¡Váyase de ahí!» dos veces, y se fué huyendo de mí, y yo de él, diciendo; que si aquel famoso capitán Alcibiades encareció con juramento, haber sentido más una palabra de menosprecio que se le dijo en el rostro, que verse herido en las batallas, confiscada su hacienda y desterrado de su patria, que estos, con otros desprecios y un poco más, lo dejó á Dios, que sabe no siento menos que Alcibiades, ni soy menos fiel á mi patria, ni le procuro menores bienes.

Mas no por éstos, ni por los otros desprecios, dejé señor de aprestarme para dar principio á mi pleito, ó por mejor decir, para defender la causa de V. M.; y para esto, en once dias no tuve maravedís para comprar tinta y papel; valíme de ciertas hojas sobradas en un antiguo cuaderno, y cortadas las cosas, y lo enmendado lo suplí con remiendos de otro pegado encima, y de este modo ordené el primero memorial que para poder imprimirlo, por ser muchos los ministros que quise satisfacer, vendí una capa agena; para el segundo dos sábanas mías, y al tercero empuñé la bandera de V. M.

Fui remitido al Consejo de Indias, y la respuesta que me dió fué decirme, que se habia acordado me fuese luego al Pirú; y preguntando á qué, me fué dicho que allá se enviaria órden de lo que habia de hacer. Yo dije que no me iria sin despachos tales, cuales á la causa y á mí nos convenia. A esto se dijo:—¡Tá! hombre, que te pierdes. Pregunté por qué, y me dijeron:—Mira que soy tu amigo. Yo dije: mi verdad no teme nada, y mis émulos no pueden quitarme lo hecho. En suma, señor, concertamos á cierto plazo la resolucíon que pedí, y se me dijo:—Ya el Consejo no tiene que hacer en este caso. Yo dije: ¿qué es lo que habia de hacer? Y se me dijo: ¿Qué se yo? Pregunté más, y me dijeron acudiese á V. M. que estaba en Lerma. Yo, en la pobreza de Job y en la necesidad de su paciencia, por verme sin más ni más en blanco, puesto en la calle, royendo en una sentencia final y mortal, dada contra todos mis trabajos y deseos, más no sin apelacion á Dios y á V. M., ni sin recurso mi justicia, ni yo sin ánimo de pedirle, y de seguirla hasta del todo alcanzarla ó morir en su demanda, ni menos sin saber considerar que, ó por la obligacion á Dios, ó por adquirir reinos, riquezas y fama, que son cosas que ninguno las desechó, ó por siquiera asegurar lo poseido, la empresa se habia de conseguir; en esta esperanza quedé, cual sabe Dios. ¡Cuántas son las noches que me acosté sin pan y sin luz, y cuántas me levanté á escribir á oscuras! y sucedia, ser lo escrito sobre otro, y por la mañana no entender á los dos; ¡y cuántas, las tres, cuatro y más veces, encendí lumbre, por no perder los conceptos que el cuidado me ofrecia, y cuántas puse los cabitos de las velas que guardaba, unos sobre otros, y acabados me valía de torcidas que duraban en cuanto duraba la grasa, y en habiendo espirado, esperaba, deseando que amaneciese, para proseguir escritos acomodados á como hallaba el tiempo! De esta manera pasé inviernos enteros, oyendo las doce y la una, y madrugando á las dos y tres. La ropa era poca, y mucho el frío, que sienten más los indios; con que, si no podia sufrir á lo menos podia escribir. Esto es verdad, y que muchos meses nos sustentamos dos personas (porque de las otras dos, la una se huyó de la hambre, la otra se murió de pena), con un real prestado, valiendo un pan veinte y ocho maravedís, que se distribuía de modo que hubiese para comer y cenar; á mediodía las sopas de la pobre olla, y á la noche la poca carne ó berengenas en fiambe, y muchas veces, por haber añadido otras dos, cenábamos todos cuatro con uno, dos ó tres cuartos, y corría la posada por cinco reales por dia sin de ella poder mudarme.

JUSTO ZARAGOZA.

(Continuará.)

RETUERTA.

(CONCLUSION.)

XI

Lo aborrecí todo, y cuando todo lo aborrecí fué cabalmente cuando sintí la necesidad del amor. Pero su racionalismo no le permitía creer en nada que no fuera puramente material. Se parecia al arcángel condenado que siente la necesidad de la gloria y no cree en ella, porque para creer en ella se vería obligado á creer en el misterio, en Dios.

XII

Un accidente casual vino á dar algun tiempo de reposo, de consuelo y aun de felicidad á Retuerta.

Un dia se presentó en casa de don Sebastian un arriero de Asturias con dos cosas.

Una carta y una hermosísima jóven de diez y ocho años.

La carta era de un papel ordinario, y se habia ajado en la grasienta carterita del arriero.

La jóven venia muy pobremente vestida, y además de

luto, representado por un pañuelo negro en la cabeza: se le habia pegado el sol, y traia empolvados los cabellos.

El cura tomó la carta y la dió algunas vueltas en la mano, como con miedo, antes de abrirla, y miró con un recelo instintivo á la jóven, que, ruborosa y confusa, tenia la mirada inclinada al suelo.

Carolina se habia quedado huérfana de padre y madre y sin hermanos: su padre habia sido el hermano menor de don Sebastian.

Habia tenido fuerzas para escribir su carta-testamento.

«Sebastian, le decia: tú eres el más rico de los hermanos, por que no tienes más atenciones que las tuyas propias: todos los otros están cargados de familia y pereciendo: yo te encomiendo á mi hija: nada la dejo, porque cuando me han visto postrado los acreedores, se han echado sobre las vacas: no tiene á nadie más que á tí en el mundo: tú eres un sacerdote; tú sabes cuán meritoria es á los ojos de Dios la caridad: yo te miro desde la otra vida: yo voy con mi hija, y cuando ella te vea, estará junto á tí: la quiero tanto, que yo creo que, mediante Dios, mi espíritu estará siempre á su lado.»

Sintió el cura un estremecimiento extraño, y miró á Carolina como si hubiera pretendido ver á su lado la sombra de su hermano Miguel.

La chica permanecía con los ojos bajos. ¡Qué dichosos son los que mueren en el sueño de la fé! —dijo para sí el cura.

Y á pesar de este pensamiento tan repugnante en él, se le llenaron los ojos de lágrimas, tal vez de dolor porque él no tenia fé alguna que le consolase.

Prosiguió la lectura.

«Carolina es muy buena, muy dulce, muy honrada, muy agradecida y muy temerosa de Dios: es fuerte, trabajadora y casera: te podrá servir de mucho si la guardas contigo. Sé su padre y recibe todo el amor y toda la gratitud de tu hermano,—Miguel.»

—¿Y qué hemos de hacer?—dijo el cura á su sobrina:—quédate.

Y añadió para sí: —¿Qué hago yo con una boca más? Es necesario alijerarse de la tía Martina.

Pero el cura no encontraba medio de despedirla.

La misma tía Martina se lo procuró apenas supo que Carolina se quedaba en la casa.

—Pues,—dijo,—ya tenemos un cargo encima, y yo no respondo: todas estas que parecen que no han roto un plato, vienen de la tierra picardeadas, y son cerriles y súcias: lo mejor será ponerla á servir.

—No,—dijo el cura agarrándose á la buena ocasion que le presentaba la vieja,—usted está loca, y además de esto, perdida de aguardiente, y ha tomado usted entre ojos á mi sobrina: tome usted los treinta reales del mes, aunque estamos á veinte; eargue usted con su petate, y váyase usted.

—A los veinte años, cuando ha dejado aquí una su flor! —exclamó la Martina, que hubiera rechinado los dientes si los hubiera tenido, y echando una mirada emponzoñada sobre Carolina: —pues bueno, sí, me voy; pero ya me lo contará usted.

Y se fué sin que el cura pronunciase la más ligera palabra para detenerla.

XIII

Cuando Retuerta fué á almorzar (habia salido temprano) se encontró con su prima Carolina, que, como asombrada de él, le miraba con sus grandes y rasgados ojos azules, en que el antiguo crítico vió todo un poema, todo un universo, una manifestacion de las más completas de la madre naturaleza.

Sintió que un espíritu de vida que fluía de los ojos de Carolina, se infiltraba en su sér.

En una palabra, lisa y llanamente, aunque en metáfora, *tragó la píldora*; porque tambien hay metáforas vulgares, como por ejemplo, además de la anterior: decir *¡al pelo!* (que hoy está muy en moda) no es *metaforear el perfectamente ó el comm' il fault*, si nos *engalicamos*, en lo cual seguiríamos otra moda? Quede entendido que Retuerta, tragando la píldora fluida que le propinaron los candelosos ojos *eváicos* de Carolina (primitivos como los de Eva; que Eva es eterna y vive en sus hijas, que aún no se han picardeado) cojió una intoxicacion de amor que debia producir resultados rápidos.

Además de esto, habia tal fuerza de vida en la tez trasparente, suave y pura de Carolina... tal lujo de modelaciones mórbidas... tal dulzura ideal en la graciosa curvatura de sus formas... tal riqueza de cabellos dorados, rizados, sedosos... tales desarrollos engendradores de una voluptuosidad avasalladora... tal sencilla majestad en la gallardía natural de su apostura, y un tal desamparo de trapos almidonados, que sólo sirven para ocultar las bellezas que un vestidillo de percal sobre una camisa y no más, revelan de una manera más tentadora aún... y el sobresalto de un alma inteligente al verse ante lo desconocido... necesario es confesar que habia en Carolina un exceso de razones físicas y morales, bastante para que el misantrópico Retuerta se sintiese perturbado en el cuerpo y en el alma, y modificado y colocado de improviso en una situacion nueva para él, á pesar de todas las conclusiones de la *metafísica materialista*.

El primer efecto de la píldora, fué llenarle los pulmones de un aliento fácil que respiró con delicia, como quien ahrumado de un peso enorme se siente libre de él: la píldora, además, le habia metido en la sangre más oxígeno del que necesitaba para curarse de la anemia que le tenia postrado y que le causaba una pesadez y un cansancio penosos: la píldora dió tambien á su alma un oxígeno virtual, una inyeccion de fe en algo que él no se explicaba: se le animaron los ojos, vagó en sus lábios una sonrisa de beatitud, de delicia del alma, y tomó la fácil apariencia de bienestar del pájaro que, entelerido por una larga noche de otoño en su nido que ya el follage no protege, se ha refrigerado con el dulce y tibio calor del sol de la mañana.

Y el hombre es esto: impresiones y no más que impresiones.

XIV

Ella se habia sobrecogido; pero con un sobrecogimiento

de fruicion del alma, con una misteriosa alegría: habia compartido la píldora: una segunda mirada más fácil, más amplia, más poética; una especie de toma de posesion inconsciente del sér de Retuerta, fué la segunda píldora que éste se tragó y que acabó de transformarle: el *fiat* supremo habia sido pronunciado: Carolina y Retuerta se complementaban: constituían, en fin, un dichoso sér humano: en estilo vulgar, se habian enamorado el uno del otro hasta las entrañas, antes de tener tiempo para conocer que se habian enamorado.

XV

El mismo cura se sintió como reanimado: la influencia de aquel puro rayo de sol de primavera influyó en él; pero como influye en los viejos; sintió por un momento su juventud perdida, como en aquel instante en que aspiró el encanto de la única mujer á quien habia amado, por la que vivía muriendo en una agonía lenta.

En fin, Carolina hizo en la casa una revolucíon.

XVI

No habia llevado la pobrecilla más equipaje que su juventud, su candor y su hermosura, con el dolor de su orfandad y el ánsia de encontrar en su tío Sebastian un padre que sustituyese á aquel por quien tenia aún los ojos escaldados del amargo y desesperado llanto del primer dolor: la imagen del anciano, inmóvil, pálido, frío, con los ojos vidriosos, fijos aún, al parecer, en ella, no se habia apartado de su memoria, ni el momento en que la tierra sagrada, pero ne-gruzca, fétida y húmeda, le habia ocultado para siempre á sus ojos: la impresion que la causó Retuerta habia sido su primer consuelo: ella no se explicaba que habia encontrado más de lo que buscaba, porque habia encontrado su familia: pero sentia el contento inefable de su hallazgo.

¡Ah! ¡la fatalidad horrible! ¡si se la pudiera sujetar á un proceso y decapitarla, exterminarla!

El hombre está siempre en el resbaladero de la blasfemia.

XVII

Retuerta estaba riquillo, y se comprenderá cuando digamos que habia logrado juntar diez mil reales.

Nunca habia sido generoso, pero las cataratas del despilfarro se abrieron en él cuando Carolina le soltó la tercera píldora, que fué una sonrisa creadora y tan creadora, que hizo un espíritu nuevo en el cuerpo de Retuerta: tal habia sido de espontánea, de expresiva, de llena de alma, de *quid divinum*, de esencia infinita, nupcial y pura, purísima é inocente, lo que condensaba su fuerza de una manera incalculable.

Retuerta se desmayó moralmente, cerró los ojos al paso de aquella corriente que le arrastraba consigo, y cuando volvió á abrirlos, miró lánguidamente á su prima, y la dijo:

—Pero tu no habrás almorzado!

Esta incúca salida materialista tenia en el fondo un espíritu de más alcance que el que á primera vista parece.

Retuerta necesitaba regalar á su prima, cuidar de ella, y sobre todo, estar á solas con ella, hartarse de mirarla, de comérsela con los ojos.

El cura no hizo observacion alguna: galvanizado un solo instante por Carolina, habia vuelto á caer en su abatimiento: estaba replegado en un sillón de Vitoria forrado de viejas pieles de cordero, rebujado en una capa raída, calada una gorra de pieles, y puestos los piés calzados con zapatos de paño sobre un exíguo brasero en que apenas habia fuego.

—Si tío Sebastian quiere...—dijo ella.

—Si, sí, id,—dijo distraído el cura:—pero no tardeis; quiero comer á mi hora.

Retuerta, aunque á despecho suyo, se creyó obligado á decir:

—¿Por qué no viene usted, tío?

—No, no,—dijo don Sebastian:—ya sabes que hace mucho tiempo que no me muevo de aquí, sino para ir á la cama. Id con Dios; pero no tardeis.

Retuerta subió en dos saltos á su desvan, sacó de un rincón de un cajón de su cómoda de pino pintado, algunos duros, á los cuales añadió dos ó tres añadiduras, porque le parecia todo poco: luego en otros dos saltos bajo; salió con Carolina.

XVIII

Eran las nueve de la mañana: hacia frío, estaba encapotado, la luz era gris, lloviznaba; al entrar en la plazuela de la Cebada pasaron junto al oratorio de Nuestra Señora de Gracia.

En aquel momento, la pequeña campana sonó tocando á misa.

Retuerta no reparó en ello.

Pero Carolina sí, y le dijo:

—Mira: tocan á misa, y lo primero es Dios.

Sintió una crispadura Retuerta.

—Y cuando se acaba de llegar de un camino muy largo, y no ha sucedido ninguna desgracia...—continuó la jóven.

Y se dirigió al oratorio.

Retuerta la siguió como arrastrado.

Ella le dió agua bendita.

Retuerta sintió como hielo en la frente cuando la tocó con el dedo mojado en el agua lustral del cristianismo, como él decia.

Así pensaba.

Para él, entre el simbolismo cristiano y el mitológico, habia una relacion inmediata.

Se resignó y siguió á Carolina hasta el presbiterio.

Ella se arrodilló.

El se sentó á poca distancia, en la extremidad de un banco.

Pero cuando llegó la hora de la consagracion, de la elevacion de la hostia, se vió obligado á arrodillarse y se le vino este pensamiento.

—¡El misterio! ¡El medio de relacion entre la divinidad y la criatura! Verdaderamente, éste es un bello ensueño y de una belleza sublime: ¡y ella cree! ¡Dichosa ella!

Y le acometió una idea que le embrolló: *si la fé consuela y fortalece, la fé es ya una gran cosa.*

Salieron: Carolina estaba seria.

—¿Te has disgustado?—le preguntó Retuerta.
—Sí,—dijo ella,—tú no eres cristiano.
El misionero acababa de aparecer junto al ateo, y éste se estremecía; empezaba á sentirse cogido.

—Es necesario que te enmiendes,—le dijo Carolina:—bien dicen que Madrid está perdido.

A trueque de que Carolina volviese á estar contenta, Retuerta la aseguró y aún la juró que él haría todo lo que ella quisiera.

Se metió con ella en una antigua pastelería inmediata. Allí se comieron muy á gusto una gallina asada, una ensalada de pimientos colorados y unos pastelillos.

Carolina apenas bebió. Pero Retuerta se chupó dos botellas, no únicamente para rociar el almuerzo, sino para sufrir el sermón que por su falta de religión le soltó Carolina, y con una tal teología intuitiva y una tal argumentación de sentimiento, que Retuerta hubo de exclamar.

—¡Como yo! ¡pero soñadora!
De allí se la llevó á una tienda de la calle de Toledo, donde había ropas de mujer, tanto exteriores como interiores.

La dueña de la casa se encargó graciosamente de Carolina y se la llevó adentro: á la media hora Carolina apareció de nuevo y de luto rigoroso.

Retuerta sintió una basca: como si una mano prepotente le hubiera apretado el corazón, y luego como si un soplo más prepotente aún se lo hubiera dilatado. Pagó sin repugnancia alguna treinta duros y algunos reales: verdad era que la dueña de la tienda había completado el equipo con alguna ropa blanca, había llamado al zapatero, y había provisto de pendientes y cruz para el cuello de azabache á Carolina: el manto era amplio: la niña aparecía elegantísima y más hermosa.

Cargó Retuerta con un lio bajo el brazo y con otro lio en el alma.

Al salir dijo á Carolina:
—¡Te adoro!
—¡Ah, no digas eso!—exclamó Carolina.

Y se puso encendida como una amapola y miró á Retuerta y vió su mirada, y se acabó: no se podía ir más allá: lo que faltaba se venía encima.

Llegaron al casuco.
—¡Diablo!—dijo Retuerta:—¡pues no me había acordado del tío! Entra tú, que yo vuelvo al instante.

Y dió el lio de la ropa á Carolina, y no decimos que el lio del alma, porque ella lo tenía ya.

XIX

Retuerta volvió á poco con un muchacho que traía una gallina asada, una botella y pastelillos.
—Vamos,—dijo el cura:—es decir, que festejamos la bien venida.

Y se atracó, se alegró: vió claramente que había un estímulo para Retuerta, que trabajaría con más empeño y se viviría mejor, sin que él tuviera que echar mano á su peculio.

XX

Aquella noche se acostó Retuerta verdaderamente ebrio: amaba por la primera vez: hasta entonces solo habían sido para él las mujeres un manjar como otro cualquiera: de tal modo, con un tal espasmo sintió en sí la incubación del amor, halló en él algo tan infinito, que exclamó:

—¡Ah! ¡yo no lo sabía! ¡esto es una revelación! ¡sí, sí! ¡hay Dios! ¡un Dios inmenso! ¡un Dios, razón, principio, sér y fin de todas las cosas! ¡el amor!

Y de aquí pasó por la lógica metafísica, y por el materialismo á la profesion de fe.

—¡Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo! ¡Ella, él, padre, relacion, espíritu, amor; hijo, el producto: el hijo padre, el padre hijo: espíritu, universo, vida, alma continuada por la generacion! ¡Oh, sí, sí; todas las religiones son positivas! ¡Dios es universal! ¡Dios es immanente en el hombre! ¡El espíritu de Dios se revela al espíritu humano! ¡Negarlo es estar ciego! ¡Bendita sea Carolina que me ha quitado la venda que no me dejaba ver la verdad!

De esto á la conversion no había nada; era la conversion misma.

Los resultados no se hicieron esperar. Carolina hizo sencillamente, por sentimiento, por amor, católico, apostólico romano á Retuerta: es más, le hizo devoto: Retuerta se escandalizaba de lo que había sido, y creía que no tenía bastante agua el Jordan de la penitencia para volver á su alma su nitidez, que había perdido.

Su prima para él era una santa. Y en verdad, Carolina no era más que una buena muchacha, muy hermosa, muy pura, muy enamorada y piadosa, con esa piedad ingénita que es peculiar á casi todas las mujeres: pero sin exajeracion.

Algunas veces se veía obligada á decirle:
—No tanta iglesia, primo, no tanta iglesia: no vayamos á irnos al otro lado y á hacer de la religion un vicio.

Pero se complacía en sus adentros, porque creía que el suyo (ella le consideraba ya como suyo), era un santo.

XXI

Retuerta se mataba á trabajar para ganar: se habían mudado á una casa más cómoda y más decente, y la comida era mejor: el cura se saciaba: parecía que este era el sólo placer posible para él, y que le apuraba.

Retuerta era feliz; pero necesitaba consumir su felicidad con la posesion de su alma: traer á su union absoluta con Carolina la sancion de los hombres y la consagracion de Dios.

Se había pedido la dispensa y llegó. Don Sebastian le casó sin levantarse de su sillón, del cual no podía moverse.

En el festin de bodas se excedió de tal manera, que cogió una indigestion, de la que fué imposible salvarlo.

Sus dos sobrinos le acompañaron al cementerio, y le dejaron en su último lecho de reposo.

XXII

Retuerta había pedido á la Bolsa una fortuna, y la Bolsa se la dió.

Aun no tenía su primer hijo cuatro años, y tres la niña, y ya era seis veces millonario.

No se engañaba nunca. Parecía que tenía el alza y la baja en el bolsillo.

La fortuna se había embriagado por él. Y cada día creía más en Dios.

Pero un día llamó la desventura á su puerta. La meningitis, la horrible meningitis acometió al niño y se lo llevó por todos sus pasos, por todos sus accidentes, por todas sus epilepsias, por la congestion, por el derrame, con todos sus tormentos incalculables en veintin días: continuamente habían estado al lado del pequeño enfermo los médicos más célebres: se aumentaron los tormentos de la víctima pretendiendo salvarla: Retuerta y Carolina hicieron á Dios, á la Virgen y á todos los santos, votos temerarios, promesas insensatas del dolor desesperado: esto lo comprenden los que aman á sus hijos y los ven muriendo bajo insoportables dolores, que la naturaleza, en sus fenómenos inevitables, causa en ellos.

Cuando Retuerta vió á su hijo muerto, exclamó:
—Esto ha sido un engaño del amor de mí mismo: aquí no hay ni justicia, ni Providencia.

Y sintiéndose anonadado añadió:
—¡Era un sueño! ¡No hay Dios!

Carolina dió un grito y cayó desmayada.

En el momento en que perdía su hijo, veía que su marido se volvía loco.

XXIII

Y al año, tras el niño se fué la niña. Y Retuerta repitió.

—¡No hay Dios!
Y tras el niño y la niña se fué Carolina.

Y Retuerta lanzó una carcajada, y se quedó tranquilo. Con una tranquilidad semejante á la del no sér.

—Un sueño que ha pasado,—dijo para sí:—la ley inmutable en su eterno trabajo de una transformacion continua. Composicion y descomposicion: hé aquí todo: dolor de mí sér, por lo que de mí sér ha sido amputado: la herida que no se cierra; el alma que se sale por la herida, como la savia del árbol al que se ha cortado un brazo: fenómenos puramente materiales: y un fluido corrosivo que se condensa en mí, que me destruye, que lanza á mis ojos lágrimas de fuego, y hace subir como fuego la sangre á mi cabeza: la ley de la destrucion: materia, materia y no más que materia.

XXIV

Y á medida que crecía en su ateísmo, en su materialismo, en su naturalismo Retuerta, crecía en él su amor á la vida. Se sentía en cierto modo como un cadáver animado, sensible: le parecía que se sobrevivía, y su triste sueño se poblaba de monstruos.

No comprendía que nadie viviese contento.

—¡Bestias inconscientes!—decía.

Y se escapaba á los lugares más solitarios por los que vagaba, y en los que todo, siquiera fuese el paisaje de una belleza encantadora, le parecía lúgubre.

XXV

Un día, en uno de estos paseos, sintió la campanilla del Viático.

El cura, con el sacristan que llevaba la luz, iba en un viajo carruaje de dos ruedas.

Un campesino, en cuyo rostro aparecía el dolor, con la cabeza descubierta, llevaba del morro la mula escuálida: otros cuatro campesinos, con hachas encendidas, acompañaban el Viático.

—¡Sueño, sueño y siempre sueño!—exclamó Retuerta.

Y se escondió tras un jaral para no descubrirse ni arrojarse cuando pasase el Viático.

Pasó, y Retuerta siguió su paseo, abismado en su anonadamiento, en aquel insoportable no ser que se había apoderado de su sér.

De improviso, al pasar junto á una cabaña, le volvieron á sí profundos sollozos, rumor de llanto que de ella salían.

Retuerta entró involuntariamente, como por acaso, como por una atraccion desconocida.

Vió en un lecho á un anciano.

La familia arrodillada en torno.

Junto al anciano moribundo un sacerdote que rezaba.

En el momento en que entró Retuerta, el anciano exclamó, con un acento á que daba fuerza la fe:

—¡Señor, Señor, perdonadme! ¡Ten misericordia de mí!

Retuerta salió de la cabaña como disparado, como vomitado por ella, y murmurando:

—¿Para qué quiere ese que le perdonen?

XXVI

Pocos días despues, un accidente cogió á Retuerta.

Con la lucidez de los moribundos, vió claramente que era llegado su fin, y exclamó con toda la ansiedad de su alma.

—¡Vida! ¡Vida! ¡Yo no quiero morir!

¿A quién rogaba Retuerta?

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

CRÓNICA.

Sé quien ha dicho que Noviembre es para los desgraciados el mes de los negros pensamientos; el mes de los intensos frios del alma; la hora en que los cuervos de la tristeza caen á bandadas sobre el corazón en busca de un resto de alegría que devorar. El tin... tan, solemne, acompasado, fúnebre de las campanas tocando á muerto le despiertan; la nieve suele ser frecuentemente su sepulcro.

La pintura podría retratarle copiando un cementerio entre sombras; la poesía necesita subir á las ramas de un sauce para escuchar sus quejas y bajar á los abismos de una sepultura para descubrir sus misterios; el alma vive un día del pasado, olvidada de sus agitaciones y de sus esperanzas, con el recuerdo de los muertos. Para la naturaleza el invierno y el frío, para las ilusiones el desengaño.

La fiesta de los muertos tiene algo de fantástica y de extraña. Un río de gente que va á los cementerios como á una romería, y vuelve triste como bajo la impresion de una gran desventura; los Campo Santos convertidos en exposicion de coronas, figuras de porcelana, cintas negras, frases de dolor, trajes de luto y lámparas y farolillos que llevan en su cristal pintada la muerte; la pobre cruz de madera negra en que el sol ha puesto su mirada de fuego, y el panteon magnífico donde han dejado el arte su cincel y su imborrable sello la soberbia: poesías elegiacas que causan más horror que la tumba; millares de luces que, cerrada la noche y vistas desde lejos, parecen una procesion de fuegos fátuos.

La noche de difuntos es la noche de los ensueños terribles, de las apariciones, de la poesía tétrica y nebulosa. Brujas y duendes nos obsequian en salones de arquitectura extraña y más extraño mueblaje, con un baile parecido al de *Roberto el Diabolo*. Soñamos con el infierno que Dante visitó llevado de la mano por Virgilio, y oímos chocar de huesos, gritos y carcajadas, ayes de eterna desesperacion. Vemos la muerte cerca de nuestro lecho, como Hamlet veía la sombra de su padre. Y al despertar no es raro que, queriendo refugiarnos en nuestro corazón asustados de tantas escenas terribles, encontremos en él, como Figaro, este letrero espantoso: *¡Aquí yace la esperanza!*

¿Os parece todo esto muy triste? Yo hubiera querido ofreceros mejor flores, risas y luz... pero no las encuentro. En los cementerios no nacen más que las flores amarillas de la muerte, y esas para adornar los tumbas hacen falta. ¡Esperemos!

La esperanza es una diosa pintada con humo en el aire.

**

Entre las figuras que la mente se ha complacido en borrar avara del libro inmenso de la democracia española, tenemos que contar hoy una muy ilustre: la del Sr. D. José María Orense. Honrado y generoso, consecuente hasta el martirio, franco hasta la temeridad, ilustrado y bueno, Orense era de aquellos hombres para quien el camino del ideal, estrecho y penosísimo siempre, no ofrece dificultad alguna. Ni las zarzas de la calumnia prendieron en él, ni los asaltos de la reaccion lograron intimidarle nunca. Se enamoró, siendo casi un niño, con amor fino y perdurable, de las virtudes de la democracia y ha muerto viejo, cubierta la cabeza de nieve, jóven y animoso el espíritu, sin tener que arrepentirse de una vacilacion ni que llorar una deslealtad. El respeto universal que mereció en vida, el luto que hoy lleva por él la democracia, son premio escaso á tantos merecimientos y á historia tan ejemplar y digna.

La de Orense es bien larga. Nació en Laredo el 14 de Octubre de 1803, y ni sus riquezas ni el pertenecer á la aristocracia fueron obstáculo para que abrazara, muy jóven todavía, con entusiasmo extraordinario, la causa del pueblo.

En 1823 la reaccion absolutista le obligó á emigrar. Su estancia en Londres fué un motivo para que estudiase la práctica del sistema parlamentario, y la organizacion y modo de ser de los partidos políticos en Inglaterra. Elegido diputado en 1844 por la provincia de Palencia, fué en aquella legislatura el único representante del país de ideas liberales, lo cual no impidió que hiciese una oposicion tan enérgica, constante y fructuosa al Gobierno, que le valió justa fama de parlamentario y polemista. Tomó parte en los acontecimientos de 1848; conspiró para el alzamiento de 1854; votó en las Constituyentes contra la monarquía, y desde entonces figuró entre los jefes del partido democrático. A otros este título les sirvió despues para desempeñar grandes posiciones políticas; á él sólo le valió persecuciones y destierros. La muerte le ha sorprendido en oscuro retiro. Pero como sucede con los hombres ilustres, la muerte no ha apagado las virtudes y los méritos de Orense; antes bien, ha venido á alumbrarlos con esplendor vivísimo. La elocuencia de Orense era genial, especialísima, ruda, vulgar, si se quiere, pero de grandes resultados políticos.

Hé aquí dos muestras de ella:

«No se necesita anunciar en los periódicos que va á haber elecciones. Cuando en un pueblo se ven aparecer los ingenieros, que se ponen á medir con una cadenilla, dicen todos los vecinos «eleccion tenemos.» Pero se verifican estas y aquella cadenilla se vuelve á recoger para cuando se celebren otras elecciones.»

«La libertad, en resumidas cuentas, es como los niños. Es muy agradable tener familia, y aunque todos los que la tienen saben que los muchachos son naturalmente revoltosos, no por eso reniegan de haberse casado y de haberlos tenido.»

**

El Círculo de la Union Mercantil ha querido que las relaciones entre la ciencia y el comercio fuesen tan estrechas y sinceras, como los pueblos tienen

derecho á esperar, y para lograrlo, ofrece todos los años una tribuna á los oradores más elocuentes de nuestro país. La fama que las conferencias celebradas en años anteriores alcanzaron, no caerá en el olvido. Este año, en el álbum de esas conferencias se ha escrito una primera página admirable. Esa página lleva la firma del Sr. Azcárate.

Cuando nos hablan del puritanismo político, recordamos á D. Gabriel Rodríguez; cuando nos hablan del hombre de escuela, enamorado de grandes ideales, ciego por ellos, grande hasta en sus extravíos, pero siempre noble, y constante, y enérgico, pensamos en el Sr. Azcárate. De él se ha dicho que está vaciado en el molde de los hombres de fé, de esos hombres que miran á la verdad sin telescopio para no descubrir en ella como en el sol mancha alguna, y es cierto.

Orador elocuente, no con la elocuencia que se aprende en la retórica y consiste en el refinamiento del estilo y en la grandeza de las imágenes, sino con la elocuencia irresistible que dan la fé y la convicción; talento superior cultivado con el constante estudio; sábio maestro; de carácter enérgico; de voluntad inquebrantable; de lógica severa que cuando replica machaquea, para el Sr. Azcárate no se ha hecho el idioma de los distingos y las mistificaciones, sino el lenguaje de la verdad, á la que rinde culto fervoroso.

Por eso en su conferencia combatía esa moralidad política que censura el desfalte y disculpa el escamoteo y la prestidigitación... de todos, por eso, censurando el periódico *La Europa*, pedía que se le rechazase, para que los franceses sepan que pueden mandarnos sus libros, sus inventos y sus titiriteros, pero no quien explote nuestras debilidades; por eso quierda la opinión pública que no prevaricase al dar sus juicios; por eso denunciaba la consecuencia que hay entre perseguir el juego y jugar á la lotería.

¡Lástima que estos males sean irremediables!
El Sr. Echegaray lo decía años hace en el Ateneo de Madrid:

«El Gobierno sorprende una casa de juego. Lleva á los jugadores á la cárcel. Blanquea el local. Y pone en la puerta de él este letrero:» «Administración de Loterías.»

**

Los fusionistas viven á prueba de desengaños, y la política á prueba de viajes de placer y comidas suculentas. Hasta ahora, un banquete servía para solemnizar un suceso feliz ó para anunciarle. Desde hoy, tanto como para esto podrá decirse, que un banquete sirve de sucursal del Parlamento, según vemos á los hombres políticos exponer sus programas de Gobierno, sus recuerdos, y sus esperanzas, en una sala, en cuya decoración se han cambiado los maceros por los pinches, la campanilla por un ramo, los pupitres por pepinillos, el *Diario de Sesiones* por el *Menú*, las tribunas por palcos, y los vasos de agua por copas de espumoso Champagne. Al discurso del marqués de la Vega de Armijo en Córdoba, ha respondido el del señor Balaguer en Barcelona, y ya se anuncia otro banquete en Sevilla para que el Sr. Romero Robledo, allí, á la vista de la Torre del Oro, rodeado de los húsares que lo soliciten, conteste á lo que han dicho del partido conservador-liberal sus adversarios, y prometa haber descubierto la inmortalidad del Gobierno actual. Si las redes telefónicas estuviesen establecidas en toda España, dos húsares distinguidos se encargarían de repetir el discurso, para que al mismo tiempo le conocieran en Barcelona y en Córdoba. ¿Le oirán en las dos ciudades de la misma manera? Creemos que no. Córdoba está más cerca de Sevilla que la capital de Cataluña.

El discurso del señor marqués de la Vega de Armijo, lleno de atenuación, es vacilante, incierto, no puede ser considerado como un acto político trascendente, porque nada hay en él que no sea resultado de ese sistema de unir lo inconciliable que ha valido privilegio de invención á los conservadores, y que pocas veces lleva á soluciones satisfactorias. El discurso del Sr. Balaguer, segunda edición aumentada del que este verano pronunció en Valencia, es una defensa enérgica del orden y del progreso, de la moralidad y de la justicia, de la instrucción y de la economía, que la libertad alcanzará siempre desde el poder para los pueblos y una condenación severa de esta política que reemplaza al antiguo despotismo de los reyes con el despotismo de los ministros. La unión del partido fusionista en la disciplina será un hecho; en las ideas las diferencias no pueden ser ni más notorias ni más profundas. En el porvenir de este partido se lee como en un libro abierto. O la armonía en las ideas se realiza pronto viniendo á confundirse todos los hombres que le forman en la fórmula «libertad sobre todo,» ó la división le romperá muy en breve. A la propaganda en las ideas responde siempre la confirmación en los hechos. Y conviene tener muy presente que al país, que le ha disgustado sobremanera el discurso del marqués de la Vega de Armijo, no le habría parecido mal que el Sr. Balaguer siguiera hablando.

Invitado á elegir entre estas dos fechas, 1869 y 1876, un periódico fusionista de gran importancia, contesta:

«Diremos á nuestros amigos, que representando nosotros la primera de las dos fechas, y no pudiendo la una figurar al lado de la otra, en lo demás no hay para qué decirlo.»

Víctor-Hugo ha dicho que en el Océano del progreso no existe el cabo *Non*.

En el Océano de irregularidades y contradicciones de la política conservadora, siempre se está frente al cabo de las Tormentas.

**

Un médico ilustre, el doctor Alonso y Rubio, catedrático de grandes merecimientos, autor de obras reputadas, un gran carácter y una laboriosidad incansable, ha presentado su dimisión de presidente de la facultad de Medicina de la real Cámara. La sociedad inecológica española le ha nombrado su presidente perpétuo, y pareciéndole esto poco para darle otra prueba más de lo mucho en que tiene su energía, le obsequió el domingo 31 de Octubre con una espléndida comida en el *restaurant* de los *Dos Cisnes*.

Asistieron á ella los hombres más notables de la medicina española; hubo animación extraordinaria; se pronunciaron á los postres muchos y muy intencionados y elocuentes brindis; y se habló de la cuestión de la facultad de medicina, de que tanto y con diversa intención se ha ocupado la prensa.

Examinando sin pasión de ninguna clase lo hasta ahora ocurrido, nóntanse dos cuestiones muy distintas, que solo incidentalmente se relacionan; una que afecta á las leyes vigentes en nuestro país, y otra que incumbe al carácter y modo de ser de la institución destinada á prestar el servicio facultativo á las personas reales.

La primera, planteada con toda claridad por *El Demócrata*, no la suscita el espíritu de nacionalidad, ni menos el amor propio, sino el abuso de la ley, que resulta de que un médico austriaco ejerza en nuestro país su profesión sin haber cumplido para ello las disposiciones vigentes. Esta es una ilegalidad y las ilegalidades no deben consentirse.

Pero no es esto sólo. La clase médica protesta contra la institución de la facultad de Medicina de la Real Cámara. Y la razón es sencilla. Esa institución, que en tiempos pasados respondía á un pensamiento perfecto, es científicamente defectuosa desde que se han abierto los grandes horizontes que á la ciencia de curar ofrecen hoy las especialidades. Los enciclopedistas han caído en desuso. El médico que antes pasaba por notable porque su talento abarcaba todos los extremos de la ciencia médica, es vencido, tratándose de una enfermedad de los ojos, en frente de un oculista mediano.

Los médicos piden que se disuelva la facultad de Medicina de la Real Cámara.
¡Que se disuelva!

**

Si no escribiese para LA AMÉRICA, obligado estaría, siendo justo, á inventariar en largo artículo las muchas bellezas que he encontrado, leyendo las *Tradiciones de Toledo*, del distinguido escritor don Eugenio de Olavarría y Huarte. Vosotros las habeis leído ya; habeis admirado en ellas, verdad en los cuadros, estilo correcto, interés dramático, riqueza de sentimiento, luz y color, y mis elogios ningún valor tendrían. Deciros que en el tomo *Tradiciones de Toledo* van incluidas algunas preciosas que vosotros no conoceis, es una noticia que os decidirá de fijo á comprarle.

Ni aún comprender en una gran síntesis todos los motivos de sus leyendas, á manera de fantasía, de recuerdos toledanos, nos permite el Sr. Olavarría y Huarte. Lo ha hecho él en el notable prólogo de su libro.

Leed algunos pasajes de este bello trabajo, y decidme si no hago bien en callar.

«Recostada como en blandos cojines, en siete cerros que ciñe el Tajo con amor, Toledo, la amada de los godos, la virgen sarracena, cuya pérdida lamentaron tantas veces los poetas musulmanes, la querida de Carlos V, en cuyos viejos muros dejaron los siglos uno tras otro el sello de su gloria, duerme hoy el sueño del pasado.

Nada turba este sueño. Las aguas se deslizan silenciosas por la florida vega; las flores del recuerdo cierran su cáliz sobre las sombras de los desmoronados castillejos; las sombras de los que fueron, yacen en calma dentro de sus tumbas.

Sembradas en las faldas de sus cerros largas hileras de casuchas de varios colores y diferentes épocas, se alargan indefinidamente, retorciendo su cuerpo de serpiente cual si quisieran escalarlos para ascender hasta su cumbre y mirarse desde allí en la tranquila superficie del río, y en medio de ellas como flores en un prado de ortigas se alzan severos monumentos, mudos gigantes de granito que parecen lamentar la muerte de las edades que los dejaron tras sí como muestra de su valer; torreones derruidos en cuyas grietas crece el musgo; templos suntuosos que guardan, escrita en piedra, la creación del siglo en que nacieron, y palacios que sonaban ayer con los himnos de la grandeza y hoy repiten el canto del buho que anida en sus almenas desportilladas.

Y cuando estas figuras aparecen irguiéndose sobre las ruinas y los escombros, la luna oculta su luz tras negras nubes, las nieblas se espesan más y más, y los pájaros de la noche dejan oír sus estridentes graznidos que forman una orquesta desahogada y horrible cuyos fatídicos ecos se estrellan con furor entre las peñas que domina el Tajo. El espacio parece lleno de fantasmas, el aire vuela cargado de suspiros como choque de ramas en el árbol movido por el huracán.»

Abierto el árbol de los elogios justos, no quiero cerrarle sin escribir en una de sus páginas otro libro y otro nombre. Este libro se titula *Cosas del Mundo*; el autor se llama Flores García.

Cosas del Mundo es una colección de ingeniosas narraciones, en las que desde luego se echan de ver notablemente mejoradas todas las condiciones que hasta ahora la crítica ha encontrado en el Sr. Flores García; estilo fácil y brillante en ocasiones, originalidad de pensamiento, y grandes aptitudes para cultivar con éxito la novela.

Para Flores García, como para Olavarría y Huarte, la crítica, más que muchos consejos, tiene una palabra. Esta, Adelante.

**

Si por la escena de nuestros teatros no pudieran pasar pidiendo aplausos, como Ofelia cogiendo flores, más obras que aquellas en que se discuten como en un Ateneo cuestiones trascendentísimas, ó se hace la propaganda de la Necrópolis, ó se arregla un enredo parecido á aquel de las novelas que á Jerónimo Paturot como modelo les mostraban, la comedia de D. José Marco, *¿Se puede?* no merecería el éxito con que el público la ha recibido.

Pero el arte no está encerrado en tan estrechos límites. Sus horizontes son más dilatados y hermosos. Al lado de la elegía nos enseña el epigrama, y junto al madrigal la epopeya. Su misión es deleitar. Si produce mayor efecto sonríe gozoso como quien encuentra una fortuna inesperada. Si de entretener agradablemente no pasa, descansa con la satisfacción del que sabe que ha cumplido bien con sus deberes.

Es la comedia como artístico y acabado cuadro donde vicios, preocupaciones, errores, defectos y modo de ser de una sociedad, aparecen con sus verdaderos colores retratados fielmente. No es raro, pues, que el público guste mucho de ella. Se mira en la comedia como la mujer en un espejo para enmendar los defectos del traje ó apesadumbrarse por la escasa belleza. Han seguido algunos autores, al cultivar este género, aquel sistema que consiste en ridiculizar el vicio para que al verle tal como es, el espectador, avergonzado de darle asilo, le destierre; creyeron más acertado otros enaltecer la virtud para hacerla amable; y abundan mucho los que, especulando con las debilidades humanas, las presentan exagerándolas, sin otro afán que alcanzar por todo aplauso una carcajada.

Estos hacen del teatro una exposición de caricaturas; los segundos una cátedra de moral; los primeros, siguiendo la senda que entre nosotros Moratin y Breton recorrieron con aplauso, una fotografía de la sociedad iluminada por el arte.

A figurar entre esta clase de fotógrafos se ha dedicado siempre el Sr. Marco. El argumento de su última obra es tan frágil, que el vienteccillo sutil de la crítica bastaría para romperle. ¿Pero cuánto ingenio no ha necesitado el Sr. Marco para que así y todo *¿Se puede?* sea una comedia bellísima?

Ha necesitado retratar los personajes de un modo que semeja mucho al de Breton; ha necesitado multiplicar las situaciones cómicas y que los chistes salten á cada momento del animado y primoroso diálogo; ha necesitado ser un autor dramático que conoce los secretos de la escena y el más escondido secreto de interesar al público.

Poresta vez la modestia ha triunfado. El Sr. Marco preguntó: *¿Se puede?* y el público, aplaudiendo responde todas las noches: «Sí, señor.»

**

En el teatro Real se ha estrenado, con mediano éxito, *El Guarani*, una ópera en que abundan los salvajes y las insurrecciones; pero todas las noches que hay función se sigue ensayando la ópera de gran ruido *El Escándalo*, en la que toman parte todos los espectadores, y desempeña el papel de protagonista el público que se sienta en el paraíso.

La manzana de este paraíso debe ser la de la discordia.

El arrendamiento ahoga al empresario, el empresario quiere, como es justo, desahogarse con el público, y de aquí todas las cuestiones y todas las protestas contra una compañía al igual de las mejores de Europa, y contra una empresa que se sacrifica por alcanzar aplauso.

Paso á la crítica y abajo las animosidades!
Si la que se llama cuestión del Real sigue, Cánovas va á tener envidia á Rovira.

**

Hemos visto cruzar por la escena española, tardando en ello cerca de una semana, prueba de que no andaba muy de prisa, aquel famoso Don Juan Tenorio, cuya visita en día de difuntos es obligada, y cuya fortuna consiste en ser á un mismo tiempo valeroso y valiente, terrible y compasivo, burlador y enamorado, crédulo y ateo.

A un estudiante le preguntaban examinándole de literatura española:

—¿Por qué es *Don Juan Tenorio* un drama religioso?

—Porque enseña que se deben robar monjas y matar comendadores para ir al cielo.

MIGUEL MOYA.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—Ces agences ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA

Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.^a

MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPANÍA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
Se expenden tambien billetes directos via de Cádiz, para
SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,
con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.
Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS De Bromuro de Alcanfor del Doctor CLIN

Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazon y de las Vías respiratorias y en los casos siguientes: Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vertigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.
Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantia en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C^a y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE DE HIERRO del Dr Rabuteau

Laureado del Instituto de Francia.
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginosos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidas, Pérdidas, Debilidad, Estenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.
ACOMPANA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantia la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C^a y la Medalla del PREMIO MONTYON.
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

NOTICE.

Advertisers and subscribers are requested to apply to our sole Agent in the United Kingdom Mr. P. Sañudo, 18 Anley Road, West Kensington Park W., of Whom may be had full particulars

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS

Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Giditen, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Pérdidas antiguas o recientes, la Gonorrea, la Bienorrea, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos genito-urinarios.
DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.
Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C^a y la Medalla del PREMIO MONTYON.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniese y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcool de Achicoria, para la boca.

VENDAJE ELECTRO MEDICAL

INVENCIÓN CON PRIVILEGIO DE 15 AÑOS, s. g. d. g.
de los Hermanos MARIE, Médicos-Inventores, para la cura radical de las **Hernias** mas ó menos caracterizadas.—Hasta el dia, los vendajes no han sido mas que simples aparatos para contener las hernias. Los Hermanos MARIE han resuelto el problema de contener y curar por medio del **VENDAJE ELECTRO-MEDICAL**, que contrae los nervios, los fortifica sin sacudidas ni dolores y asegura la cura radical en poco tiempo.—GAMNETTE: rue de l'Arbre-Sec, 46, PARIS.
Vendaje sencillo: 25 fr.—Indicar el costado.—Exigir la firma del inventor.

LOS ORADORES DE 1869

D. FRANCISCO CAÑAMAQUE

Esta obra, que contiene el juicio crítico de la mayor parte de nuestros oradores modernos, forma un tomo en 8.º mayor de más de 400 páginas, de papel superior é impresion clara y esmerada.
Precio en todas las librerías de la Península: *Cinco pesetas.*

FABRICA DE CAJAS DE TODAS CLASES

DE
RAFAEL COMPAÑ
6, Fuencarral, 6.

BANCO DE ESPAÑA.

Debiendo verificarse la corta de los cupones que vencen en 31 de Diciembre próximo y 1.º de Enero de 1881, correspondientes á los efectos de la deuda pública, depositados en este Establecimiento, se avisa á los interesados:

- 1.º Que hasta el dia 6 del actual, y previo pedido, podrán recoger los cupones en rama correspondientes á los valores antes expresados.
- 2.º Que los que deseen conservar los cupones sin cortar, deberán manifestarlo por escrito antes del referido dia, mencionando el número del depósito, clase de valores y su importe, y
- 3.º Que hasta el dia en que la Direccion de la Deuda anuncie la presentacion de cupones, seguirán admitiéndose en este Banco depósitos con el coupon corriente.

Madrid 2 de Noviembre de 1880.—
El secretario, Manuel Ciudad.

Vacantes en las sucursales de este Banco cuatro plazas de escribientes con el sueldo anual de 1.250 pesetas cada una; y destino: una á la de Valencia, otra á la de Vitoria, y dos á la de Zaragoza, pueden solicitarlas los aspirantes aprobados para ingresar al servicio del Banco, presentando sus solicitudes en esta secretaría dentro del plazo de diez dias, á contar desde el de la insercion de este anuncio en la *Gaceta de Madrid*; advirtiéndose que el orden de numeracion que haya correspondido á cada interesado en los últimos ejercicios practicados, determina la preferencia para el nombramiento, el cual no será definitivo sino despues de haber dado el elegido pruebas positivas de su aptitud durante un periodo de tres meses, en que será destinado á trabajar en las oficinas de dicha sucursal, segun lo prescrito en el artículo 170 del reglamento.
Madrid 2 de Noviembre de 1880.—
El secretario, Manuel Ciudad.

BANCO DE CASILLA.

La Administracion de este Banco ha acordado convocar junta general extraordinaria de señores accionistas, con sujecion á los artículos 27 y 41 de los Estatutos, en su domicilio,

Barquillo, 3, el dia 30 del corriente mes de Noviembre, á las diez de la mañana, para proponerle la modificación de los Estatutos y el aumento del capital social.

Si la propuesta de la Administracion fuese aprobada por la junta general extraordinaria, habrian de regir los nuevos Estatutos desde 1.º de Diciembre próximo, y como en tal caso el presente año social terminaría el mismo dia 30 de Noviembre, concluida la junta extraordinaria se celebrará la ordinaria á los fines que previenen los Estatutos. Madrid 6 de Noviembre de 1880.—Por acuerdo de la Administracion, el secretario, *Jaime Girón y Canaleta.*

BANCO HISPANO-COLONIAL.

ANUNCIO.

El consejo de Administracion del Banco Hispano-Colonial ha acordado que desde el 3 de Noviembre próximo se satisfaga á los señores accionistas el décimosexto dividendo de intereses trimestrales, que vence en 1.º de Noviembre.

Cumpliendo con lo dispuesto en el art. 36 de los Estatutos, al aprobar el balance del cuarto ejercicio social, ha acordado igualmente, se satisfaga á los accionistas por los beneficios líquidos que resultan un dividendo de trescientas pesetas por cada accion.

Para facilitar el pago, los señores accionistas pueden presentarse al cobro de las 350 pesetas que corresponden á cada accion por ambos conceptos desde el referido dia 3 de Noviembre, de nueve á once y media de la mañana, hasta el dia 20 del mismo mes. Pasado este término, se destinarán á este servicio los lúnes de cada semana.

El pago se efectuará presentando las acciones, acompañadas de una factura impresa que se facilitará en la secretaría de este Banco, Ancha, 3, principal, en Barcelona: en las oficinas del Banco de Castilla, Barquillo, 3, en Madrid, y en casa de los Sres. M. Calvo y Compañía, en la Habana.
Barcelona 31 de Octubre de 1880.—
El gerente, *P. de Sotolongo.*

OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO Castelar, seguido de un guía descriptivo de Paris y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é

irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el periodo en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecía que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un *guía de Paris y sus cercanías*, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un *precioso plano de Paris y los del Louvre*, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

TEATRO NUEVO, POR JOSÉ

Roman Leal.—Con este título ha escrito el Sr. Leal un libro de tanta novedad como interés. Es un estudio de Filosofía y Estética aplicada al arte poético y determinadamente á la dramaturgia. Le sirven de motivo las obras de D. José Echegaray. Intercala en el centro los juicios críticos ya publicados separadamente, de *Olocura ó santidad* y *En el seno de la muerte*. Se divide este notable trabajo en cuatro secciones por capítulos. La primera, precedida de una introduccion interesante por los recuerdos de historia contemporánea que contiene, consta de ocho capítulos escritos con mucho vigor de estilo. En ellos plantea y desarrolla el autor su pensamiento sobre las condiciones que, con arreglo á las ciencias y sus grandes adelantos, debe tener el arte moderno, y deduce que es una necesidad de los tiempos dar forma amplia y grandiosa al *Drama social* con sentido moral y antropológico, y acometer con audacia y resolucion el problema de la Finalidad, que dice es immanente. Siguen á esta seccion los dos juicios críticos expresados, y termina el libro con otra seccion cuarta, donde aborda los problemas del principio moral y de la vida en relacion con el Universo por corrientes de ideas y de sensaciones, estableciendo, por último, las leyes fundamentales del criterio. Ofrece seguramente este libro tanta novedad en los pensamientos como en la forma de exponerlos. Precio del tomo, de 350 páginas, edicion de lujo, reales.... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMÉRICA

Año XXI

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.
En el Extranjero 40 francos.
En Ultramar, 12 pesos fuertes.
Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOVA Y C. Ca. Soc. 1.